

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

AGOSTO DE 1946

AÑO XV

BUENOS AIRES

SUR

RENTAL

RENTAL AND INSTRUCTIONS

RENTAL

RENTAL

S U M A R I O

T H O M A S M A N N
POR QUÉ NO VUELVO A ALEMANIA

R. M A R I L L - A L B É R È S
*ALBERT CAMUS Y LA REBELIÓN
DE PROMETEO*

S I L V I N A O C A M P O
EL MALEFICIO

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
SONETOS VEGETALES

C É S A R R O S A L E S
CÁNTICO A LA NOCHE

M A R Í A L U I S A B O M B A L
LA HISTORIA DE MARÍA GRISELDA

D E N I S D E R O U G E M O N T
CARTAS SOBRE LA BOMBA ATÓMICA
(conclusión)

N O T A S

Palabras pronunciadas por André Gide en un homenaje a Victoria Ocampo ☆ LIBROS ☆ Luca Pacioli: "La Divina Proporción", por *Ernesto Sábató* ☆ Hay una mancha canoide de color, por *José Babini* ☆ F. W. Dupee: "The question of Henry James. Various opinions", por *E. L. Revol* ☆ Itinerario de postguerra, por *Mika Etchebehere* ☆ CINEMATÓGRAFO ☆ *Patricio Canto*: Sobre una película francesa: "Los visitantes de la noche" ☆ Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores.

THE HISTORY OF THE

PROGRESS OF THE

ART OF PRINTING

IN GREAT BRITAIN

FROM THE FIRST

INVENTION OF THE

ART TO THE PRESENT

STATE OF THE

ART

IN GREAT BRITAIN

FROM THE FIRST

INVENTION OF THE

ART TO THE PRESENT

STATE OF THE

POR QUÉ NO VUELVO A ALEMANIA

El señor Walter von Molo, ex-presidente de la Deutsche Dichterakademie (Academia Alemana de Escritores), ha dirigido una carta abierta a Thomas Mann, publicada en la prensa alemana, en la cual lo exhorta a volver a su país.

El semanario "Aufbau", de Nueva York, reproduce en sus páginas la respuesta de Thomas Mann, la cual, además de ser un rechazo de la invitación, constituye un documento humano de importancia histórica.

Agradecemos su comunicación y traducción al señor Roberto Jelin.

Mi estimado señor von Molo:

He de agradecerle su muy cordial saludo en ocasión de mi cumpleaños, así como la carta abierta dirigida a mí que usted entregó a la prensa alemana, algunos extractos de la cual fueron publicados también por los diarios de aquí. En ella usted ha expresado, en forma aún más vehemente y urgente que en la carta personal, el deseo y el llamado perentorio para que yo vuelva a Alemania y viva en ella, a fin "aconsejar y trabajar" —como usted dice.

Usted no es el único que me dirige tal llamado; la radio de Berlín, controlada por los rusos, y el órgano de los partidos democráticos unidos de Alemania también lo han hecho, según se me informa, alegando, con un tanto de exageración, que "yo tenía que cumplir una obra histórica en Alemania".

Debería, en realidad, alegrarme de que Alemania me reclamen otra vez — no solamente mis libros, sino también a mí mismo, en persona. Pero estos llamados tienen también para mí algo de inquietante y de opri-

mente; y algo de ilógico, hasta injusto y poco meditado me habla a través de ellos. Demasiado bien sabe usted, estimado señor von Molo, lo caro que resulta en la Alemania de hoy el “aconsejar y trabajar”, dada la situación casi irremediable en que nuestro desgraciado pueblo se ha colocado; y me parece muy dudoso que un hombre ya anciano, de cuyo corazón esta época turbulenta también ha exigido su tributo, pueda aún contribuir, directa y personalmente, a levantar a la gente de la profunda aflicción en que se encuentra y que usted describe de modo tan conmovedor... Pero esto es cosa secundaria. También me parece que usted no ha meditado bastante, al formular su exhortación, en las dificultades de índole técnica, civil y espiritual que se oponen a mi “remigración”.

¿Acaso estos doce años y las consecuencias que han traído pueden ser borrados como si no hubiesen existido nunca? Bien doloroso, como una pesadilla, fué el choque que sufrí, en el año 1933, al perder lo que constituía mi vida cotidiana, la casa y el terruño, mis libros, mis recuerdos y mis bienes todos; así como el que me produjeron los actos miserables cometidos contra mí en mi patria, y las exclusiones y los desaires que los acompañaron. Nunca olvidaré la ignara y criminal campaña de la radio y la prensa contra mi artículo sobre Ricardo Wagner, campaña que se desató en Munich y me hizo comprender cabalmente que mi vuelta se había hecho imposible; no olvidaré tampoco la lucha, entonces, por encontrar palabras, los intentos de escribir, de contestar, de explicarme, las “cartas en la noche”, como René Schickele, uno de los tantos amigos que se han ido para siempre, llamaba a esos monólogos asfixiados. Bien penoso fué lo que siguió; la vida errabunda, de un país a otro, los pasaportes, la peregrinación por los hoteles, mientras en nuestros tímpanos resonaban todavía las cosas infames que a diario nos llegaban desde el país perdido, embrutecido, ya enteramente extraño para nosotros.

Esto lo habéis soportado todos vosotros, los que jurásteis lealtad

al “carismático” Führer (¡cosa horrible esa cultura de borrachos!) y que habéis hecho obra de “cultura” bajo el dominio de Goebbels. No olvido que vosotros, más tarde, habéis sufrido cosas mucho peores y a las que yo pude escapar; pero no habéis llegado a conocer las angustias del exilio, el desarraigo, las torturas morales de quienes no tienen patria...

A veces me indignaban las ventajas de que vosotros gozabais. Veía en ellas una negación de la solidaridad. Si por entonces la inteligencia alemana, todo lo que tenía fama y renombre mundial, los médicos, músicos, maestros, escritores, artistas, se hubieran levantado como un solo hombre contra la ignominia y hubieran declarado la huelga general, muchos acontecimientos habrían tomado un cariz distinto del que tomaron. El individuo, si por casualidad no era judío, hacía, una y otra vez, la siguiente pregunta: “¿A qué todo esto? Si los otros también colaboran no podrá ser tan peligroso...”

Digo que a veces sentía indignación. Pero nunca he tenido envidia de vosotros, los que permanecíais allá, ni aun en vuestros mejores días. Demasiado sabía yo que estos grandes días no eran más que una sanguinolenta espuma, que pronto se desharía en la nada. Envidia sentí de Hermann Hesse, en cuya compañía y trato, durante aquellas primeras semanas, y meses, encontré consuelo y fortaleza. A él sí que lo envidiaba, pues hacía mucho que estaba libre; se había separado a tiempo, justificando su alejamiento con gran acierto: “Los alemanes forman un pueblo grande, importante, ¿quién lo negaría? Son la sal de la tierra — tal vez —. Pero, como nación política, ¡imposible! Una vez por todas: no quiero saber nada de ellos como tal”. Y vivía gozando de la bella seguridad de su casa de Montagnola, en cuyo jardín jugaba a la “boccia” conmigo, que me sentía desconcertado.

Lenta, muy lentamente, las cosas, luego, se asentaron y fueron ordenándose. Volvíase a respirar la atmósfera hogareña en Francia,

después en Suiza; establecíase una quietud relativa; un nuevo arraigo nacía de lo perdido; reanudábase el trabajo que se nos había escurrido de las manos y que parecía ya destruído. Suiza, hospitalaria por tradición, pero viviendo bajo la presión amenazadora de un vecino poderoso, y obligada a guardar neutralidad hasta en lo moral, siempre mostró —y la cosa es comprensible — cierta callada incomodidad e inhibición ante la presencia del huésped que carecía de documentos y que se hallaba en tan malos términos con su gobierno, y exigía “tacto”.

Entonces vino el llamado a la Universidad norteamericana y, de pronto, ya en el inmenso, libre país, no se me habló más de “tacto”; hubo, en cambio, una demostración franca, abierta, de amistad, declarada sin ambages y sin reservas, bajo la divisa: “Thank you, Mr. Hitler”. Tengo sobrados motivos, estimado señor von Molo, para estar agradecido a este país y demostrarlo.

Hoy soy ciudadano americano, y mucho tiempo antes de la terrible derrota de Alemania he declarado, en público y en privado, que no tengo la intención de volver jamás la espalda a América. Mis hijos, de los cuales dos aun sirven en las filas del ejército norteamericano, han echado raíces en ella; nietos de habla inglesa crecen a mi lado. Yo mismo, me hallo anclado en forma múltiple en este suelo, vinculado “honoris causa” aquí y allí, en Washington, en las Universidades principales de los Estados que me han conferido sus “Honorary Degrees”; he levantado mi casa sobre esta maravillosa costa, pletórica de futuro, bajo cuyo amparo quiero llevar a cabo la obra de mi vida, como partícipe de una atmósfera de poderío, razón, abundancia y paz. En resumen: no veo por qué no habría de disfrutar de las ventajas que me ofrece mi suerte singular, después de haber experimentado al máximo sus desventajas. Y no lo veo, precisamente, porque no veo el servicio que no podría igualmente prestar al pueblo alemán desde California.

Que todo haya sucedido como sucedió, no es culpa mía. ¡De nin-

guna manera! Es resultado del carácter y destino del pueblo alemán — de un pueblo notable, trágico e interesante, del que mucho se acepta y al que mucho se perdona. Que también se reconozcan, pues, las consecuencias y que no se trate de poner término a todo con un trivial: “¡vuelve, que todo está perdonado...!”

Nada más lejos de mí que pretender hacerme justicia por mí mismo. Para nosotros, los de afuera, resultaba cosa fácil ser virtuoso y decir a Hitler lo que pensábamos de él. No arrojo piedra alguna contra nadie. Sólo que estoy un tanto cohibido y me siento “extraño” — como se dice de los niños. Sí; Alemania se me ha vuelto bastante extraña durante estos años. Como usted mismo reconocerá, sin duda, es un país que inspira miedo. Confieso que me dan miedo los escombros alemanes: los materiales y los humanos. Y me temo que ha de resultar harto difícil el acuerdo entre quien ha presenciado el aquelarre desde afuera y vosotros que habéis tomado parte en el baile y cortejado al señor Urano. ¿Cómo habría yo de mostrarme insensible a los desbordes epistolares, tan llenos de un afecto largamente oculto, que ahora me llegan de Alemania? Representan para mí verdaderas aventuras del corazón, realmente conmovedoras. Pero la alegría que me causan se ve aminorada no sólo por la idea de que ninguna de estas cartas habría sido escrita jamás si Hitler hubiera vencido, sino también por cierta ingenuidad, cierta ausencia de sensibilidad que habla a través de ellas, hasta por esa candorosa celeridad en el afán de restablecer los vínculos, como si estos doce años no hubieran pasado... A veces suelen llegarme también libros. ¿Necesito confesar que no los he mirado con agrado y que pronto los he dejado a un lado? Podrá ser fanatismo, superstición, pero a *mis* ojos los libros impresos en Alemania, desde 1933 hasta 1945, carecen de todo valor y no se puede tomarlos en la mano. Están impregnados de un olor a sangre e ignominia: deberían ser destruídos todos.

No sólo no estaba permitido, sino que era imposible hacer obra

de “cultura” en Alemania mientras en torno nuestro ocurría lo que todos sabemos. Sería admitir la vileza y adornar los crímenes. Uno de los tormentos que sufrimos fué el cuadro que ofrecía el espíritu y el arte alemanes prestándose de continuo para servir de escudo y pregón de lo que era absolutamente monstruoso. Resulta notable comprobar la aparente ausencia de comprensión ante el hecho de que pudiera concebirse una actividad más honorable que el proyectar decoraciones para los festivales wagnerianos de la Bayreuth de Hitler. O viajar con el permiso de Goebbels a Hungría u otro país germano-europeo y, mediante sesudas disertaciones, hacer propaganda cultural en favor del Tercer Reich... No digo que fuera ignominioso, sólo digo que no lo comprendo y que siento una inhibición ante más de un reencuentro.

Un director de orquesta que, enviado por Hitler, dirige Beethoven en Zurich, París o Budapest, incurre en una mentira obscena al alegar que, como músico que es, sólo hacía música... simplemente. Pero mentira, ante todo ya era mentira ejecutar esa música en la misma Alemania. ¿Acaso no debía estar prohibido, en la Alemania de los doce años, el *Fidelio* de Beethoven, esta ópera de festival, creada para el día de la autoliberación alemana? Fué un escándalo, no sólo que no fuera prohibido, sino que se hayan realizado representaciones de gran categoría, que se hayan encontrado cantantes dispuestos a interpretarlo, músicos para ejecutarlo, un público para escucharlo. ¡Qué estolidez no habrá sido necesaria para escuchar el *Fidelio* en la Alemania de Himmler sin tener que esconder la cara entre las manos y huir de la sala!

Sí, más de una carta me llega ahora de la patria lejana, por intermedio de sargentos y oficiales americanos: cartas, no solamente enviadas por hombres eminentes, sino también por gente joven, sencilla; y es muy singular advertir que ninguno de éstos me aconseje que vuelva tan pronto a Alemania. “Quédese donde está” — me dicen simplemente. “Que el otoño de su vida transcurra en su nueva y más venturosa patria. Aquí,

todo es muy triste"... ¿Triste? ¡Si sólo fuera eso!, y no también inevitable y permanentemente maligno y hostil. Como una especie de trofeo he recibido, hace poco, de personas americanas un viejo ejemplar de una revista alemana, titulada *Un pueblo en gestación*, del mes de marzo de 1937 (Editorial "Hanseatische Verlagsanstalt") y editada por un profesor y doctor nazi, de alta jerarquía, de nombre no precisamente Krieg¹ sino Kriek, con ck. Su lectura daba miedo. "Entre gente —me decía yo— que durante doce años ha sido alimentada con semejantes amenazas, no es posible vivir. Sin duda —me decía— encontrarías allí muchos buenos amigos, leales —viejos o jóvenes—, pero también muchos enemigos que estarían al acecho, enemigos derrotados, es cierto, pero éstos son los peores y los más envenenados".

Y, sin embargo, mi estimado señor von Molo, esto representa sólo un aspecto de la cuestión; el otro también reclama su derecho: el derecho a la palabra. La profunda curiosidad e interés con que recibo desde Alemania toda noticia directa o indirecta, la decisión con que la prefiero a todas las que vienen desde ese mundo que ahora, mostrando gran frialdad hacia el destino secundario de Alemania, va formándose de nuevo, me hacen sentir nuevamente a diario los lazos indestructibles con que, a pesar de todo, estoy ligado al país que me "expatrió". "Ciudadano del mundo", del mundo americano: no está mal. Pero ¿cómo negar que mis raíces están allá, que, a pesar de toda la admiración fecunda por lo forastero, vivo y actúo dentro de la tradición alemana, aun cuando el tiempo no haya permitido a mi obra ser otra cosa que un eco mórbido y casi paródico de lo que fuera en otro tiempo germanismo grande?

Nunca dejaré de sentir como escritor alemán, y he permanecido fiel a la lengua alemana durante los años en que mis libros apenas si podían sostenerse en lengua inglesa. He permanecido fiel, no sólo porque era

¹ "Guerra", en alemán.

demasiado viejo para cambiar de idioma, sino también porque tenía conciencia de que mi obra ocupa, aunque modesto, un lugar en la historia de la lengua alemana. La novela sobre Goethe, escrita durante los días más oscuros que Alemania jamás conoció, y que ha llegado a vosotros en algunos ejemplares clandestinamente introducidos, no constituye precisamente un documento de olvido o de repudio. Tampoco he de decir: "Me avergüenzo de las horas de ocio: sufrir con vosotros fué una ganancia". Alemania nunca me ha dejado sosiego. He "sufrido con vosotros", y no fué exageración cuando, en la carta dirigida a Bonn, hablaba de "preocupación y tortura, de una necesidad espiritual y mental, necesidad de la cual ni una hora de mi vida ha estado libre durante los últimos cuatro años y ante la cual hube de sostener, días tras día, mi trabajo artístico." Con harta frecuencia ni siquiera he intentado sostenerlo: el medio centenar de mis mensajes radiales dirigidos a Alemania (¿o son más?) y que acaban de ser impresos en Suecia, estos ruegos insistentes, repetidos una y otra vez, son testimonio de que bastante a menudo otras cosas me parecieron más urgentes que el "arte".

Hace algunas semanas di una conferencia en la Biblioteca del Congreso de Washington sobre el tema "Germany and the Germans". La he escrito en alemán y ha de aparecer en el próximo número del mes de junio, en la resucitada revista *Neue Rundschau*. Fué una tentativa psicológica de explicar al público norteamericano culto cómo pudo ocurrir todo aquello en Alemania, y no puedo menos de admirar la serena disposición que mostraba este público a escuchar mis explicaciones, apenas terminada una guerra tan espantosa. Naturalmente, volver a encontrar el camino entre una apología inadmisibile y una negación que tampoco me habría ido bien, no resultaba tarea fácil. Pero mi intento no salió del todo mal. He dicho que, por obra de la gracia divina, a menudo en este mundo el bien surge del mal, y hablé sobre el hecho diabólico de que, muchas veces, el mal proviene del bien. Relaté breve-

mente la historia de la ternura alemana. Rechacé la teoría de las dos Alemanias, de la buena y de la mala. La Alemania mala, declaré, es la buena que erró el camino, es la buena Alemania en la desgracia, en la culpa y en el anochecer. Yo no estaba allí, dije, para aparecer ante el mundo —siguiendo una mala costumbre— como representante de la Alemania buena, la noble, la justa, la vestida de blanco. Que nada de lo que intentaba decir a mis oyentes era resultado de un sabor extraño, frío, desinteresado...; les dije que también yo lo sentía en lo más hondo de mi ser; y que lo había experimentado todo en carne propia.

Creo que esto es lo que se puede llamar una declaración de solidaridad, hecha en el momento más crítico. De solidaridad, no con el nacional-socialismo, ¡no!, sino con la Alemania que, al fin, sucumbió al pacto concertado con el diablo... Pactar con el diablo es una antigua tentación germana, profundamente arraigada, y una novela alemana que se inspirase en los padecimientos de los últimos años, en los padecimientos de Alemania, debería tener por tema, creo, esta horrible promesa. Pero Satanás resultó engañado al final hasta en el más grandioso de nuestros poemas, birlándosele el alma individual de Fausto; y lejos de nosotros la idea de que el diablo se haya llevado ahora a Alemania definitivamente. La gracia es más fuerte que todo pacto escrito con sangre. Creo en ella y creo en el futuro de Alemania, por desesperado que sea su presente y por completa y total que parezca la destrucción. ¡Que se acabe ya de hablar del fin de la historia alemana! Alemania no se identifica con el breve y siniestro período histórico que lleva el nombre de Hitler. Tampoco se identifica con la era bismarckiana, breve también ella, del Reich prusiano-germano. Ni siquiera se identifica con el período de su historia que abarcó sólo dos siglos, lapso que puede ser bautizado con el nombre de Federico el Grande. Alemania está pronta a tomar nueva forma y entrar en un nuevo estado de vida que,

tal vez, pasados los primeros dolores de la trasmutación y del tránsito, prometerá una mayor felicidad y dignidad, más propicias también a las aptitudes y necesidades más íntimas de la nación.

¿Acaso la historia del mundo ha terminado? En manera alguna. Se halla en plena evolución y la historia de Alemania forma parte de ella. Es cierto que la política de la fuerza sigue haciéndonos severas advertencias para que desistamos de forjarnos esperanzas exageradas. Pero ¿no queda en pie la esperanza de que, forzosa y fatalmente, se darán los primeros pasos de exploración hacia condiciones mundiales en las cuales el individualismo nacional del siglo XIX se disolverá, y acabará finalmente por fundirse? La economía, la desvalorización de las fronteras políticas, una cierta despolitización de la vida estatal en general, el despertar de la humanidad a la conciencia de su unidad efectiva, y su primera percepción del estado mundial, ¿cómo podría ser ajeno y repulsivo al sentir alemán este humanismo que sobrepasará de con mucho los límites de la democracia burguesa y que constituye el objeto de la inmensa lucha? En su repudio del mundo ¡había tanta ansia de mundo! En el fondo de la soledad que la hacía tan hostil, yace —¿quién no lo sabe?— el deseo de amar, el deseo de ser amada.

Que Alemania elimine de su sangre el orgullo y el odio, que vuelva a encontrar el amor, y será amada. Seguirá siendo un país de inmensos valores que puede contar con la capacidad de sus hombres y la ayuda del mundo, un país al que, pasados los momentos más graves, le será deparada una vida nueva, rica en realizaciones y en prestigio.

Quizás me he dejado arrastrar demasiado por mi sentimiento en esta respuesta, mi estimado señor von Molo. Excúseme. Pero una carta dirigida a Alemania había de dar cabida a muchas cosas. Entre ellas: el sueño de sentir otra vez bajo mis pies el suelo del viejo continente, que no me abandona, ni de día ni de noche, pese a los halagos de América; y cuando llegue la hora, si he de vivir y las facilidades de trans-

porte y las autoridades benévolas lo permiten, pienso hacer un viaje. Y presiento que, una vez allá, ni la timidez ni el extrañamiento, productos de sólo doce años, podrán resistir a la fuerza de atracción que suponen reminiscencias más antiguas, milenarias...

Hasta la vista entonces, si Dios quiere.

THOMAS MANN

A L B E R T C A M U S Y L A R E B E L I Ó N D E P R O M E T E O

La primera novela de Albert Camus, aparecida durante la ocupación, llamó la atención desde el primer momento por la pureza de su técnica y por su rarísima atmósfera. *L'étranger* es la novela del hombre para quien la vida ha dejado de tener sentido y que vive ingenuamente en un mundo que se ha vuelto ininteligible. El libro de Camus presentaba en el plano de la vida cotidiana esa aventura que es el descubrimiento de la falta de sentido del universo, y que Kafka había convertido en una tragedia lúgubre y cruel.

Meursault, el personaje de *L'étranger*, no ha podido estudiar; las dificultades materiales lo han transformado en un empleadito. Rotos sus entusiasmos, se ha apoderado de él una especie de tedio inconsciente que para Camus es la lucidez. Su existencia es absurda, y ya nada le importa. Por eso no puede ser tampoco desdichado; muere su madre, y Meursault la entierra sin sufrir mucho. Traba relaciones con una mujer y contrae amistades, pero no les concede gran importancia: "Esta tarde ha venido María y me ha preguntado si quiero casarme con ella. Le he contestado que eso me es indiferente, y que podemos casarnos si tal es su voluntad. Ha querido saber, entonces, si la amo. He respondido lo mismo que otra vez: que eso no significa nada, pero que, sin duda, no la amo. "¿Y por qué, entonces, casarte conmigo?", dijo. Le he explicado que eso no tiene ninguna importancia y que si ella lo desea podemos casarnos."

Podría decirse fácilmente de Meursault que es un abúlico. Pero Camus no hace de él un sujeto anormal. Por el contrario, es un hombre sano; sabe que todo es indiferente, y que conservar una esperanza en la vida significa abrir la puerta a todas las falsas esperanzas, sin excluir las de la inmortalidad. Un día acompaña a un amigo a la playa, y ese amigo es perseguido por una banda de pendencieros. No se produce ninguna riña, pero en el momento en que Meursault vuelve por la arena se encuentra cara a cara con uno de los que les habían amenazado. “Pensé que con dar media vuelta todo estaría concluído. Mas toda una playa vibrante de sol se estrechaba a mis espaldas. Caminé unos pasos hacia el mar. El árabe no se movió... sin levantarse, sacó su cuchillo que me había mostrado al sol... El mar trajo un soplo espeso y ardiente. Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para dejar llover fuego. Todo mi ser quedó tenso y crispé la mano sobre el revólver. El gatillo cedió... y allí, en el ruido seco y ensordecedor a la vez, empezó todo...”

El crimen de Meursault es un acto gratuito. Significa que todo acontece sin que lo querramos. Y lo que más sorprenderá al héroe durante su proceso será esa lógica forzada, ese buen sentido superficial que los hombres quieren imponer a las cosas. Meursault no sufrirá en su prisión ni siquiera un instante: es un extranjero en este mundo. Sólo en presencia de la muerte, unos días antes de la ejecución, reflexionará. Discernirá conscientemente lo que había comprendido en su vida anterior: que el hombre no tiene nada que esperar en esta tierra ni en el más allá. El mundo le es ajeno, y por eso le pertenece. “Estaba agotado y me arrojé sobre mi catre... Olores de noche, de tierra y de sal refrescaban mis sienes. La paz maravillosa de ese verano adormecido penetraba en mi interior como una marea. En ese momento y en el límite de la noche, aullaron las sirenas. Anunciaban partidas para un mundo que ya me era indiferente para siempre... Vaciado de esperanza, frente a esa noche cargada de signos y de estrellas, me abría por primera vez a la *tierna indiferencia del mundo*. Al experimentarlo tan

parecido a mí, tan fraternal, en fin, sentí que yo había sido feliz y que todavía lo era. Para que todo se consumara, para que me sintiera menos solo, no me quedaba sino desear que hubiera muchos espectadores el día de mi ejecución y que me recibieran con gritos de odio”.

En primer término, esta extraña novela gustó por su ardiente sobriedad y por ciertos procedimientos del relato que recordaban la novela norteamericana, de la que los franceses se hallaban privados durante los años de guerra. Pero con *Le mythe de Sisyphe* se comprendió que la novela de Camus constituía la ilustración de una filosofía que debía llamarse la filosofía de lo absurdo. La meditación de Camus parte de temas tomados al filósofo ruso Chestov. El universo donde el hombre está ubicado no tiene sentido alguno para el hombre; ni la acción ni el conocimiento reflexivo nos permiten tocar con el dedo una sola certidumbre basándonos en la cual podamos construir. Hémos aquí en presencia de un “universo indescifrable y limitado”. Y, sin embargo, hay dentro del hombre una necesidad desesperada de lógica, de felicidad y de inmortalidad. Pero el deseo de Dios no basta para crear a Dios; en todo sistema y en toda teología se oculta una falla, una ilusión salvadora, sobre cuya certidumbre cerramos los ojos, que nos permite dar cierta lógica a este mundo desprovisto de significación, y que asigna una esperanza al hombre. Pero esto no es verdad. No hay esperanza para el hombre, que no puede edificar su dicha en este mundo, que debe morir un día, y que no posee ninguna razón valedera —excepto su poco animosa credulidad— para esperar un mundo mejor. Aquí Camus habla como Lucrecio, y la poesía de su estilo frío, duro y, con todo, sensual, aun no siendo cósmica no se halla por eso menos próxima de la del poeta latino, tendida por el alma sublevada contra los dioses, dulcificada por el mismo amor hacia los “desgraciados mortales”.

El hombre de Camus vive en una condición absurda. Ciertamente, el mundo está desprovisto de sentido. Mas el hombre agrega aún a este absurdo fundamental la exigencia inútil de lógica y de dicha que lleva dentro de sí. “Este mundo en sí no es razonable: esto es lo único que

puede decirse de él. Pero el absurdo aparece cuando se confronta esa irracionalidad con ese deseo loco de claridad cuyo llamado resuena en lo más profundo del hombre. El absurdo depende tanto del hombre como del mundo. Momentáneamente, es el único lazo que existe entre ambos.”

El hombre no parece estar hecho para el mundo en que vive. Esta es precisamente la terrible verdad que Meursault sentía confusamente antes que la máquina judicial y la prisión le hubieran aportado la claridad perfecta. Empero, no hay medio de huir de esta condición. Todos los medios de esperar son puras ilusiones. Es preciso afrontar esa verdad que proclama nuestro exilio irremediable, y “... abismarse en esa certidumbre sin fondo, sentirse desde ahora bastante ajeno a la propia vida como para acrecentarla y recorrerla sin la miopía del amante: este el principio de una liberación... El hombre absurdo entrevé, así, un universo ardiente y helado, transparente y limitado, donde nada es posible pero donde todo está dado, más allá del cual sólo existen el derrumbe y la nada. Puede, entonces, decidirse a aceptar el vivir en semejante universo extrayendo de él su energía, su negativa a esperar y el testimonio obstinado de una vida sin consuelo”.

Éste es, precisamente, el desapego y la ascesis que hacían feliz a Meursault en su prisión y que le devolvían el mundo. El hombre que ya no tiene nada que esperar es libre de vivir. “Pero ¿qué significa la vida en semejante universo? Momentáneamente, nada que no sea su indiferencia hacia el futuro y su pasión de agotar todo lo que está dado”. Se trata, ya que no tenemos ninguna otra cosa que nos pertenezca fuera de esta vida, de vivirla hasta el máximo.

Le mythe de Sisyphe nos remite, pues, a fórmulas que no están muy lejos de las de Nietzsche, y el estoicismo primitivo de Camus se transforma en un epicureísmo ardiente.

Así, Camus había juzgado necesaria una visión pesimista de las relaciones entre el hombre y el mundo: no están hechos el uno para

el otro, y es preciso compenetrarse bien de esta verdad antes de empezar a vivir. Entonces la vida estará exenta de ilusiones sobre el orden del mundo, la buena voluntad de una Providencia cualquiera y las esperanzas del más allá.

Violenta como es, y aun remitiéndola a un optimismo nacido de la desesperación, la ética que Camus esboza al final de *Le mythe de Sisyphe* no deja de ser algo limitada. Sin esperar ninguna ayuda más allá de la vida, ni tampoco en la vida, el hombre debe asumir su condición y transformarla en la más vasta experiencia posible, emplear los cincuenta o sesenta años de vida que le son dados con un ardor tanto mayor cuanto menos poder tiene sobre ellos.

Pero es fácil suponer que los últimos años de la Resistencia, y las primeras luchas políticas que han seguido a la Liberación, acaban de abrir para Camus un tercer período: el período moral.

La conclusión de *Le mythe de Sisyphe* representaba una posición individualista. Camus había sentido la comprobación primordial de la incomprensión recíproca entre el hombre y el mundo. Sólo desarrollaba sus consecuencias en el plano de una conciencia egoísta. Pero los hombres de la Resistencia persiguieron colectivamente una lucha contra lo absurdo. El hombre debe, sin duda, protestar contra la hostilidad del mundo. Pero su protesta puede llegar a ser colectiva, puede dejar de ser la protesta de un individuo para convertirse en la de la humanidad.

El hombre aislado que quiere vivir orgullosamente no siente sino valores individuales: la belleza del cielo, la satisfacción de la carne, la pasión del juego. Desde el momento que los hombres se unen en la lucha absurda, sientan valores comunes: la justicia, el respeto por el espíritu, la estimación de la amistad humana. Así se encontrará fundada una moral, gracias a la fraternidad de la lucha. Los hombres tienen una manera de rechazar y de aceptar simultáneamente el absurdo del mundo, y que consiste en promover, por más que el universo bruto los ignore y les contradiga, ideales comunes a todos los hombres. Así habrá finalmente una distinción entre los buenos y los malos, entre los que trabajan

en nombre de la justicia, y estimulan esa protesta contra el mundo representada por el hombre, y los que envilecen al hombre. Camus habrá encontrado esa distinción en su lucha contra el nazismo. “Juntos hemos creído durante mucho tiempo —escribe a un alemán que fué su amigo en otra época— que este mundo no tenía una razón superior y que vivíamos frustrados. Yo lo creo aún de cierta manera. (¿No hay aquí una especie de suavizamiento de *Le mythe de Sisyphe*?) Pero he sacado de ello otras conclusiones distintas de las que tú sostenías entonces y que, desde hace tantos años, vosotros intentáis hacer entrar en la Historia... Vosotros aceptábais con ligereza la desesperación y nosotros nunca nos resignamos a ella. Vosotros admitíais lo bastante la injusticia de nuestra condición como para resolveros a agravarla, en tanto que a nosotros, por el contrario, nos parecía *que el hombre debe afirmar la justicia para luchar contra la injusticia eterna, crear la felicidad para protestar contra el universo del infortunio*. Como vosotros habéis hecho de vuestra desesperación una embriaguez, como os librásteis de ella erigiéndola en principio, habéis aceptado destruir las obras del hombre y luchar contra él para rematar su miseria esencial. Y yo, *negándome a admitir esa desesperación y ese mundo torturado, quería tan sólo que los hombres encontraran de nuevo su solidaridad para entrar en lucha contra su indignante destino...* Porque estabais cansados de luchar contra el cielo, descansásteis en esa agotadora aventura en la cual vuestra tarea es mutilar las almas y destruir la tierra. En suma: habéis elegido la injusticia; os habéis plegado a los dioses. Vuestra lógica era tan sólo aparente. Yo, *por el contrario, he elegido la justicia para continuar siendo fiel a la tierra*. Continúo creyendo que este mundo no tiene un sentido superior. Pero sé que algo en él tiene sentido y ese algo es el hombre, único ser que exige del mundo un sentido. Este mundo tiene, al menos, la verdad del hombre y nuestra tarea es darle razones contra el destino mismo. Y no hay otras razones fuera del hombre y es a éste a quien debe salvársele, si queremos salvar la idea que uno se hace de la vida” (*Lettres à un ami allemand*)¹.

¹ Las Cartas a un amigo alemán aparecieron en nuestro N° 140.

Con la transformación de la aventura de Sísifo en una aventura colectiva, se modifica el sentido de la ética de Camus. Sin embargo, es un hecho notable que esa forma de acción más humana que Camus sugiere después de la Liberación no significa para él, en este momento, más que una posición práctica o política. Camus actúa entre los hombres como un hombre de buena voluntad.

Mas su obra sigue siendo violenta y desesperada, al punto de que se podría hablar de divorcio entre su pensamiento y su acción. Precisamente cuando Camus defiende la justicia y la amistad humana en el periódico "Combat", hace representar *Le malentendu* y *Calígula*¹.

Ahora bien, dicho divorcio no es real. Hay que considerar a Camus como una personalidad total, pues su obra literaria y su acción política representan los dos polos de su vida.

Relacionada con la acción, la obra literaria de Camus desempeña el papel de la meditación y de la ascesis. Sus novelas y piezas teatrales subrayan la desdicha de la condición humana, pero su desesperación misma contiene una exhortación. Al mantener los ojos fijos en el mal entendido original que define la posición del hombre en el mundo, Camus hallará el valor de vivir para mejorar este mundo. Su método de vida se parece al de los ascetas, al de los hombres de acción e incluso al de los predicadores del cristianismo. ¿Acaso el mismo Bossuet no nos muestra el infortunio y la indignidad del hombre antes de inducirnos a salvarlo en nosotros y en torno de nosotros?

Si un día la acción social de Camus, y aun moral, olvidara la desesperación y el rigor que engendraron su rebelión, correría el riesgo de debilitarse al caer en un optimismo banal que conduce al fariseísmo. Hasta para Camus existe un pecado original: lo absurdo, cuyo sentimiento debe permanecer continuamente presente y operante.

Obras como *Calígula* y *Le malentendu* arrancan de esa meditación sobre la miseria humana que requiere toda obra espiritual. Para cons-

¹ *Calígula* apareció en nuestros números 137 y 138.

truir un mundo mejor con conciencia, con humildad, con amor; para tener la probabilidad de construirlo; para evitar el error optimista o farisaico, que transforma en ilusión hipócrita la voluntad de renovación, es necesario meditar sobre la rebelión y sobre la desesperación.

Camus, en estas obras, se esfuerza por afirmar incesantemente lo absurdo de la condición humana y la injusticia que se comete con nosotros. Aun antes de proponernos un estilo de vida, es preciso fijar claramente los límites de la condición humana.

Esta gira en torno a un "mal entendido". El hombre espera ser feliz. No podrá serlo mientras espere algo. La pieza que expresa el símbolo de ese mal entendido se desarrolla en una posada de Moravia (en el centro de Europa), atendida por la madre y la hija. El hijo, Juan, partió hace mucho para los países de ultramar donde el cielo es azul (aquí se adivina una evocación de esa Argelia que Camus tanto quiere). Por otra parte, es una extraña posada. Las dos mujeres reciben en ella pocos clientes. Si son pobres, los dejan partir. Si son ricos, les hacen beber un narcótico y los arrojan al río, de noche, después de haberlos despojado. Ellas ni siquiera tienen conciencia de que son criminales. ¿Qué otra cosa hacen sino obrar como ese Dios que no existe? Un viejo servidor, que pasa por mudo, vive junto a ellas. Juan vuelve al país. Ha hecho fortuna. Vuelve para proporcionar a su familia el bienestar que ésta procura conseguir por el crimen. Se le ocurre presentarse a ella de incógnito. Es feliz, o cree serlo, pues ignora el mal entendido que pesa sobre la especie humana y se olvida de la muerte. Está lleno de ilusiones. Es el hombre que aguarda la felicidad de este mundo ingrato.

Su madre y su hermana no lo reconocen, y a él le faltan palabras para hablarles, porque se han vuelto tan frías, tan indiferentes, tan "extranjeras", que queda completamente confuso en presencia de ellas. Y sufre la misma suerte que todos los visitantes ricos.

Cuando la madre y la hermana se enteran del mal entendido, lo acogen como algo natural: todo es un mal entendido en esta tierra. La espo-

sa de Juan llega, a su vez. Está horrorizada, nada comprende. Y no comprende porque la vida es absurda. La madre ha ido a ahogarse en el río, no porque tenga remordimientos, sino porque se siente causada. La mujer de Juan grita, suplica, invoca el socorro del cielo. Entonces el viejo servidor mudo pronuncia la última palabra de la pieza: “¡No!” Pues no hay un Dios que explique a los hombres el mal entendido.

Para vivir semejante vida con el epicureísmo voluptuoso y orgulloso que reclama Camus, hay que cuadrarse frente a la condenación metafísica dirigida contra nosotros: “Los hombres no son felices y mueren”. *Calígula* será el hombre atormentado por esa comprobación. En la cima del poder, señor del Imperio Romano, es el hombre más poderoso del mundo. Entonces nace en él la tentación de lo imposible: el deseo de modificar la condición humana, de lograr que los hombres no mueran y sean felices. La locura de Calígula se lanza por esa vía. Empleando la crueldad, la desmesura y una lógica sádica que a los demás les parece ilógica, despoja a los hombres de las ilusiones que les permitían conferir, falsamente, un sentido a la vida. Hay en su desesperada tentativa la misma voluntad que hay en el surrealismo de romper los cuadros humanos para modificar la naturaleza humana. Lo que intentaban los surrealistas en el orden del conocimiento, él quiere realizarlo en el orden de la ética. Lejos de aceptar la condición de esclavo consustancial al hombre, y de derivar de la misma su bien, quiere transformarla. Pero fracasa, y los hombres que desean vivir con sus ilusiones, terminan por matarlo, no sólo porque Calígula los hacía morir, sino porque ponía de relieve, con excesiva violencia, ese absurdo de la condición humana que los hombres quieren olvidar.

¿Es Calígula el tipo del “hombre absurdo”? Indudablemente, no. Podríamos suponer que Camus lo juzga un individuo lúcido, pero equivocado. Ciertamente, Calígula ve la miseria del hombre; pero comete el error de querer eludirla.

Camus no quiere huir de ella, como Calígula, ni negarla, como el fariseo. Exige únicamente que la vida y la acción del hombre sean una

protesta y una rebelión contra esa condición injusta. Y la voluntad de justicia es la verdadera rebelión.

¿Es éste, por ventura, el eterno Sísifo que habla a través de Camus? Quizás lo fuera en la época en que Camus no concebía sino una ética individualista. Pero hoy parece más bien que el verdadero héroe de Camus fuera Prometeo. También Prometeo se rebeló en nombre de sus hermanos contra el egoísmo de los dioses; Prometeo robó el fuego del cielo, y el fuego del cielo es la justicia. Sísifo insultó a los dioses con su orgullo; en cambio, Prometeo los insultó con su amor a los hombres.

¿Ha de verse en esta rebelión una posición anticristiana? Los Dioses no significan para Camus trascendencias hipotéticas; la divinidad que él maldice es cabalmente esa falta de trascendencia, ese ir a la deriva del hombre, esa ausencia de Dioses. Camus no aparece como cristiano en lo que no cree y en lo que no acepta. Pero, si bien Prometeo fué encadenado por Zeus, ¿acaso no vino al Huerto de los Olivos otro Prometeo que también se había rebelado contra la miseria del hombre y que también creyó haber sido abandonado por el Padre?

Tal vez, a causa de esa rebelión prometeica, Camus se vincula a los mejores escritores de su generación. Parecería que esa voluntad de evitar toda ilusión y todo fariseísmo fuera la característica de la literatura francesa de hoy, si la juzgamos e interpretamos a través de sus figuras principales. El Orestes de *Les mouches*, de Jean-Paul Sartre, ¿no es también un hermano de Prometeo cuando desafía a Zeus, que quiere traerlo de nuevo a la vía de la obediencia humana, de la hipocresía humana? “Porque soy un hombre, Júpiter, y todo hombre debe inventar su camino”. También para Sartre, más allá de todas las consabidas conductas ficticias, convencionales, el hombre debe buscar la autenticidad de su vida: única rebelión posible contra su condición humana. Por todas partes vemos erguirse esos héroes de la novela o del drama que repudian las ilusiones de los hombres y se rebelan contra los falsos dioses que pretenden imponérselas. ¿No sucede así con *La sauvage*, de Anouilh? ¿O con la voz de Bernanos, fustigando todos los

fariseísmos? A semejanza de la Nora de Ibsen, cada uno de ellos abandona la senda de los mediocres, de los resignados, de los adormecidos, para inventar un destino donde asuma por entero su terrible y absurda condición de hombre.

Sartre preconiza cierta desesperación. Considera que es necesaria y que tiene el valor de una ascesis. Diríase que el culto de cierto pesimismo original es indispensable para la autenticidad de un pensamiento y de una obra. La pureza de Camus, y aun aquello que podríamos llamar su bondad, no existen sino en función de ese absurdo en que previamente ha sumergido al hombre. La heroica y valiente aceptación de la libertad por parte del hombre de Sartre sólo se ha vuelto posible por la humillación que hace sufrir primeramente a la naturaleza humana. Es así como el tema de lo absurdo y de la desesperación no representa únicamente una etapa del pensamiento de Camus; es, además, como práctica de la ascesis, un acompañamiento necesario y continuo.

No debemos sorprendernos al ver repetida con tanta frecuencia en nuestra literatura la palabra "desesperación". Es tan necesaria para su sinceridad como la meditación de la nada humana lo es para el progreso espiritual de un contemplativo.

Tal es el sentido de la rebelión de Prometeo. Al erguirse contra los dioses huye, ante todo, de la resignación, de los compromisos, de la falsedad de la vida social, y parte en busca de la verdad de su condición. Pero en el transcurso de la aventura se encuentra con otros hombres de voluntad semejante: Sartre, con su moral del "compromiso", Bernanos, con la comunión de los santos; Camus con esa lucha en que se ha empeñado por afirmar, superando la irremediable maldición del hombre y las liviandades que se esfuerzan en no verla, el sentimiento valiente y riguroso de la rebelión y la amistad humanas.

R. MARILL-ALBÈRÈS

E L M A L E F I C I O

Antros de oscuridad. Elaborada
venganza del amor enamorada.

Han de nacer tus versos de este suelo
donde se oye, embriagado por el cielo,
llegar de las montañas de Erimanto
de los lejanos pájaros el canto.

La abandonada Eumetis en la puerta
misteriosa y cerrada, yace muerta;
tiene una piedra oscura en una mano
(brilla en la piedra un gris dibujo arcano),
en la otra mano tiene un manuscrito
que muriendo en la antigua noche ha escrito.
De los remotos labios de su amado
escuchad el secreto revelado:

*Oh tú que eras valiente, abre tu puerta:
Soy Eumetis, me amabas, estoy muerta.
Acostada en el mármol del umbral*

no escucho tu silencio temporal.

*Mis hombros y mi mano están azules
debajo de los pliegues de los tules.*

*No te detengas en la oscuridad
de tu aposento. Ven con tu impiedad;
pensarás que bebí un veneno amargo,
que me mataste al fin en un letargo.*

*No tengo frío porque ya estoy muerta.
Toda la noche quise abrir tu puerta.
Te acusarán mis padres o mi hermano;
supieron que me amabas en verano.
Cómo quisieras, pobre amante triste,
volver a ser lo que en mis brazos fuiste.*

*Nadie podrá reconocerte, amado,
porque mi corazón abandonado
te entregó al azaroso oscuro río
de mi indomable olvido cruel y frío.
Los astros que verás en las ventanas,
las libélulas verdes, las manzanas
serán imitaciones deshonrosas
de las formas que amábamos, hermosas.
Como un fantasma observarás el día
en tu ciudad natal, y la alegría
te parecerá vana y solitaria
como una antigua pena hereditaria.*

*Me he transformado en una estatua, mira
del laurel la guirnalda que me admira.
Esta inmóvil mirada, esta belleza
no contienen mi amor ni mi tristeza.
Serenamente brilla mi semblante,
brilla sin esperarte infiel amante.
Los santuarios relumbran en las alas
de mis ojos abiertos que señalas,
ya mi brazo se eleva y edifica
la forma del espacio: modifica
el barro y las estrellas que me adoran.
Ya no escucho tus cantos que me imploran.*

*Busco la oscuridad azul, altiva,
busco la noche conmemorativa,
sus misteriosos árboles casuales.
Oh absorto mar, asísteme. Oh letales
condiciones de amor. Oh patria grave
que regalas trigales de oro suave.
En las arenas ávidas, muriendo
las visiones de mi alma que te ofrendo
y el coro infatigable de las musas
cantando te dirán frases confusas
que tratarás de comprender en vano
en la claridad vasta del verano.*

*En el aire verás lo que está escrito
con esta letra en este manuscrito.
Quisieras olvidarme en esta hora,
en esta luz serena, abrumadora,
no sentir que en tu sangre corre el frío,
entre flores radiantes de rocío,
buscando la quietud de tu aposento.
Pobre amado, tu pena no la siento.*

*Oh racimos, palomas, miel dorada,
me demoré en el campo enamorada.
Guardé esta piedra; la encontré en el suelo
cuando abrazándote oí en el cielo
llegar de las montañas de Erimanto
de los lejanos pájaros el canto.
Las aves son felices en sus nidos,
nosotros moriremos desvalidos.
Conservé tu memoria en tantas cosas
que te parecerán a ti asombrosas.
Diríase que guardan los objetos
como esencias sutiles de secretos.
Guardaba yo esta oscurecida piedra
que acarició tu mano entre la hiedra.
En ella descubrí nuestro destino
dibujado con trazo sibilino:
reconocí tu puerta alta y cerrada*

*y me encontré en la noche abandonada.
Oh censurables rosas que perfuman
las alegrías crueles que se esfuman.
Lloré entre las fragancias, desmayada —
cuanto tiempo, no sé—, desesperada.
Por la piedra maléfica no existo
y en tu desventurado amor te asisto.
Allí descubrirás que estás perdido,
entregado al asombro del olvido.
Los bosques y los barcos, los amores,
las ciudades, los mares y las flores,
ah, todo, todo, te será vedado,
mas no el terror diverso, bienamado.
En las sombras propicias, en un día,
en un crimen, harás mi apología.
Ese sitio, en un bosque está marcado.
¡Rostro de mi rival, inmoderado!
Tu exterminio en la piedra ya lo he visto
mientras que en estos versos yo subsisto.*

SILVINA OCAMPO

SONETOS VEGETALES

A UN PARAÍSO EN FLOR

Del aire donde a veces es de día
hasta la tierra en que la noche impera,
baja la equidistante primavera
por tu aroma ascendido a melodía.

Vence su gravedad y ágil porfía
la savia en tu clepsidra prisionera,
busca desde la tierra en que durmiera
el aire, manso de melancolía.

Octubre, octubre —diecisiete octubres—
corto caudal para tan alta hondura,
otra vez con tus ráfagas descubres

en mí tu intimidad... ¿Por qué indeciso
olvido, en nombre y en olor perdura
la adolescencia en flor del Paraíso?

A LA HIERBA QUE CRECE ENTRE LAS PIEDRAS

En verde coro y entre gritos rojos
prudente hierba apenas murmurada,
crece por el silencio en plena nada
tu humillación postrándose de hinojos.

Cubre tú hoy los míseros despojos
de tanto ayer en senda abandonada,
y a su insistencia en vano desvelada
mano piadosa ciérrasle los ojos.

Tras de las huellas brotas del olvido
entre las losas que al ceñir bendices,
impenetrables para tu sentido,

y con qué firme amor mulles y cercas
su yerta hostilidad con tus raíces,
terca humildad entre las piedras tercas.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

C Á N T I C O A L A N O C H E

Oh sombra sacratísima,
hacia ti caminamos cada día
cuando el sol languidece.

Tu atavío
no es como el que tejen las Euménides
una veste horrorosa.

De tiniebla
magnífica te vistes y en tu templo
hallan puro deleite los amantes
y los graves poetas.

Ved a Orfeo
dominando a las furias con su música
por recobrar a Eurídice; miradle
volviendo la cabeza constelada
de radiosas imágenes y luego
padeciendo la cólera, el hechizo
de funestas deidades.

Yo conozco tu imperio,
los pliegues de tu manto yo he tocado
y aquí vengo a postrarme nuevamente
al pie de tus estatuas
con un himno en los labios ardorosos.

En tu tiniebla mágica y sagrada
yazgo más solitario, torno a ser
lo que otra vez he sido:
un rumor, un perfume,
un destello quizás de esa corona
que fulgura en tu frente.
En tus lóbregas naves
vuelvo a encontrar la hondura y el sosiego
como en las quietas sombras prenatales
cuando aun era mi espíritu
esparcido elemento.

Yo conozco tu imperio;
por sus valles no pasa el Aqueronte
sonando enfurecido, pues en ellos
una calma infinita señorea
con sus velos pesados de rocío.
No, ninguno ha cruzado todavía
ese río temido,
porque aquí en tus dominios apacibles

los hados tutelares han proscripto
castigos y terrores.

Sólo esplende el enigma
de tu sabiduría impenetrable
y allá arriba el misterio
de tu techo estrellado.
Como el rostro de Jano, visionario, tu rostro
es un pórtico abierto
hacia todos los reinos y los tiempos:
contemplas el pasado, sus dioses y sus ruinas;
el futuro y sus piélagos escrutas.

Oh deidad majestuosa,
como una gran ciudad tallada en hojas
de basalto, cobijas con tu escudo
a los silfos que vagan por el bosque
agitando sus hilos melódicos.
Las fieras y los pájaros que pliegan
sus alas en la tarde se guarecen
debajo de tus bóvedas y saben
tu secreto lenguaje;
simultáneo y diverso,
él resuena oscurísimo en las grutas
y en la plateada estela que la luna
va dejando en las aguas.

Ah, yo he visto
tu piel fosforescente de peces y luciérnagas
en el raudal que ondea revestido de escamas,
en la umbría espesura.

Cuántas veces antaño
en la dulce provincia de la infancia,
en mi antigua Tebaida,
ocultaba mis ojos para verte
aparecer detrás de las colinas
tañendo tu cordaje innumerable.
Cuántas veces entonces como ahora,
amorosa y distante, me has mirado
con los ojos de Cástor y de Pólux
adornando el espacio.

A tí van los amantes
dibujando el contorno delicado
del amor en las hojas
que brotan de su sangre rumorosa
como de una floresta, hacia ti van
dichosos de llevarte sus ofrendas.
Y también los poetas
encienden con el fuego de tus criptas
las más bellas estrofas

que brillan como lámparas votivas
en marmóreas columnas.

Tenebrosa deidad, madura imagen
de lo eterno y lo antiguo,
ampárame en tu escudo, táñeme
tu laúd misterioso
y concédeme el cáliz y la llave
para abrir tu santuario.

CÉSAR ROSALES

LA HISTORIA DE MARIA GRISELDA

Nadie salió a recibirla.

Ella misma hubo de abrir la tranquera, mientras el cochero, reteniendo los caballos, le insinuaba a modo de consuelo:

—Puede que del pueblo no hayan telefoneado que usted llegaba, tal como lo dejó recomendado.

Por toda respuesta ella había suspirado muy hondo, pensando en todo lo que había debido sobrellevar para hacer el viaje hasta ese fundo perdido en la selva:

El tren. El alba, en una triste estación. Y otro tren. Y otra estación. Y el pueblo, al fin. Pero, en seguida, toda la mañana y la mitad de la tarde en aquel horrible coche alquilado... Y ahora, después de tanto tiempo, recuerda claramente aquella tarde gris y aún se ve delante de la casa, golpeando a una puerta atrancada por dentro como si fuera medianoche.

Un relámpago había desgarrado el cielo y tiritado lívidamente durante el espacio de un segundo. Luego fué un golpe sordo. Un trueno. Y otra vez el silencio, espesándose. Entonces ella había mirado a su alrededor y advertido, de pronto, que era casi invierno.

Un trueno. Un solo trueno. ¡Como un golpe de gong, como una señal! Desde lo alto de la cordillera el equinoccio anunciaba que había empezado a hostigar los vientos dormidos, a apurar las aguas, a preparar las nevadas... Y ella recuerda que el eco de ese breve trueno re-

percutió largamente dentro de su ser, penetrándola de frío y de una angustia extraña, como si le hubiera anunciado el comienzo de algo maléfico para su vida.

En el último peldaño de la escalinata un sapo levantaba hacia ella su cabecita trémula.

—Está enamorado de María Griselda. Todas las tardes sube a esperarla para poder verla cuando ella vuelve de su paseo a caballo — le explicó Fred, apartándolo delicadamente con el pie.

—¿Y Alberto? —había preguntado ella una vez dentro de la casa, mientras comprobaba con la mirada el desorden y el abandono de las salas: una cortina desprendida, flores secas en los floreros, una chimenea muerta y repleta de periódicos chamuscados.

—Está en el pueblo. Ha de volver esta misma tarde, creo.

—Es lástima que ahí, que lo saben todo y que todo lo repiten en medio segundo, no lo informasen de mi llegada. Pude haberme venido con él.

—Fué mejor que no se viniera con él, mamá.

Una serie de veladas alusiones temblaba en la voz de Fred. Desde que salió a abrirle la puerta, Fred esquivaba obstinadamente los ojos de su madre.

—Enciende la chimenea, Fred. Tengo frío. ¿Cómo? ¿No hay leña a mano? ¿Qué hace la mujer de Alberto? ¿Le parece que ser una buena dueña de casa puede perjudicar su belleza?

—Oh no, este desorden no es culpa de María Griselda. Es que somos tantos y... ¡mamá! —gimió de pronto, de la misma manera que cuando de niño corría hacia ella porque se había hecho daño o porque tenía miedo. Pero esta vez no se le colgó del cuello como lo hacía entonces. ¡Por el contrario! Reprimiendo bruscamente su impulso, huyó

al otro extremo del hall para dejarse caer como avergonzado en un sillón. Y ella se le había acercado y, poniéndole ambas manos sobre los hombros: —¿Qué hay, Fred? —le había preguntado dulcemente—. ¿Qué les pasa a todos ustedes? ¿Por qué se quedan en esta casa que no es la de ustedes?

—¡Oh mamá, es Silvia la que quiere quedarse! Yo quiero irme. Acuérdesse, mamá, acuérdesse que fué también Silvia la que se obstinó en venir...

Sí, ella recordaba el absurdo matrimonio de Fred, quien, sin ni siquiera haberse recibido de abogado, se le ocurrió casarse con la niña más tonta y más linda del año. Y recordaba asimismo el proyecto que le confió la muchacha, unos días antes del matrimonio.

—Le he dicho a Fred que quiero que pasemos nuestra luna de miel en el fundo del Sur.

—¡Silvia!

—¡Por Dios, señora! No se enoje. Ya sé que usted y toda la familia no han querido ver ni aceptar a la mujer de Alberto..., pero yo me muero de ganas de conocerla. ¡María Griselda! Dicen que es la mujer más linda que se haya visto jamás. Yo quiero que Fred la vea y diga: Mienten, mienten, Silvia es la más linda.

Sí, ella recordaba todo esto, en tanto que Fred seguía hablando acaloradamente: —¡Oh mamá, es una suerte que usted haya venido! Tal vez logre usted convencer a Silvia de que es necesario que nos vayamos. Figúrese que se le ha ocurrido que estoy enamorado de María Griselda, que María Griselda me parece más linda que ella... Y se empecina en quedarse para que yo reflexione, para que la compare con ella, para que elija... ¡Qué sé yo! Está completamente loca. Y yo quiero irme. Necesito irme. Mis estudios...

¡Su voz, su temblor de animal acechado que quiere huir, presintiendo un peligro inminente!

Sí, ella, como mujer, comprendía a Silvia. Comprendía su deseo de medirse con María Griselda y de arriesgarse a perderlo todo con tal de ser la primera y la única en todo ante los ojos de su marido.

—Fred, Silvia no se irá jamás si se lo pides de esa manera, como si tuvieras miedo.

—¡Miedo! ¡Sí mamá, eso es! Tengo miedo. Pero ¡si usted la viera! ¡Si la hubiera visto esta mañana! ¡Estaba vestida de blanco y llevaba una dalia amarilla en el escote!

—¿Quién?

Fred había echado bruscamente los brazos alrededor de la cintura de su madre; apoyó la frente contra la frágil cadera y cerró los ojos.

—María Griselda —suspiró al fin—. Oh mamá, ¿la ve? ¿La ve con su tez pálida y sus cabellos negros, con su cabecita de cisne y su porte majestuoso y melancólico, la ve vestida de blanco y con una dalia amarilla en el escote?

Y he ahí que, cómplice ya de su hijo, ella veía claramente vivir y moverse en su mente la delicada y altiva criatura del retrato que le mandó Alberto.

—Oh mamá, todos los días una imagen nueva, todos los días una nueva admiración por ella que combatir... No, no puedo quedarme ni un día más, porque no puedo dejar de admirar a María Griselda cada día más... de admirarla más que a Silvia... ¡Más que a Silvia, sí! ¡Más que a Silvia, que es la mujer que quiero! ¡Oh mamá, yo tengo que irme de aquí... tenemos que irnos... y Silvia no quiere! Háblele usted, mamá, por favor.

El tic-tac de un reloj repercutía por doquier como el corazón mismo de la casa. Y ella aguzaba el oído tratando de ubicar el sitio exacto en donde estaría colocado ese reloj. “¿Es nuevo? ¿De dónde lo ha-

brán sacado?” se preguntaba, involuntariamente distraída por aquella nimiedad, mientras erraba por corredores y escaleras solitarias.

El cuarto de Zoila estaba vacío. Y era Zoila, sin embargo, la que la había inducido a franquear el umbral de esa casa repudiada.

¿Acaso ella no se había negado hasta entonces a conocer y reconocer la existencia de María Griselda, aquella muchacha desconocida con la que su hijo mayor se casó un día a escondidas de sus padres?

Pero la carta de Zoila la hizo pasar por sobre todas sus reservas.

“Señora, véngase inmediatamente para acá”, escribía Zoila. Desde que ella se casó, Zoila la llamó señora, pero de pronto se olvidaba de guardar las distancias y solía tutearla como a una niña.

“...No creas que exajero si te digo que aquí están pasando cosas muy raras. Tu hija Anita se sale siempre con la suya; sin embargo, parece que esta vez no va a ser así y que hizo un buen disparate viniéndose a buscar a don Rodolfo. Si él le dejó de escribir ¡por algo sería! Y mi opinión es que ella debió haber tenido el orgullo de olvidarlo. Así se lo dije el mismo día que se le ocurrió largarse para acá. Pero ella no me hace caso... Y usted me obligó a acompañarla a estas serranías. Bueno, el caso es que por muy de novio que esté con Anita desde que eran niños, don Rodolfo ya no la quiere porque está enamorado de la señora Griselda.

“No sé si te acuerdas que cuando me contaste que don Alberto, para ayudar a don Rodolfo —ya que el pobre no sirve para nada—, lo había empleado en el fundo, yo te dije que me parecía que tu hijo Alberto había hecho un disparate... Pero a mí nadie me hace caso.”

Ella no se explicó nunca cómo ni por qué había encaminado sus pasos hacia el cuarto de Rodolfo y empujado la puerta... Ahora sabe que en momentos como aquellos es nuestro destino el que nos arrastra

implacablemente, y contra toda lógica, hacia la tristeza que nos tiene deparada.

Sola, echada sobre el lecho de Rodolfo con la frente hundida en su almohada, así había encontrado a su hija Anita.

Había tardado unos segundos en llamarla.

¡Oh, esa timidez que la embargaba siempre delante de Anita!

Porque Fred se defendía, pero terminaba siempre por entregársele. Y, saliendo de su mutismo, el taciturno Alberto solía tener con ella arranques de confianza y de brusca ternura.

Pero Anita, la soberbia Anita, no permitió jamás que ella penetrara en su intimidad. Desde que era muy niña solía llamarla “Ana María”, gozándose en que ella le respondiera sin reparar en la falta de respeto que significaba, de parte de una hija adolescente, el llamar a su madre por el nombre.

Y más tarde, ¡con qué piadosa altanería la miró siempre desde lo alto de sus estudios!

“¡Tiene un cerebro privilegiado, esta muchacha!” Era la frase con que todos habían acunado a Anita desde que ésta tuvo uso de razón. Y ella se había sentido orgullosa de aquella hija extraordinaria delante de la cual vivió, sin embargo, eternamente intimidada.

Esa vez, aun titubeaba en llamarla. Pero cuando al fin la llamó, su hija levantó hacia ella una cara entre asombrada y gozosa. E iniciaba ya un gesto de cariñosa bienvenida cuando ella, animada por esta inesperada recepción, le había declarado rápida y estúpidamente:

—Anita, vengo a buscarte. Nos vamos mañana mismo.

Y Anita, entonces, había reprimido su impulso y había vuelto a ser Anita.

—Usted olvida que ya no estoy en la edad en que a uno la traen y la llevan como si fuera una cosa.

Desconcertada por la primera respuesta, y presintiendo una lucha

demasiado dura para su sensibilidad, ella había empezado a suplicar, a tratar de persuadir.

—Anita, rebajarte y afligirte por ese muchacho tan insignificante... ¡Tú, que tienes toda la vida por delante, tú, que puedes elegir el marido que se te antoje, tú, tan orgullosa, tan inteligente!

—No quiero ser inteligente, no quiero ser orgullosa y no quiero más marido que Rodolfo y lo quiero así como es, insignificante y todo.

—¡Pero si él ya no te quiere!

—Y a mí ¿qué me importa? Lo quiero y eso me basta.

—¡Anita, Anita! ¿Crees que sólo cuenta tu voluntad en este caso? No, Anita, créeme. Una mujer nunca consigue nada de un hombre que ha dejado de quererla. Vente conmigo, Anita. No te expongas a cosas peores.

—¿A qué cosas?

—Ya que tú no le devuelves su palabra, Rodolfo es capaz de pedir-tela cualquier día de estos.

—No, ya no puede.

—¿Por qué? —había preguntado ella con ingenuidad.

—Porque ya no puede, si es un hombre decente.

—¡Anita! —Ella había mirado a su hija mientras una oleada de sangre le abrasaba la cara—. ¿Qué pretendes decirme?

—¡Eso! Eso mismo que acaba de pensar.

—¡No! —había gritado, y la burguesa que había en ella, tratándose de sus hijos, se había rebelado con la misma cólera con que se rebelan en la misma ocasión todas las burguesas del mundo— ¡Ah, el infame, el infame! ¡Atreverse a eso! Tu padre, sí, tu padre va a matarlo... y yo... yo... ¡Ah, el cobarde!

—Cálmese, mamá. Rodolfo no tiene la culpa. Él no quería. Fuí yo la que quise. Él no quería, no quería...

La voz se le había quebrado en un sollozo. Hundiendo nueva-

mente la cara en la almohada de Rodolfo, la orgullosa Anita se había echado a llorar como una niña.

—...¡No quería! Yo lo busqué y lo busqué hasta que... Era la única manera de que no me dejará, la única manera de obligarlo a casarse. Porque ahora, ahora usted tiene que ayudarme. Tiene que decirle que lo sabe todo, obligarlo a casarse mañana mismo... Porque él pretende esperar... y yo tengo miedo, no quiero esperar. Porque lo adoro, lo adoro...

Anita lloraba. Y ella se había tapado la cara con las manos, pero no lograba llorar.

¿Cuánto rato estuvo así, muda, yerta, anonadada? No lo recuerda. Sólo recuerda que, por último, como se escurriera del cuarto sin mirar a Anita, aquel reloj invisible empezó a sonar de nuevo su estruendoso tic-tac, como si emergiera de golpe junto con ella de las aguas heladas de un doloroso período de estupor.

Bajando al primer piso, había abierto impulsivamente la puerta del antiguo cuarto de Alberto. Y mientras observaba con ira aquel cuarto totalmente transformado por una mano delicada y graciosa, oyó unos pasos en el corredor.

—¡Es “ella”! —se dijo conmovida bruscamente.

Pero no. No era María Griselda. Era Zoila.

—¡Por Dios, señora, en este instante me avisan que ha llegado! ¡Yo andaba por la lavandería...! ¡Y nadie para recibirla! ¡Qué pálida estás! ¿Qué? ¿No te sientes bien?

—Estoy cansada. ¿Y eso qué es...? ¿Esas caras pegadas a los vidrios? Ya se apartaron... ¿Quiénes trataban de mirar hacia dentro?

—Son los niños del campero que vienen siempre a dejar flores para la señora Griselda, ahí, al pie de la ventana.

—¡Tan tarde! ¿Ya no le tienen miedo a Marino?

Marino era un cabrito negro que andaba suelto por el bosque.

¡El diablo! ¡El diablo! — recuerda ella que solían gritar los niños, aterrados, cuando Marino, listo a embestir, asomaba entre dos árboles sus ojos llameantes, burlescos y fijos.

—¡Sí que le tienen miedo! Pero por la señora Griselda son capaces de todo. ¡Les parece tan bonita! Dicen que es más bonita que la Santísima Virgen.

—¿En dónde está Alberto? — había interrumpido ella secamente. Zoila desvió la mirada.

—En el pueblo, supongo... — contestó después de una breve pausa, y en su voz temblaba la misma reticencia que a ella la inquietó en la voz de Fred.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa? —gritó, dejándose llevar por una cólera desproporcionada—. ¡Hasta cuándo se hablará por enigmas en esta casa! ¿Dónde está Alberto? ¡Contéstame claro! ¡Te lo mando!

Una cortesía exagerada y mordaz solía ser la reacción de Zoila ante las inconsecuencias o las violencias de los patrones:

—¿La señora Ana María quiere saberlo de verdad? — le había preguntado suavemente.

—Sí, quiero.

—Pues..., “tomando” por alguna parte ha de estar. Y por si quiere saber más, le diré que don Alberto se lo pasa ahora tomando... ¡Él, que ni siquiera probaba vino en las comidas!

—Ah, esa mujer. ¡Maldita sea esa mujer! — había estallado ella impetuosamente.

—Siempre atolondrada para juzgar, señora. Nada puede decirse en contra de doña Griselda. Es muy buena y se lo lleva todo el día

encerrada aquí, en el cuarto, cuando no sale a pasear sola, la pobrecita. Yo la he encontrado muchas veces llorando . . . , porque don Alberto parece que la odiara a fuerza de tanto quererla. ¡Dios mío, ya voy creyendo que ser tan bonita es una desgracia como cualquier otra!

Cuando ella entró al cuarto, luego de haber golpeado varias veces sin obtener respuesta, Silvia estaba sentada frente al espejo, envuelta en un fantástico peinador de gasa.

—¿Cómo estás, Silvia?

Pero la muchacha, a quien no pareció sorprenderle su intempestiva llegada, apenas la saludó, tan abstraída se encontraba en la contemplación de su propia imagen.

—¡Qué linda estás, Silvia! — le había dicho ella, tanto por costumbre como para romper aquella desconcertante situación: Silvia mirándose al espejo atentamente, obstinadamente, como si no se hubiera visto nunca, y ella, de pie, contemplando a Silvia.

—¡Linda! Creía ser linda hasta que conocí a María Griselda. ¡María Griselda, sí que es linda!

Su voz se trizó de improviso y, como una enferma que recae extenuada sobre las almohadas de su lecho, Silvia volvió a sumirse en el agua de su espejo.

Los cristales de la ventana apegados a la tarde gris doblaban las múltiples lámparas encendidas sobre el peinador. En el árbol más cercano un chuncho desgarraba, incesante, su pequeño grito misterioso y suave.

—Silvia, Fred acaba de decirme lo mucho que te quiere . . . — empezó ella. Pero la muchacha dejó escapar una risa amarga.

—Sin embargo ¿qué cree usted que él me contesta cuando le pregunto quién es más linda, si María Griselda o yo?

—Te dirá que tú eres la más linda, naturalmente.

—No. Me contesta: ¡Son tan distintas!

—Quiere decir que tú le pareces más linda.

—No. Quiere decir que María Griselda le parece más linda y que no se atreve a decírmelo.

—Y aunque así fuera ¿qué puede importarte? ¿Acaso no eres tú la mujer que él quiere?

—Sí, sí... Pero no sé lo que me pasa... Oh, señora, ayúdeme. No sé qué hacer. ¡Me siento tan desgraciada!

Y la muchacha había empezado a explicarle su mísero tormento: “¿Por qué esa sensación de inferioridad en que la sumía la presencia de María Griselda? Era raro. Ambas tenían la misma edad y, sin embargo, María Griselda la intimidaba. Y no era que fuese orgullosa. Por el contrario, era dulce y atenta y muy a menudo venía a golpear a la puerta de su cuarto para conversar con ella. ¿Por qué la intimidaba? Por sus gestos, tal vez. Por sus gestos tan armoniosos y seguros. Ninguno caía desordenado como los de ella, ninguno quedaba en suspenso... No, no le tenía envidia. ¿Acaso Fred no le decía a ella: eres más rubia que los trigos; tienes la piel dorada y suave como la de un durazno maduro; eres chiquita y graciosa como una ardilla, y tantas otras cosas...? Sin embargo, ella hubiera deseado comprender por qué, cuando veía a María Griselda, cuando se topaba con sus ojos estrechos de un verde turbio, no le gustaban ya sus propios ojos, azules, límpidos y abiertos como estrellas. ¿Y por qué le parecía inútil haberse arreglado durante horas frente al espejo, y ahora encontraba ridícula la sonrisa tan alabada con que se complacía en mostrar esa doble hilera de dientes pequeñitos y blancos?”

Y mientras Silvia hablaba y hablaba, y ella repetía indefinidamente el mismo argumento: “Fred te quiere, Fred te quiere...”, en el árbol más cercano el chuncho seguía desgarrando su breve grito insidioso y regular.

Ahora recuerda cómo, al dejar a Silvia, sintió de pronto esa ansia irresistible de salir al aire libre y caminar que se apodera de nuestro cuerpo en los momentos en que el alma se ahoga.

Al llegar a la tranquera, encontró a Rodolfo, inclinado lánguidamente sobre uno de sus postes, fumando y en actitud de espera.

¡Rodolfo! Ella lo había visto nacer, crecer; frívolo, buen muchacho y a ratos más afectuoso con ella que sus propios hijos. Y he aquí que ahora aceptaba el beso con que él se apresuraba a saludarla, sorprendida de no sentir al verlo nada de lo que creía que iba a sentir. Ni cólera, ni despecho. Sólo la misma avergonzada congoja que la había embargado delante de Anita.

—¿Esperabas a Alberto? — preguntó al fin, por decir algo.

—No, a María Griselda. Hace más de una hora que debió de haber vuelto. No me explico por qué esta tarde habrá alargado tanto su paseo. Venga, vamos a buscarla — la invitó, tomándola imperiosamente de la mano.

Y como dos cazadores de una huidiza gacela, habían empezado a seguir por el bosque las huellas de María Griselda.

Internándose por un estrecho sendero que el caballo de María Griselda había trazado entre las zarzas, ambos siguieron hasta el borde mismo de la pendiente que bajaba al río. Y, apartando las ramas de algunos arbustos, se inclinaron un segundo sobre aquella grieta abierta a sus pies.

Un ejército de árboles bajaba denso, ordenado, implacable por la pendiente de helechos hasta hundir sus primeras filas en la neblina encajonada entre los murallones del cañón. Y del fondo de aquella siniestra rendija subía un olor fuerte y mojado, un olor a bestia forestal: el olor del río Malleco que rodaba incansable su lomo tumultuoso.

Habían echado a andar cuesta abajo. Ramas pesadas de avellanas y de helados copihues les golpeaban la frente al pasar... y Rodolfo le contaba que María Griselda, con la fusta que llevaba siempre en la mano,

se entretenía a menudo en atormentar el tronco de ciertos árboles para descubrir los bichos agazapados bajo la corteza: grillos que huían cargando una gota de rocío, tímidas falenas color de tierra, dos ranitas acopladas.

Y ellos bajaban la empinada cuesta en serpentina por donde trepaba, acrecentándose, el rumor del río.

Y bajaron hasta internarse en la neblina que se estancaba en lo más hondo de la grieta, allí donde ya no había pájaros, donde la luz se espesaba, lívida, donde el fragor del agua rugía como un trueno sostenido y permanente.

Un paso aún, y se habían hallado en el fondo del cañón y en frente mismo del monstruo.

La vegetación se detenía al borde de una estrecha playa de guijarros opacos y duros como el carbón de piedra. Mal resignado en su lecho, el río corría a borbotones estrellando enfurecido un agua agujereada de remolinos y de burbujas negras. ¡El Malleco!

Rodolfo le explicó que María Griselda no le tenía miedo, y le mostró, erguido en la corriente, el peñón sobre el que ella acostumbraba a tenderse largo a largo, soltando a las aguas sus trenzas y la cola de su traje de amazona. Y le contó cómo, al incorporarse, María Griselda se echaba a reír y hurgaba en su cabellera chorreante para extraer a menudo, como una horquilla olvidada, algún pececito plateado... regalo vivo que le había ofrendado el Malleco.

Porque el Malleco estaba enamorado de María Griselda.

—¡María Griselda! — la habían llamado, hasta que la penumbra del crepúsculo empezó a rellenar el fondo del cañón. Y, desesperanzados, se decidieron a trepar de vuelta la cuesta por donde el silencio de la selva les salía nuevamente al encuentro a medida que iban dejando atrás el fragor incansable del Malleco.

La primera luciérnaga flotó delante de ellos.

¡La primera luciérnaga! “A María Griselda se le posa siempre sobre el hombro, como para guiarla” — le había explicado Rodolfo, súbitamente enternecido.

Una zorra lanzaba a ratos su eructo macabro y estridente. Y, desde la quebrada opuesta, otra le contestaba en seguida con la precisión del eco.

Los copihues empezaban a abrir sigilosos su pesados pétalos de cera, y las madreselvas se desplomaban, sudorosas, a lo largo del sendero. La naturaleza entera parecía suspirar y rendirse extenuada.

Y mientras volvían por otro camino, siguiendo siempre la huella de María Griselda, ella había logrado vencer, al fin, la timidez y el cansancio que la embargaban.

—Rodolfo, he venido a saber lo que pasa entre Anita y tú. ¿Es cierto que ya no la quieres?

Había interrogado con cautela, aprontándose a una negativa o a una evasiva. Pero ¡con qué impudor, con qué vehemencia él se había acusado!

“Sí, era cierto que ya no quería a Anita. Y era cierto lo que decían que estaba enamorado de María Griselda. Pero no se avergonzaba de ello, no. Porque él no tenía la culpa, ni María Griselda, ni nadie tenía la culpa. Sólo de Dios, por haber creado a un ser tan prodigiosamente bello, era la culpa. Y tan era así, que él no tenía la culpa, que el propio Alberto, que no ignoraba su amor, en vez de condenarlo lo compadecía. Y le permitía seguir trabajando en el fundo porque comprendía, porque sabía que, una vez que se había conocido a María Griselda, era necesario verla todos los días para seguir viviendo. ¡Verla, verla! Y, sin embargo, él evitaba siempre mirarla de repente, temeroso de que el corazón pudiera detenerse bruscamente. Como quien va entrando con prudencia en un agua glacial, así él iba enfrentando poco a poco la mirada de sus ojos verdes, el espectáculo de su luminosa palidez.

Y nunca se cansaría de verla, nunca su deseo por ella se agotaría, porque nunca la belleza de aquella mujer podría llegar a serle familiar. Porque María Griselda cambiaba imperceptiblemente según la hora, la luz y el humor; y se renovaba como el follaje de los árboles, como la faz del cielo, como todo lo vivo y natural. También Anita era linda, y él la quería de verdad, pero...

El nombre de su hija, mezclado a semejante confesión, hirió a la madre de manera inesperada.

Su espíritu, oscilando entre la pena y la cólera, pareció robarle momentáneamente toda capacidad de actuar con discernimiento y con justicia. Temerosa de traicionarse y de perder la causa de su hija:

—No hablemos ahora de Anita — interrumpió secamente.

Y Rodolfo había respetado su silencio, mientras la guiaba en la oscuridad del bosque, ayudándole a sortear las enormes raíces convulsas que se encrespaban casi a un metro del suelo.

Más adelante, cuando un revuelo de palomas vino a azotarles la frente, él no pudo menos de explicar: —Son las palomas de María Griselda.

¡María Griselda! ¡María Griselda! Ella recuerda que, en medio de la escalinata, su pie había tropezado con algo blando, con ese sapo que también esperaba a María Griselda.

Una oleada de violencia la había doblado, agresiva, y, cogiéndolo brutalmente entre sus dedos crispados, lo había arrojado lejos. Durante un momento permaneció inmóvil, sorprendida por su propia actitud. Luego echó a correr con el puño cerrado. Y ahora recuerda cómo, hasta en su cuarto, la persiguió la horrorosa sensación de haber estrujado en la mano una entraña palpitante y fría.

¿Cuánto tiempo dormitó, extenuada?

No lo sabe. Ruido. Cerrojos descorridos por una mano insegura. Y, sobre todo, una voz ronca, desconocida y, sin embargo, muy parecida a la voz de Alberto, vino a desgarrar su sueño.

No, Zoila no había mentido. Ni tampoco Fred. Su hijo Alberto llegaba ebrio y hablando solo. Ella recuerda cómo, aguzando el oído, había sostenido un instante en el pensamiento aquellos pasos rotos a lo largo del corredor.

Después debió de haber dormitado nuevamente hasta que el estampido de aquel balazo en el jardín, junto con un inmenso revuelo de alas asustadas, la impulsó a saltar de la cama y a correr fuera del cuarto.

La puerta del hall estaba ahora abierta de par en par hacia una noche palpitante de relámpagos y tardías luciérnagas. Y en el jardín un hombre perseguía, revólver en mano, a las palomas de María Griselda.

Ella lo había visto derribar una, y otra, precipitarse sobre sus cuerpos mullidos, no consiguiendo aprisionar entre sus palmas ávidas sino flácidos cuerpos a los cuales se apegaban unas pocas plumas mojadas de sangre.

Ella había gritado: —¡Alberto!

Entonces aquel hombre cayó en sus brazos.

—¡Hay algo que huye siempre en todo! ¡Como en María Griselda! —gritó casi en seguida, desprendiéndose—. De qué le sirve decirme: ¡Soy tuya, soy tuya! ¡Apenas se mueve, la siento lejana! ¡Apenas se viste, me parece que no la he poseído nunca!

Y Alberto había empezado a explicar la angustia que lo corroía y destruía como a todos los habitantes de aquella casa.

“Sí, era en vano que, para tranquilizarse, él rememorara los íntimos abrazos por los cuales María Griselda estaba ligada a él. ¡En vano! Porque apenas se apartaba del suyo, el cuerpo de María Griselda parecía desprendido y ajeno desde siempre y para siempre. Y en vano, entonces,

él se echaba nuevamente sobre ella tratando de imprimirle su calor y su olor... De su abrazo desesperado María Griselda volvía a surgir distante y como intocada.”

—¡Alberto, Alberto, hijo mío!—. Ella trataba de hacerlo callar, recordándole que era su madre.

Pero él seguía hablando y paseándose desordenadamente, sin atender a sus quejas ni a la presencia de Fred, quien, alarmado por los tiros, había acudido al hall.

“¿Celos? Tal vez. ¡Extraños celos! Celos de ese *algo* de María Griselda que se le escapaba siempre en cada abrazo. ¡Ah, esa angustia incomprensible que lo torturaba! ¿Cómo expresar y agotar cada uno de los movimientos de esa mujer? ¡Si hubiera podido envolverla en una red de paciencia y de memoria, tal vez hubiera logrado comprender y aprisionar la razón de la Belleza y de su propia angustia! Pero no podía. Porque no bien su furia amorosa empezaba a enternecerse en la contemplación de las redondas rodillas, ingenuamente aparejadas la una detrás de la otra, cuando ya los brazos empezaban a desperezarse armoniosos, y aún no había él asido las mil ondulaciones que este ademán imprimió a la esbelta cintura, cuando... ¡No, no! De qué le servía poseerla si...”

No pudo seguir hablando. Silvia bajaba la escalera, despeinada, pálida y descalza, enredándose a cada escalón en su largo peinador de gasa.

—¿Silvia? ¿Qué te pasa? — había alcanzado a balbucear Fred, cuando una voz horriblemente aguda empezó a brotar de aquel cuerpo frágil.

—¡Todos, todos lo mismo! —gritaba la extraña voz—. ¡Todos enamorados de María Griselda! Alberto, Rodolfo, y Fred también... ¡Sí, tú también, tú también, Fred! ¡Hasta le escribes versos! Alberto, ya lo sabes. Tu hermano tan querido escribe versos de amor para tu

mujer. Los escribe a escondidas de mí. Cree que yo no sé dónde los guarda. Señora, yo se los puedo mostrar, si no me cree...

Ella no había contestado, miedosa de aquel ser desordenado y febril que una palabra torpe podía precipitar en la locura.

—No, Silvia, no estoy enamorado de María Griselda —oyó de pronto decir a Fred con tranquila gravedad—. Pero es cierto que algo cambió en mí cuando la vi... Fué como si algo se hubiera encendido en mí, una especie de presencia inefable que me acompaña desde entonces, dulcemente... Sí, Alberto, es cierto que he escrito versos para María Griselda. Pues por ella me encontré al fin con mi verdadera vocación, en ella me encontré con la poesía...

Y Fred les había empezado a contar su encuentro con María Griselda.

“Cuando Silvia y él, recién casados, habían caído de sorpresa al fondo, María Griselda no se encontraba en la casa. Ansiosos de conocerla cuanto antes, ellos habían corrido en su busca, guiados por Alberto. Y había sucedido que, en medio del bosque, él se había quedado atrás, callado, inmóvil, atisbando casi dentro de su corazón el eco de unos pasos muy leves. Desviándose luego del sendero, había entreabierto el follaje al azar, y esbelta, melancólica y pueril, arrastrando la cola de su ropón de amazona..., así la vió pasar. ¡María Griselda! Llevaba enfáticamente una flor amarilla en la mano como si fuera un cetro de oro, y su caballo la seguía a corta distancia sin que ella tuviera necesidad de guiarlo. ¡Sus ojos estrechos, verdes como la fronda! ¡Su porte sereno, su mano pequeña y pálida! ¡María Griselda! La vió pasar. Y a través de ella, de su pura belleza, tocó de pronto un más allá infinito y dulce... Algas, aguas, tibias arenas visitadas por la luna, raíces que se pudren sordamente creciendo limo abajo, y su propio y acongojado corazón. Del fondo de su ser empezaron a brotar exclamaciones extasiadas, músicas nunca oídas: frases y notas hasta entonces dormidas dentro de su sangre y que de pronto ascendían y recaían triunfalmente junto con su soplo, con

la regularidad de su soplo. Y supo de una alegría a la par grave y liviana, sin nombre y sin origen; y de una tristeza resignada y rica de desordenadas sensaciones. Y comprendió lo que era el alma, y la admitió tímida, vacilante y ansiosa; y aceptó la vida tal cual era: efímera, misteriosa e inútil, con su mágica muerte que tal vez no conduce a nada. Y suspiró, supo al fin lo que era suspirar... porque debió llevarse las dos manos al pecho, dar unos pasos y echarse al suelo entre las altas raíces. Y mientras los demás lo llamaban en la oscuridad creciente —¿recuerdan?— él, con la frente hundida en el césped, componía sus primeros versos...”

Así hablaba Fred; entre tanto, Silvia retrocedía cada vez más pálida.

¡Dios mío! ¿Quién hubiera podido prever aquel gesto en aquella niña mimada, tan bonita y tan tonta? Apoderándose rápidamente del revólver que Alberto, momentos antes, había arrojado descuidadamente sobre la mesa, se abocó el caño contra la sien y sin ni siquiera cerrar los ojos, valientemente, como hacen los hombres, apretó el gatillo.

—Mamá, venga. María Griselda se ha desmayado y no puedo hacerla volver en sí.

Que aquel horrible drama pudiese conmover a su mujer fué lo único que había preocupado a Alberto desde el primer instante; inmediatamente se precipitó, no hacia Silvia fulminada, sino hacia la puerta de su propio dormitorio, con el fin de impedir que María Griselda tuviera acceso a la desgracia que había provocado sin querer.

—¡Venga, mamá, no la puedo hacer volver en sí! ¡Venga, por Dios!

Ella había acudido. Y una vez dentro del cuarto se había acercado con odio y con sigilo hasta el borde del gran lecho conyugal, indiferente a las frases de estúpido apremio con que la hostigaba Alberto.

¡María Griselda! Estaba desmayada. Sin embargo, boca arriba y a flor de las almohadas, su cara emergía, serena.

¡Nunca, nunca había ella visto cejas tan perfectamente arqueadas! Era como si una golondrina afilada y sombría hubiera abierto las alas sobre los ojos de su nuera y allí permaneciera detenida, en medio de su frente blanca. ¡Las pestañas! Las pestañas oscuras, densas y brillantes. ¿En qué sangre generosa y pura debían hundir sus raíces para crecer con tanta violencia? ¡Y la nariz! La pequeña nariz orgullosa de aletas delicadamente abiertas. ¡Y el arco apretado de la boca encantadora! ¡Y el cuello grácil! ¡Y los hombros henchidos como frutos maduros!

Por fin, como debía atenderla en su desmayo, ella se prendió de la manta y, echándola hacia atrás, destapó de golpe el cuerpo casi desnudo. ¡Ah, los senos duros y pequeños, muy apegados al torso, con esa fina vena azul celeste serpenteando entre medio! ¡Y las caderas redondas y mansas! ¡Y las piernas interminables!

Alberto se había apoderado del candelabro, cuyos velones goteaban, suspendiéndolo sobre la frente de su mujer.

—¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos! — ordenaba, gritaba, suplicaba.

Y María Griselda, como por encanto, había obedecido. ¡Sus ojos! ¿De cuántos colores estaba hecho el color uniforme de sus ojos? ¿De cuántos verdes distintos su verde sombrío? No había nada más minucioso ni más complicado que una pupila, que la pupila de María Griselda.

Un círculo de oro, otro verde claro, otro de un verde turbio, otro muy negro, y de nuevo un círculo de oro, y otro verde claro, y... total: los ojos de María Griselda. ¡Esos ojos de un verde igual al musgo que se adhiere a los troncos de los árboles mojados por el invierno, esos ojos en el fondo de los cuales titilaba y se multiplicaba la llama de los velones!

¡Toda esa agua refulgente contenida allí, como por milagro! ¡Con la punta de un alfiler, pinchar esas pupilas! Hubiera sido algo así como rajar una estrella... Ella estaba segura de que una especie de mercurio dorado habría brotado al instante, escurridizo, para quemar los dedos del criminal que se hubiera atrevido.

—María Griselda, ésta es mi madre — había explicado Alberto a su mujer, ayudándola a incorporarse en las almohadas.

La verde mirada se había prendido a ella y había palpitado, aclarándose por segundos... Y, de golpe, ella había sentido un peso sobre el corazón. Era María Griselda que había reclinado la cabeza en su pecho.

Atónita, ella había permanecido inmóvil. Inmóvil y conmovida por una desconcertante emoción.

—Perdón — dijo una voz grave.

“Perdón” había sido la primera palabra de María Griselda.

Y un grito se le había escapado instantáneamente a ella del fondo mismo de su más honda ternura.

—Perdón ¿de qué? ¿Tienes tú acaso la culpa de ser tan bonita?

—¡Ah, señora, si usted supiera!

No se acuerda bien en qué términos María Griselda había empezado a quejarse de su belleza, como de una enfermedad, como de una tara.

“Siempre, siempre había sido así —le decía—. Desde muy niña hubo de sufrir por culpa de su belleza. Su hermana no la quería y sus padres, como para compensarle a su hermana toda la belleza que le habían entregado a ella, dedicaron siempre a ésta su cariño y su fervor. En cuanto a ella, nadie la mimó jamás. Y nadie podía ser feliz a su lado.

Ahí estaba Alberto, amándola con ese triste amor sin afecto que parecía buscar y perseguir algo a través de ella, dejándola a ella misma desesperadamente sola. Anita, sufriendo por causa de ella. Y Rodolfo, también. Y Fred, y Silvia... ¡Ah, la pobre Silvia!

¡Un hijo! ¡Si pudiera tener un hijo! Tal vez, al verla materialmente ligada a él por un hijo, el espíritu de Alberto descansaría al fin... Pero, Dios mío, ¿no parecía ya como elegida y predestinada a una solitaria belleza, que la naturaleza —quién sabe por qué— hasta le vedaba prolongar? Y en su crueldad, ni siquiera el nimio privilegio de un origen

visible parecía haber querido otorgarle el destino... Porque sus padres no se parecían a ella, ni tampoco sus abuelos; y en los viejos retratos de familia nunca pudo encontrarse el rasgo común, la expresión que la pudiera hacer reconocerse como el eslabón de una cadena humana. ¡Ah, la soledad, todas las soledades!”

Así hablaba María Griselda, y ella recuerda cómo su rencor se había ido esfumando a medida que la escuchaba hablar.

Recuerda el fervor, la involuntaria gratitud hacia su nuera que la iba invadiendo por cada uno de los gestos con que ésta la acariciaba, por cada una de las palabras que le dirigía... Era como una blandura, como una especie de cándida satisfacción muy semejante a la que despierta en uno la confianza espontánea y sin razón que nos brinda un animal esquivo o un niño desconocido.

Sí. ¿Cómo resistir a esa tranquila altivez, a la cariñosa mirada de esos ojos tan extrañamente engarzados?

Recuerda que ella comparaba en pensamiento la belleza de la presumida Silvia y la de su esplendorosa hija Anita con la belleza de María Griselda.

Ambas eran lindas; pero sus bellezas eran como un medio casi consciente de expresión que tal vez hubieran podido reemplazar por otro.

En cambio, la belleza pura y velada de María Griselda, esa belleza que parecía ignorarse a sí misma, esa belleza no era un arma sino un fluir natural, algo congénito y estrechamente ligado a su ser.

Y no se concebía que María Griselda pudiera existir sino con esos ojos y ese porte; no se concebía que su voz pudiera tener otro timbre que aquel timbre suyo, grave y como premunido de una sordina de terciopelo.

¡María Griselda! Todavía la ve vivir y moverse, sigilosa y modesta, llevando su belleza como una dulce lámpara escondida que encendía con un secreto encanto su mirada, su andar, sus ademanes más mínimos: el ademán de hundir la mano en una caja de cristal para extraer el peine

con que peinaba sus negros cabellos. Y todavía, sí, todavía le parece estar oyendo el tic-tac de aquel invisible reloj que allá en ese lejano fondo del sur marcaba incansablemente cada segundo de esa tarde inolvidable.

Aquel tic-tac hendiendo implacable el mar del tiempo, hacia adelante, siempre hacia adelante. Y las aguas del pasado cerrándose inmediatamente detrás. Los gestos recién hechos ya no son, son el océano que se deja atrás, inmutable, compacto y solitario.

Y tú, Anita. ¡Orgullosa! Aquí estás y ahí lo tienes a ese hombre que no te quería y a quien tú forzaste y conquistaste. A ese hombre a quien se le escapará más tarde en alguna confidencia a otra mujer: “Yo me casé por compromiso.”

Lo odias, lo desprecias, lo adoras, y cada abrazo suyo te deja cada vez más desanimada y más enamorada.

Temblar por el pasado, por el presente, por el futuro, por la sospecha, el rumor o el mero presentimiento que amenace la tranquilidad que deberás fabricarte día tras día... Y disimulando, sonriendo, luchar día tras día por la conquista de un pedacito de alma... Esa será tu vida.

¡Rodolfo! Helo aquí a mi lado y a tu lado ayudándote a salvaguardar los cirios y las flores, estrechándote la mano como tú lo deseas.

Llevar a cabo una infinidad de actos ajenos a su deseo, empeñando en ellos un falso entusiasmo, mientras una sed que él sabe insaciable lo devora por dentro... Ésa será su vida.

Ah, mi pobre Anita, tal vez sea ésa la vida de todos nosotros. ¡Ese eludir o perder nuestra verdadera vida encubriéndola con una infinidad de pequeñeces con aspecto de cosas vitales!

MARÍA LUISA BOMBAL

CARTAS SOBRE LA BOMBA ATOMICA¹

X

LA TAREA POLÍTICA DEL SIGLO

Princeton, N. J., 15 de noviembre de 1945

¡Qué monótona sería la paz, querida amiga, si no hubiera amenazas de guerra! Y ¿qué haríamos sin la Bomba?

Desde hace meses, los grandes títulos a ocho columnas han desaparecido de la primera página de los diarios norteamericanos. Liberado de la presión de una actualidad jadeante que renovaba cada día durante seis años sus enormes peripecias, el espíritu se siente súbitamente amenazado de tedio. Pero al mismo tiempo parece despertar de un largo entorpecimiento estupefacto. Ha vuelto el tiempo de reflexionar. Si no hay nada en el diario, busquemos en nuestra cabeza. Nos encontraremos, desde luego, con un gran interrogante: ¿qué ha salido, pues, de esta guerra? ¿Qué novedades?

Ninguna, contestan muchos. Sólo verificamos aspectos negativos: el aplastamiento material de los nazis, y ruinas.

Replicaré: Por el contrario, tres grandes novedades. El triunfo de un régimen. Una idea. Y un arma.

Ese régimen es la democracia, que ninguna persona importante se atreve a atacar y con la que todas las potencias dignas de este nombre pretenden, por bocas oficiales, estar emparentadas hoy.

Esa idea es la unidad de los pueblos del planeta, es el sueño de un gobierno planetario, es el "pensamiento global", como dicen los anglosajones.

Y esa arma es la bomba atómica.

¹ Véanse las nueve primeras cartas publicadas en nuestro número anterior.

Ahora bien, observe usted que la democracia triunfante (en teoría), la idea planetaria y el arma veinte mil veces más poderosa que todas las demás actúan en el mismo sentido, se prestan apoyo y se refuerzan mutuamente. He aquí cómo.

Un gobierno mundial corre dos riesgos principales: ser demasiado débil para gobernar efectivamente, y demasiado fuerte para que sobrevivan las libertades nacionales o regionales. Mas si este gobierno llega a ser el único poseedor de la bomba atómica, se ve por ello dotado de un arma proporcionada a la amplitud de su tarea, que es la de ejercer la policía de las naciones, y de un arma que por su naturaleza sería desmesurada para un solo pueblo, al tiempo que se volvería efectiva en escala planetaria, precisamente. He aquí, pues, descartado el peligro de debilidad. Por otra parte, el triunfo universal del principio democrático suministra una garantía de control de las autoridades elegidas, y disminuye el peligro de un golpe de fuerza asestado contra el poder internacional por una de las naciones constituyentes: la guerra, pues, ¿no acaba de eliminar las dictaduras imperialistas?

Estas tres novedades, estos tres grandes resultados de la lucha de que salimos, parecen, por consiguiente, converger en un solo y mismo fin, indicar una sola y misma vía, una solución próxima y definitiva de los conflictos internacionales. La idea, la necesidad y la posibilidad práctica de un gobierno federal del planeta se nos han aparecido simultáneamente. Se proponen al espíritu con tanta claridad que sentimos la tentación de ver en ellas la indicación de una fatalidad: no hay otra vía practicable; la razón nos empuja a seguirla; debemos, pues, llegar muy pronto al fin...

Tales son las perspectivas teóricas. La Historia no las ha conocido más vastas, ni más pacificadoras. Pero la Historia nos enseña también que el hombre es estúpido y malvado, que teme ver las cosas con grandeza, y que prefiere, en general, sus viejos litigios locales, que él llama intereses, a sus verdaderos intereses, que llama utopías.

La gran tarea política del siglo, en estas condiciones, parece clara.

Ante todo, es preciso erigir ante los pueblos una *visión* simple de las posibilidades de unión mundial abiertas de hoy en adelante. Y es preciso insistir incansablemente en el hecho de que esta solución reviste un carácter de destino: todo nos conduce a ella, y tarde o temprano se impondrá, a pesar nuestro, si no por nuestra acción.

Luego, se trata de combatir los *obstáculos* a esta unión. Se hallan en la estrechez de nuestros espíritus, no en la razón ni en los hechos. En primer término, no dejaré de señalar a usted el nacionalismo en pleno vuelo, contragolpe fatal de la guerra y fiebre específica de las grandes democracias física o moralmente deprimidas. Hablo sobre todo por ustedes, europeos, a quienes veo de lejos tan propensos a confundir el rigor del espíritu con la avaricia de la imaginación, el honor de una cultura con sus decretos de exclusividad, y la conciencia de sí mismo con la desconfianza del prójimo, llevada hasta la hostilidad y el desprecio. Puesto que de todas estas confusiones se nutre el virus nacionalista.

Y, entretanto, enójese usted y contésteme.

XI

TODOS DEMÓCRATAS

Nueva York, 20 de noviembre de 1945

Usted no ha caído en el lazo. Me contesta con serenidad que Europa está dispuesta a hacer el bien, pero que proposiciones tan simplistas como las mías merecen, a lo sumo, una sonrisa indulgente. “Norteamérica lo ha contaminado a usted”, agrega menos cortésmente. Y noto en su carta esos términos esperados —“idealismo”, “optimismo beato”, “fantasías utópicas” y hasta “*ballyhoo*” (según veo, algún mozo de Nueva York le ha dado a usted lecciones de *slang*)— que caracterizan a Norteamérica a los ojos de los realistas europeos. (Sin embargo, no por eso dejan de denunciar el imperialismo de los comerciantes e industriales yanquis. Salen de la contradicción repitiendo: “hipocresía anglosajona”. Y los yanquis replican: “mala fe latina”.)

Ya que mis teorías políticas la importunan, voy a contarle una historia. Ella le demostrará que en Norteamérica se encuentran, a veces, ocasiones de pensar tan complejas e irritantes como en Europa.

Fuí esta tarde a visitar a un amigo que gusta llamarse “un anarquista cató-

lico". (Creo que es el único de su partido.) Parecía un poco nervioso. He aquí nuestra conversación.

Yo: ¿Contra quién escribe usted hoy?

ÉL: Estoy trazando el plan de una trilogía sobre los tres grandes regímenes políticos de este siglo. Voy a caracterizarlos por sus armas o métodos favoritos. El libro se titulará, pues: *¡Cremación, Liquidación, Evaporación!* (Pronunció estas palabras con un tono rabioso que me hizo estallar de risa.)

Yo: ¡Qué lindo programa! Reconozca usted que salimos por fin de las pequeñeces de la era burguesa, que sucedió a las tinieblas de la Edad Media. Pues esas tres armas modernísimas corresponden a tres grandiosas concepciones de la vida. ¡La cremación es la purificación por el fuego! ¡La liquidación es la vida misma, siempre fluente y circulante, la sangre, el vigor! En lo que se refiere a la evaporación atómica: ¿no es, acaso, el símbolo mismo del idealismo? ¡Todo sube y se expande hacia el cielo! Observe usted que en este sistema, la democracia parece superior al sovietismo y al hitlerismo.

ÉL: ¡Ya le oigo! ¡Oigo al diablo! Por otra parte, ya no se oye sino al diablo en este siglo tres veces maldito. No veo esperanza seria en ninguna parte. La quiebra moral es universal, tanto entre los individuos como en el plano internacional.

Yo: ¡No estoy de acuerdo! Diviso una esperanza. De los tres regímenes de que usted ha hablado, uno está aplastado. Los dos que quedan, y que se reparten el mundo, se declaran formalmente demócratas. Por consiguiente, hénos aquí todos demócratas, en el mundo entero, con excepción de dos países de lengua española, que llamaremos secundarios. Y he aquí mi esperanza, en esta situación: en vez de defender la democracia en bloque, y como un *rótulo*, contra sus adversarios declarados, vamos a poder por fin, entre nosotros, discutir el contenido verdadero de la democracia, sin pasar en seguida por fascistas.

ÉL: ¡Tanto valdría decir que la palabra de usted, democracia, ha perdido toda su fuerza! Un *rótulo* que se aplica a todos los partidos y a todas las naciones del globo no significa nada. O bien es una mentira y una hipocresía. Daré a usted un ejemplo. Los Soviets, que se dicen demócratas, denuncian a Suiza, que es la más vieja democracia del mundo, y la tratan de "fascista" porque es contraria, entre otras cosas, a la nacionalización de los bancos. Los suizos pueden contestar que precisamente esta medida fué adoptada en primer término por los estados fascistas, lo mismo que por los Soviets y los socialistas ingleses.

Yo: He ahí el problema embrollado a voluntad, y lo veo a usted sonreírse diabólicamente, a su vez. Pero, en realidad, quizás estemos de acuerdo. Ya que todos se han vuelto "demócratas" en el mundo de 1945, podemos hablar de otra cosa. En lo sucesivo podemos aplicar nuestro esfuerzo, no ya a la defensa de un vocablo, de una palabra vaga que ya nadie ataca, sino a la definición de una realidad que esa palabra simboliza y a veces disimula: ¿Qué es la *libertad*? Lo que nos llevará en seguida a preguntarnos: ¿Qué es el *hombre*? Éste es el verdadero debate. Si lo reconocemos, habremos alcanzado un gran progreso, el único acaso que la guerra podía permitir...

ÉL: Pero reconozca usted que mientras sus estadistas democráticos no hayan abordado abierta y sinceramente estas dos cuestiones fundamentales, el rótulo "democracia" no significará nada en absoluto. O bien servirá de excusa y de pretexto cosido con hilo blanco o rojo a las políticas más contradictorias y a veces más tiránicas.

Yo: Lo reconozco.

Salí de allí para escribir a usted. Para la próxima vez, sin duda, ya habré reflexionado sobre la libertad. ¿No es éste el problema número uno de nuestro tiempo? Porque los problemas se plantean cuando las cosas se consumen...

XII

LAS CUATRO LIBERTADES

Nueva York, 24 de noviembre de 1945

Ya que he adoptado como una especie de hábito entretenerla con los lugares comunes que encantan a nuestra edad, como la Bomba, la guerra y la paz, la democracia y el gobierno del mundo, no me guardará usted rencor si vuelvo hoy con el tema de las Cuatro Libertades. Sin duda, ustedes, los realistas europeos, juzgarán que el tema es anticuado: ustedes tienen un espíritu tan rápido, que

pasa tan velozmente a otras cosas. Y Norteamérica tiene poca memoria: esto produce, en ocasiones, los mismos efectos... No por eso las Cuatro Libertades han dejado de ser el objetivo de guerra ideal de las Naciones Unidas, como siguen siendo el ideal oficial de la paz. Pero he observado que muy pocas personas son capaces de enumerarlas. Parecería que se hubiera luchado por algo que no era bastante claro ni muy fácil de retener en el espíritu... ¿Recuerda usted? Roosevelt fué el primero en enunciarlas, a principios de 1942, en su discurso sobre el estado de la Unión: *freedom of speech, freedom of religion, freedom from want, freedom from fear*, lo que se traduce, con un poco de dificultad en nuestra lengua, por libertad de palabra y de religión, liberación de la miseria y del temor.

Así, pues, habiendo las Naciones Unidas ganado la guerra, ya es tiempo de que nos preguntemos cuál es el estado presente de las libertades por las que se empenó la lucha.

La segunda, la del culto o de la religión, parece bien encaminada hacia su establecimiento en los países recién liberados, lo mismo que en la Rusia soviética y en el Japón. Todavía se queman, llegado el caso, algunas iglesias protestantes en México, pero la situación, considerada en conjunto, no es mala. Por otra parte, ignoro si este progreso debe ser atribuído a menos fanatismo, de parte de las masas religiosas, o a más indiferencia de parte de las masas "ilustradas", como dicen sus jefes.

En lo que respecta a las otras libertades, he aquí el cuadro:

La libertad de palabra se ve por todas partes puesta en jaque por censuras oficiales o comerciales; la miseria reina, la policía reina, y los vencedores mismos viven temiéndose unos a otros. En cuanto a la Bomba, ella ha multiplicado por 20.000 la libertad de temer lo peor a cada instante.

Todo eso, nos dicen los gobernantes, no sin razón, es el resultado lamentable pero fatal de la guerra. (Extraña actividad que "fatalmente" prolonga o agrava las tiranías que tenía por único fin aplastar. Pero esta es otra historia.) Entonces ¿mi generación está condenada a sufrir el doble o el triple de todo aquello por lo que se ha consumido en combatir? ¿Debe aceptar privarse de por lo menos tres libertades de las cuatro, con la esperanza de que sus hijos las recibirán más tarde? Y ¿de quién las recibirán? ¿Estamos consagrados a la esclavitud del Estado por necesidad material?

Usted me guardará rencor por plantear estas preguntas, pues no parecen

implicar más que respuestas amargas y humillantes, si se permanece al nivel de los hechos, de las duras necesidades, de las ruinas. Ahora bien, la evocación de las famosas cuatro libertades nos abruma implacablemente por la comparación que nos obliga a hacer entre el ideal y la realidad.

Propongo, en consecuencia, que cambiemos lo que puede ser cambiado inmediatamente: nuestro ideal, mientras se espera el resto. Propongo que reemplacemos la reivindicación de las cuatro libertades, inaccesibles momentáneamente, por una afirmación única de libertad individual, que sólo de nosotros depende asir instantáneamente. No hay cuatro libertades. No hay más que *la* libertad, o no hay nada. Lo probaré con una parábola.

Conozco a ciertos hombres que gozan efectivamente de las susodichas cuatro libertades. *Una*: pueden decir todo lo que quieran a sus vecinos; *dos*: reciben gratuitamente los auxilios de su religión; *tres*: no tienen que preocuparse más de su subsistencia; *cuatro*: se hallan protegidos sólidamente contra todos los peligros externos. Son los presos de las cárceles norteamericanas. (Hasta se les da sesiones de cinematógrafo.)

La libertad no puede ser desmenuzada ni cortada en tajadas; la libertad es algo vivo. Tampoco puede ser dada. Exige que se la afirme continuamente, cueste lo que cueste, sean cuales sean los obstáculos que se opongan a ella. Siempre se encontrará con obstáculos. Aquellos que temen ser libres los tomarán por pretexto, lo mismo que los alemanes bajo el régimen hitlerista.

La libertad fundamental de que depende todo es la de *realizarse personalmente*. Ahora bien, nosotros no podremos nunca recibirla de otro. Sin ella, las otras libertades valen poco. Sólo mediante ella pueden ser conquistadas. La afirmamos y la demostramos con nuestra lucha contra todas las "necesidades" que se le oponen incesantemente. Y esta lucha es siempre posible. Esta Resistencia no hace más que comenzar. Pero, no bien decidimos que los obstáculos al ejercicio de nuestra libertad son fatales, necesarios y sobrehumanos, los convertimos en tales y dejamos de ser libres, inmediatamente. El Estado, entonces, tendrá todos los derechos, ya que le cederemos todos los deberes.

Lo que necesitamos, desde luego, no es un mundo bien ordenado en torno de nosotros. (Las prisiones están bien ordenadas.) Lo que necesitamos para ser libres, única y sencillamente, es coraje.

Porque somos libres cuando estamos dispuestos a pagar el precio de la libertad, que será siempre: exponer la vida. Un hombre libre es un hombre de coraje,

no aquél que haya recibido (¿de quién?) tres o cuatro o treinta y seis libertades. Suele oírse: "X es un espíritu libre". ¿A quién le debe su libertad? Ni al Estado, ni a la revolución, ni a los soviets, ni a la democracia, ni, sobre todo, a sus expertos. Se la debe a su visión única y a su coraje en luchar por alcanzarla. Lenin era más libre bajo el zarismo que un miembro del partido comunista bajo Stalin. Y Jorge Washington era más libre que un ciudadano norteamericano que hace girar el botón de su radio. Porque uno y otro combatían.

¿Y nosotros? Nosotros no seremos libres en la paz si no seguimos combatiendo.

XIII

EL PENSAMIENTO PLANETARIO

Nueva York, 30 de noviembre de 1945

...¿Que yo no encaro casi ninguno de los problemas? (Usted piensa, supongo, en la democracia.) ¿Y que me divierto en arrojar cáscaras de naranja bajo los pasos solemnes de los Lugares Comunes? Sí, querida amiga. No se olvide usted que amenazan aplastarnos. Pero no echo nunca sus críticas en saco roto. Sus críticas reflejan fielmente los "movimientos diversos" que observo a veces en el seno del público de hoy: pues este público se afemina rápidamente. La ligereza lo inquieta, por temor de que resulte cínica. La seriedad lo adormece. Pero respeta la técnica, ciegamente. ¿Y quién sabrá nunca por qué exclama de pronto: "¡Qué profundo!"? Dígame si todo ello no es muy femenino. Y ahora, paso a hablarle del planeta.

El siglo XX se halla en trance de descubrir lo que ya sabía de un tiempo a esta parte, pero que nunca se había comprendido muy bien: que la Tierra es redonda. De donde deriva, entre otras consecuencias, que si usted tira delante suyo con un arma *bastante poderosa*, recibirá de vuelta el proyectil por la espalda. Esta figura significa algo importante: todo el mal que hagamos a nuestros vecinos nos alcanzará luego necesariamente, si nuestros medios llegan a la escala planetaria. La flecha servía para la guerra entre aldeas; el fusil, para la guerra

entre provincias; el cañón, para la guerra entre naciones; y el avión, para la guerra entre continentes. He aquí la Bomba: ¿para qué servirá? Para la guerra planetaria, es decir, para una guerra que nos alcanzará a todos, y que, por consiguiente, sólo nos haremos a nosotros mismos. Me parece que las dimensiones de la comunidad normal, para una época determinada, pueden ser medidas por el alcance de las armas conocidas precisamente en dicha época. (Aquí tiene usted las premisas de toda una flamante teoría sociológica.) Al arma planetaria corresponde, pues, una comunidad universal que relegue a las naciones al rango de simples provincias.

Déjese arrastrar por algunos instantes a ese juego grávido de símbolos: la Tierra, el Globo, la Bola, la Cabeza, la Bomba, y la Unidad considerada en todas partes y siempre un objeto redondo, manzana, esfera o cetro de oro, trátase del Universo, o del Imperio, o del átomo. Aquí los extremos se tocan. El microcosmo responde al macrocosmo. Si nuestro siglo llega a digerir e integrar ese pensamiento, habrá realizado una revolución mucho mayor que el Renacimiento.

Parece que la última guerra, quiero decir la de 1939-1945, ha hecho mucho por despertar en las naciones el sentimiento de su relatividad. La guerra de China, ese chiste de cancionistas del tiempo de Montmartre, afectó durante diez años, directamente, la vida común de los habitantes de las Américas del Norte, del Centro y del Sur, lo mismo que del Asia, o sea, la mitad del género humano. La otra mitad sufrió sus efectos, menos directos, aunque notables: los franceses habrían comido mejor en 1944 y en 1945 si los buques de carga aliados no hubieran estado demasiado ocupados en el Pacífico. Los ingleses quizás hubieran votado de manera diferente. La solidaridad práctica de las distintas partes del globo es un hecho duramente establecido sobre el nivel de nuestra existencia material. Antes que se convierta en un hecho jurídico, nos será preciso, probablemente, pasar por una etapa intermedia, que es la del hecho psicológico: la formación de una conciencia planetaria.

Nos atrasamos, no cabe duda, nos atrasamos con respecto a nuestras realidades. Proseguimos nuestras existencias provincianas —londinenses, madrileños, parisienses o romanos—, con nuestros clanes, escuelas, partidos y disputas centenarias o quinquenales, con nuestras alusiones pérfidas o aduladoras que pierden agudeza y sentido apenas nos desplazamos un poco, digamos a unas cuantas horas de avión.

Traducir una lengua no es nada: los problemas nacionales permanecen intra-

ducibles para quien no puede ir a verlos y sentirlos. Y nuestra época no es la de los viajes, sino únicamente la de las “misiones”, como se acostumbra a decir. Una misión no se pasea, no ve nada, no tiene tiempo que perder. Es una incursión. No aprendemos nada. Y, sin embargo, un buen día el campesino normando y el tendero de Lyon no podrán más cerrar sus cuentas porque los negros se habrán rebelado en Carolina del Sur o en Harlem; y los mineros del país de Gales no tendrán más carne durante meses porque los peones de la Argentina se habrán organizado por fin contra los grandes estancieros. Siempre podrá usted tratar de explicar a las víctimas de la crisis que la culpa no la tienen el diputado local ni la “hipocresía norteamericana”.

¿Qué hacer? Todo el mundo no puede saber todo; menos aún, no puede ver y comprender todo. Los problemas más angustiosos de nuestros compañeros de planeta permanecen desconocidos para nuestras tierras, y psíquicamente inexplorado. *Hic sunt leones*, inscribían los geógrafos de la Edad Media en los márgenes de sus mapas de Europa. Y, sin embargo, estamos destinados a descubrir un día que dichos leones son hombres, los cuales, a su vez, nos tomaban también por leones. (No faltan persas que se pregunten: ¿cómo se puede ser francés?)

Hablaba de una conciencia universal. Para empezar, es necesario sentir su necesidad, y en seguida que la prensa, la radio, el cinematógrafo —este último, sobre todo— la despierten y propaguen bajo grandes rúbricas, creando un llamamiento desde el aire. Desde luego, entiéndame, no se trata de un problema de información, sino de sentido, de visión, de amplitud de espíritu... Forzando apenas las palabras, yo diría: se trata, ante todo, de una cuestión de poesía. ¿Es acaso una casualidad que, entre todos nuestros escritores, aquéllos a quienes veo manifestar el sentimiento directo y más contagioso del planeta sean precisamente dos poetas: el Saint-John Perse de *Anabase* y de *Exil*, y Paul Claudel, nuestro gran escritor “global”? En la prosa y en los largos versículos de ambos poetas, sean cuales fueren los temas tratados, hemos sentido por primera vez, bajo la envoltura de un francés rico y puro, latir el pulso medido del Asia, el corazón violento de las Américas.

Usted iba a decirme que me olvidaba de ese gran jugador de “Boule” que fué “Saint-Ex”¹. ¡Dios no permita que olvide nunca al primero en hablarme del planeta como de un amor y un sufrimiento íntimo!...

¹ Antoine de Saint-Exupéry.

XIV

CURIOSO PROBLEMA QUE PLANTEA EL GOBIERNO MUNDIAL

Princeton, N. J., 6 de diciembre de 1945

Usted me dice que no es por mala voluntad, pero que le cuesta mucho trabajo representarse "prácticamente" un poder mundial y formarse del mismo una imagen convincente. Por mi parte, he aquí cómo explico esta dificultad que todos nosotros experimentamos.

Un gabinete privado del ministerio de Relaciones Exteriores nos parece como castigado y humillado; y sin ministerio de Guerra, nos parece desprovisto de seriedad. Ahora bien, el gobierno mundial, por su propia definición, habría de prescindir de esos dos ministerios. Además ¿cómo imaginar un poder digno de este nombre que no encuentre a nadie frente a él con quien cambiar notas? ¿Nadie a quién temer, nadie a quién amenazar? ¿Nadie a quién responder que el honor del país está en juego, que no se cederá más ni una línea, etcétera? Para decirlo de una vez ¿sin tener vecinos, sin tener a quién hacer la guerra? ¿A qué se asemejaría esto?

Las naciones y sus gobiernos sólo existen oponiéndose. La amenaza exterior es lo que "cimenta su unidad", lo que "galvaniza su energía", y lo que provoca esos magníficos movimientos "de unión sagrada" en los que cada cual exclama en su lengua: "right or wrong, my country"!

Pero ¿dónde encontrará el gobierno mundial ese Otro indispensable para su prestigio? Apuesto que usted acaba de pensar en el planeta Marte y en una guerra posible con los marcianos. No lo niegue: *su primera idea ha sido suponer una guerra*. Y esto para intentar imaginarse de la mejor manera posible lo que un poder planetario acertaría a realizar con sus diez dedos...

No hay naciones sin guerras con otras naciones. Perdería mi tiempo y el suyo si me pusiera a fundar lógicamente, y en la Historia, esta relación que cualquiera puede descubrir en su conciencia y sin otro instrumento que un poco de sinceridad.

Las naciones producen las guerras; las guerras producen las naciones, y no se podrían imaginar las unas sin las otras. Si usted me dice ahora que no ve mi gobierno —ya que supondría una especie de nación única, sin vecinos y, por consiguiente, sin guerra posible—, significa que no ve usted la paz misma. Se lo digo, y le pido que me disculpe por ello. Usted representa en este caso a la humanidad. Nuestra desdichada condición exige que no seamos capaces de imaginarnos el bien sino por contraste con un mal que sufrimos. De otro modo, el bien —o la paz— no es a nuestros ojos más que humo, una abstracción, es decir, hablando con franqueza, el colmo del tedio, cuando no una “utopía peligrosa”...

A propósito de esta última expresión, ¿ha notado usted que se la emplea con preferencia para denigrar proyectos de paz? ¿Para quién, pues, son tan peligrosos? ¿Ha observado usted igualmente que los militares que toman la pluma (como ellos dicen) tienen la costumbre de denunciar bajo el nombre de “elementos de desorden” a los partidarios de la paz en general? Esas personas les parecen de moralidad dudosa. Los lanzallamas y los bombarderos pesados, y quienes darán la señal de utilizarlos al servicio de las naciones, o sea, en primer término, los gobernantes, y después los generales, representan los “elementos de orden”, indudablemente. Basta con ver el estado actual de Europa.

He creído durante mucho tiempo que la guerra es el peor desorden imaginable en nuestra época, que aquellos que la juzgan una necesidad, hasta una virtud, son los verdaderos elementos de desorden, y que la más peligrosa de las utopías es la teoría de la soberanía ilimitada de las naciones. Demasiado sencillo. Un coronel de caballería a quien usted permitió leer, imprudentemente, mi carta sobre la muerte de la guerra¹, me escribe que soy un primario. Me asegura que “en todas las guerras, nosotros, los soldados de caballería, hemos demostrado que sabíamos batirnos”, lo que demuestra acabadamente que estoy equivocado (no sé en qué.) Agrega que mi carta, por su forma, es “netamente peyorativa del ejército, sobre todo de la caballería” y que “los manejadores de látigo y jugadores de póker han salvado, sin excepción, el honor en 1940”; en resumen, que yo soy un “elemento de desorden”. (Agrego sus líneas a las mías, para demostrarle a usted que no invento.)

Este coronel me ha dado una idea. Al fijar la vista en su carta he gritado:

¹ Véase la segunda carta en nuestro número anterior.

“¡Oh la Bomba, supremo elemento de orden!” No crea usted que chanceaba. Porque la Bomba es lo único que nos puede desembarazar de los ejércitos, de las soberanías nacionales y de la anarquía que mantienen sobre el planeta. Digo que la Bomba puede librarnos de todo ello de dos maneras: o bien haciendo saltar todo, o bien obligando en poco tiempo a los hombres a confederarnos más allá de las naciones. ¿Buscaba usted al Otro contra quién unirse? ¿Necesitaba una amenaza planetaria para provocar la unión sagrada del género humano? Pues bien, señora, si me es permitido decirlo: está usted servida.

XV

EL ESTADO-NACIÓN

Princeton, N. J., 16 de diciembre de 1945

No, yo no quiero que su amigo el coronel me guarde rencor ni un instante. Dígame que yo respeto la caballería: ésta ha demostrado lo que vale bajo Murat. No mencioné el póker sino en sentido figurado. En fin, parece que él no hubiera comprendido nada... Mas volvamos al siglo XX.

La idea de que las naciones puedan perder sus soberanías y sus ejércitos la entristece a usted visiblemente. Usted tiene la impresión de que, con ellos, la civilización y la cultura perderían algo precioso. Nos fundiríamos todos en un *magma* informe de razas, lenguas, religiones y costumbres, y todas las diferencias que constituyen el placer de la vida habrían de desvanecerse ante los lindos ojos de usted...

Tranquílcese usted. Yo no evoco el caos. Busco un medio de evitarlo, o, mejor dicho, de salir un poco del caos, ya que estamos bien metidos en él. Son las guerras las que lo producen. Y son las naciones quienes producen las guerras... Pero veo que esta palabra “nación” ha creado un equívoco entre nosotros. Tiene dos sentidos diferentes. No me he referido más que al malo, hasta ahora, porque es, con mucho, el más corriente. Tratemos de distinguirlos.

Lo que hay de precioso en las naciones, lo que constituye su verdadera originalidad, no se define por su *soberanía absoluta*, no se limita por sus *fronteras* y no podría defenderse por sus *ejércitos*. En efecto, suprima estos tres elementos que componen la idea moderna de nación, y las naciones reales subsistirán intactas como *miembros* del cuerpo de la humanidad, como *hogares* de resplandor, y como *comunidades* de personas vinculadas entre sí, tanto por sus tradiciones como por sus ideales, es decir, por su destino o por su elección.

¿Cree usted seriamente que los franceses dejarán de hablar francés, de crear su cultura y de habitar apaciblemente su tierra si Francia renuncia un buen día, simultáneamente con las demás naciones, a su ejército, a sus aduanas y a su ministerio de Relaciones Exteriores? ¿Y no piensa usted que el gobierno francés será un gobierno mejor si no le queda otra cosa que hacer que administrar el país? (Le planteo estos problemas simplistas contestando a sus vagos temores.)

Lo que destruye actualmente a las naciones, en el sentido valedero y fecundo de esta palabra, es su tendencia a confundirse con el Estado y la voluntad que tienen los así formados Estados-Naciones de volverse autárquicos *con miras a la guerra*, sea que teman o deseen esta eventualidad. El Estado destruye necesariamente la originalidad de una nación cuando pretende reglamentar sus energías siguiendo un modelo uniforme, ya sean latinas o anglosajonas, socialistas o capitalistas. Este modelo es el del Estado totalitario, que es el estado de guerra permanente.

El enemigo de las naciones es el Estado; y su salvaguardia radicaría en el gobierno mundial. Aquellos que piensan todo lo contrario, toman el término de patria en el sentido de nación, el término de nación en el sentido de estado, el término de estado en el sentido de soberano, del cual hacen finalmente un dios, creando horrorosas confusiones de ideas que acaban en carnicerías periódicas.

Otro ejemplo: ¿Por qué, en vez de multiplicar los intercambios internacionales, no se habla más que de “nacionalizar” todo lo que se pueda en el interior de las fronteras, como indicarían el buen sentido y la economía? Porque ciertos países han preferido pagar el precio exorbitante de la autarquía antes que ponerse fuera de condiciones para hacer la guerra, ligándose con economías vecinas.

Pero observe la hipocresía de la palabra “nacionalizar”. No se osa decir “estatizar”. Todavía se quiere sacar partido del prestigio que se atribuye a la idea de nación... De hecho, se *estatiza la nación*.

¿Qué pensar de esos Estados-Naciones, cada vez más numerosos, que se

encierran en sí mismos y en su presupuesto militar, que se abroquelan de defensas en las fronteras, como en otro tiempo, a la espera de que la Bomba venga a volatizar sus centros vivos en un segundo, desdeñando ejércitos puramente decorativos?

Usted me dirá que Fancia, por ejemplo, ha entrado en la vía del estatismo porque busca la justicia social, y que esto nada tiene que ver con la preparación para la guerra. Sin duda, pero yo hablaba menos de los motivos que de los efectos inevitables. El deseo de justicia social es una pasión noble, la socialización de la industria es una medida económica perfectamente deseable, pero *a priori* no veo de común entre ambos sino dos sílabas. No obstante, se reivindica la socialización porque ella contiene esas dos sílabas sagradas, y se trata de fascistas a quien pide verla de cerca. (La próxima vez que usted se atreva a decirme que el "Social Register" de Nueva York no es sino un almanaque mundano, la denunciaré en *L'Humanité*.) Considere usted que no tomo partido en favor ni en contra de la socialización. Observo simplemente que la gente toma partido sin estar más enterado que yo, y todo por causa de dos sílabas. Y que se confunde la socialización con la nacionalización para ocultar el hecho de que se trata de una estatización. Permanezco en el cuadro nacional.

Introduzco ideas liberales o de "planificación", y hasta una hermosa pasión por la justicia social, en esa moledora automática que es el Estado-Nación de la democracia o del marxismo, y el resultado será el mismo: en el otro extremo usted obtendrá un totalitarismo a palos y una granizada de golpes. Hablo en serio. El socialismo, no en sí precisamente, sino construido *en el cuadro nacional*, conduce necesariamente al Estado totalitario; por consiguiente, al estado de guerra larvado o declarado, que es el peor de los crímenes sociales.

Sólo saldremos de este círculo vicioso suprimiendo aquello que permite la guerra, o la provoca, es decir, desintegrando la argolla de los Estados-Naciones. ¿Por qué medio? Confiando el cuidado de dirigir los asuntos internacionales a hombres que no representen a las naciones, sino a la humanidad. Porque ellos serán los únicos calificados para arbitrarlos. De lo contrario, no se tratará más que de un juego de fuerza, y el primero que tire habrá ganado, sea cual fuere la carga de la infantería o la valentía de su coronel. (No tendrá adversarios con quienes combatir a 2.000 kilómetros a la redonda, salvo en el caso de que monte a caballo por encima de toda la Alemania o el Océano. Métaselo bien en la cabeza.)

XVI

LA AFICIÓN A LA GUERRA

Princeton, N. J., 19 de diciembre de 1945

¡Por fin! Al cabo de quince cartas, nos hemos entendido. Me encuentro con su confesión: “¡Qué quiere usted, a mí me gusta el ejército!”, me contesta.

Me lo imaginaba. Porque se trata de algo más fuerte que usted. Y porque su amor propio herido la *obliga* a pensar que mis argumentos acerca de las naciones, la paz, la Bomba y el coronel proceden de un espíritu subversivo, imbuido de paradojas y vagamente diabólico; en una palabra: antimilitarista.

Ocupémonos en pocas palabras de esa disputa pasada de moda, pero que puede llevarnos a ciertas conclusiones más importantes y actuales.

A mí también me ha gustado el ejército, como a casi todos los hombres, porque son hombres, y a las mujeres, porque no lo son. Es el juego por excelencia de los mayores, junto con el amor, que es un juego del mismo orden, y que, por otra parte, le presta sus metáforas. Perdiendo los ejércitos —lo sé mejor que usted—, los hombres perderían algunas virtudes y algunos vicios de carácter de los cuales no se mostraban poco orgullosos, y que las mujeres han adorado durante mucho tiempo. Estos vicios y virtudes se hallan sin empleo desde que la caballería, apeada primero, se ha visto motorizada sin réplica, luego “tractorizada”, después “paracaídizada”, a la espera de ser catapultada y, finalmente, atomizada, y todo ello por obra de simples mecánicos, dirigidos por ingenieros, los cuales no hacen sino aplicar las fórmulas de intelectuales de gafas.

Tales son los hechos, querida amiga, y poco interesa, para el argumento que desarrollo en estas cartas, saber si me gusta o no me gusta el oficio de las armas: ya no sirve para nada. Llorémosle brevemente, sequémonos los ojos y veamos en seguida lo que sucede hoy. No hay tiempo que perder.

Sucede que los militares se niegan a ceder un ápice y a comprender nada de la Bomba. “La Bomba aumenta la importancia de la infantería” —dice un general de infantería—. “Inutiliza los ejércitos de tierra —replica un almirante—

pero decuplica la importancia de la marina". "Sólo la aviación permanece indispensable —declara un mariscal del aire— puesto que será ella quien llevará o descargará la Bomba". (Cuando todos sabemos que la Bomba será despachada con catapulta o enviada simplemente por correo.) Y todos proclaman a coro, como su coronel, que es "inoportuno y hasta prematuro gritar que el tiempo de los ejércitos ha pasado".

Ahora bien, estos señores hablan en los mismos términos desde que el mundo es mundo y desde que fueron encargados de asegurar el orden. Es un hecho que la invención de la pólvora, en lugar de volver inútiles sus servicios, permitió la Guerra de los Treinta años. Y veo perfectamente que el sistema del ejército popular, trampeando con las reglas del juego que practicaba todavía el mariscal de Sajonia, permitió las campañas de Napoleón. Y es cierto que los bombarderos pesados mataron muchos más civiles que militares, lo que permitió la guerra de la que se dice que hemos salido. Y no negaré que hasta nuestros días se haya encontrado una defensa contra toda arma nueva, para gran alivio de los estrategos. Y reconozco que los pacifistas han formulado cada vez las mismas declaraciones inoportunas, prematuras y utópicas, poniendo en peligro de esa manera la moral de los cuadros. He ahí y por qué, si grito: ¡al lobo!, el coronel me trata de elemento de desorden, y piensa que semejante argumento es suficiente.

Con todo, mi razonamiento se mantiene en pie:

1) Son los sabios, no los generales, quienes han construído la Bomba. 2) Estos sabios afirman y demuestran que esta vez no hay defensa imaginable. 3) De lo contrario, ellos serían los únicos capaces de encontrarla. 4) Por consiguiente, los generales están equivocados, aun cuando en el pasado hayan tenido cien veces razón.

De donde resulta lógicamente todo lo que le he dicho en mis cartas anteriores sobre los ejércitos, las fronteras, las naciones soberanas y el poder mundial.

Entre tanto, ¿por qué razones de apariencia misteriosa nadie quiere rendirse a tales evidencias? ¿Y sacar de ellas las urgentes conclusiones?

Yo sé por qué. Fíjese usted: porque *la guerra nos agrada*, y esa pasión nos induce a volvernos sordos y ciegos en presencia de todo lo que amenaza hacerla imposible. Defendemos la idea de nación soberana porque en lo recóndito de nuestra conciencia está ligada a la idea de guerra. Milenios de guerra nos han intoxicado. Y el furor instantáneo que provoca en muchos la idea del

desarme no se explica por razones, que por otra parte se niegan a dar, sino por una pasión pura y simple, que tampoco se atreverían a confesar.

Insisto sobre estas últimas palabras. Nuestra afición a la guerra se halla tan "refoulée" que *todos*, sin excepción, juran que no aman más que la paz. Si fuera cierto, no habría guerras.

Sobre ese particular escribí, hace ya dos años, una página que prefiero copiar antes que parafrasear:

"Vendrá la paz...

"Y quizás venga por siglos. (Habrá demasiados aviones de un mismo lado.) Pero ¿cómo compensará el hombre la ausencia de guerra? He aquí la nueva tragedia: lo hemos previsto todo contra un futuro Hitler, nada contra su ausencia, sin embargo indudable. Y ésta es la oportunidad que el Diablo tiene para mañana.

"Batido Hitler, *no tendremos más Enemigo*. Nos faltará una dimensión de la vida. Imaginémonos las consecuencias de esta decepción planetaria.

"El único tipo de heroísmo que el Occidente ha sabido concebir (desde que no enciende más hogueras para los cristianos y que éstos toleran a los herejes) es la muerte bajo las balas por la Patria o el Partido. Si no hay más guerras ¿quién producirá héroes? ¿Quién despertará el sentido del sacrificio? ¿Por quién? ¿Por qué? La humanidad no estuvo nunca menos preparada para la paz, puesto que no estuvo nunca más desprovista de respeto por las virtudes que sólo el espíritu sabe llevar hasta el paroxismo. ¿Y cómo vivir si no hay más paroxismo?

"La guerra era para nosotros la gran licencia, el gran aplazamiento de nuestros problemas, la justificación por la opinión pública de la irresponsabilidad universal. Nos gustaba sin saberlo, por una razón precisa: era el *estado de excepción* proclamado sobre la Tierra entera y en todos los dominios de la existencia pública. Representaba para nosotros el equivalente de la Fiesta en los pueblos antiguos de la cual tenía los atributos más fácilmente reconocibles: su versión de las leyes morales (matarás, hurtarás, dirás falso testimonio con honor); suspensión del derecho; gastos ilimitados; sacrificios humanos; disfraces; cortejos; desencadenamiento de pasiones colectivas; descalificación temporaria de los conflictos individuales. Hablo de un estado de excepción como podría decirse estado de sitio o estado de gracia. A semejanza de la Fiesta entre los hombres primitivos, la guerra venía a ser el "Gran Tiempo" de la humanidad moderna,

la única excusa que nuestro espíritu pudiera aceptar para suspender el curso de una existencia cada vez más conforme con las previsiones de las grandes compañías de seguros.

“¿Qué fiesta inmensa necesitará este siglo para hacerle olvidar su afición a la guerra? ¿Qué dramas nuevos para reemplazar, en el escenario vacío, al Enemigo vencido?”

A cambio de la Fiesta, hemos tenido el Drama. O mejor dicho, vamos a tenerlo. Se han dado dos grandes golpes, anunciando que se levanta el telón. Todavía uno más, sólo uno, y luego, probablemente... mis cartas no tendrán objeto,

XVII

EL FIN DEL MUNDO

Princeton, N. J., 24 de diciembre de 1945

¿Quiere usted una noticia recientísima? Sería muy posible que se produjera el fin del mundo antes de terminar el año próximo. He obtenido mi pequeña información de uno de los más notables físicos. Él no hace de ella ningún secreto, pero no la divulgue usted: el coronel diría que es “por lo menos, prematura”.

Héla ahí. Habiendo el gobierno norteamericano hecho anunciar por la prensa que se efectuarían experimentos con la bomba atómica sobre el Océano, nuestro sabio se ha creído en el deber de advertírselo inmediatamente a Washington. Según sus cálculos, decía, ese ensayo provocaría un remolino tal que el Diluvio, en comparación, no habría sido más que un baño de pies. Lo mismo, habiendo el gobierno norteamericano anunciado su intención de arrojar una bomba sobre el casquete polar, para ver lo que resultaría de ello, nuestro sabio escribió en seguida que, de acuerdo con sus cálculos, la consecuencia sería sencilla: daría una idea bastante aproximada del fin del mundo.

Quedamos enterados, y es cómico. Se había previsto todo, excepto lo cómico, a propósito del fin del mundo.

Para proteger la paz y hacer reinar el orden universal, vamos a correr el riesgo de inundar o incendiar la Tierra entera. Nadie se ríe. Nadie osa protestar siquiera. Porque dichos ensayos serán realizados "con un fin militar". Estamos, pues, dentro del dominio de lo sagrado. Deslizáos, mortales; morid sin insistir...

En suma, yo no tendría razón para burlarme. Todo el mundo sabe que el mundo terminará. ¿Y quién no quisiera terminar su vida al mismo tiempo que la del mundo? Parece haber en ello algún consuelo. La amargura de morir está hecha *también* de la idea que uno se perderá la continuación de la historia. Por eso, quizá, los más antiguos cristianos, si en verdad creían en el Juicio inminente, morían con gran facilidad a manos de los nazis de la época. San Pablo escribe a los creyentes de Corinto: "Porque yo os digo un misterio: no moriremos todos, pero todos seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la última trompeta". Ahora bien, ¿sabe usted lo que dice el texto griego, ahí donde el francés traduce "en un instante"? Dice *en átomo*: ¡en un átomo!

Y las grandes tradiciones ocultistas, describiendo la edad materialista en que vivimos, la edad de la extrema solidificación de las únicas realidades que permanecen sensibles para nosotros, preven el fin del mundo por desintegración, disolución y reducción a fino polvo. *Dies irae, dies illa, solvet soeculum in favilla*. La Edad Media pensaba que una lluvia de fuego bastaría para destruir la superficie de la Tierra y la gentuza humana que se entrega a sus vicios. El Renacimiento creía más bien en un nuevo Diluvio. Leonardo lo representa en una serie de dibujos donde puede verse un remolino levantar, en sus volutas vertiginosas, rocas despedazadas que caen sobre las ciudades. Henos aquí llevados otra vez a los cálculos del sabio de marras: ahora se calcula el fin del mundo. Sus datos inmediatos están en todos nuestros diarios...

Entre nosotros: ¿qué importa? Sería el fin del dolor del mundo.

Hay días en que me parece que la locura de los pueblos, de los gobernantes, de los militares y de todos los irresponsables que nos dirigen, obedece secretamente al buen sentido. Es evidente que nos lleva a la muerte. Pero también es posible que haya comprendido que la suma de los sufrimientos humanos se ha vuelto tan grande, con todo nuestro progreso, que en el mundo son muchas más las personas que desean acabar con la vida que aquellas que desean que perdure aún. Como si la humanidad, en un escrutinio muy secreto, hubiera votado que

se pararan los gastos, y todos esos locos no hicieran, en suma, más que ejecutar la voluntad colectiva...

“¡Ven, dulce muerte!”, esa hermosa composición coral de Bach ¿no es el suspiro infantil que creemos distinguir a veces, muy quedo, muy dulce, como una voz de sueño, en los espantosos intervalos de la cacofonía mundial?

Esta noche no le digo más. Mañana es Navidad.

XVIII

LA PAZ O LA MUERTE

Princeton, N. J., a fines del año 1945

Nuestro mundo está perdido, indudablemente; lo que explica la Navidad. En esta noche, la más larga del año, porque no quedaba sino desesperar, ha nacido la esperanza. Demostración de una potencia indemostrable, y cuya impresión no podría ser registrada sino por *el todo* del hombre que ella suscita: he ahí por qué nuestros instrumentos y nuestras funciones mentales o sensoriales serán siempre incapaces de ello. Ese extraño vagido entre la paja me indica, de muy distinto modo que las fórmulas de Einstein, que nuestro universo ha terminado, y que los únicos mensajes de esperanza que se transmiten todavía son los que van de persona a persona. Héme aquí liberado de mis últimos temores y completamente libre de imaginar, elegir y orientarme personalmente hacia la paz o la muerte. Disposición favorable, según creo, para reflexiones realistas.

Entre todos los proyectos de control de la Bomba, sugeridos en los últimos seis meses, recuerdo dos:

1. Dar la Bomba a los pequeños países, a fin de que queden protegidos contra los grandes. Estos últimos proporcionarían, así, una nueva prueba de sus buenas intenciones.

2. Dar la Bomba al gobierno mundial, para ejercer la policía de las naciones. Se elegirán dos cámaras universales: una, formada por delegados de los estados; la otra, por diputados de los pueblos. (Me atengo al modelo corriente.

Habría que ajustarlo.) El gabinete elegido por estas cámaras constaría de los siguientes ministerios: Bomba y Represión de los Estados, Intercambio de Materias Primas, Sentido General de las Investigaciones Científicas, Defensa de los Derechos de la Persona, Transportes Planetarios. (Es razonable, como usted ve. Convendría que se aplicara.)

Pero sucede que a las ideas prácticas y razonables se las trata de locas, al tiempo que se prepara en el mundo entero, a pedido general, la próxima e irrevocablemente última guerra civil del género humano.

¿Qué va a ocurrir? Esos proyectos fracasarán. Suscitarán risa. Mejor dicho, ni siquiera eso: serán desdeñados, sencillamente. Y pasaremos a los asuntos corrientes: equilibrar los presupuestos de guerra, etcétera. Se percibe una angustia difusa entre las poblaciones y muchos espíritus buenos, pero una parálisis sin precedentes se ha apoderado de las voluntades. A usted misma, lo barrunto, no la he convencido. Usted piensa que yo exagero. Piensa que he cedido al gusto norteamericano de la sensación, de lo *biggest in the world*. Sin embargo, lo cierto es que la primera Bomba se ha construido en este país. Exagerada, sin duda, y sobrepasando la medida de lo que se conocía hasta el 6 de agosto, ella está ahí, porque el hombre la ha puesto ahí. Y el sentido que tiene usted de la medida puede rebelarse como el espíritu en presencia de la muerte...

Pero admitamos que yo haya exagerado: era fatal. Escribir es dar forma, luego condensar, luego aumentar la realidad del objeto o de la situación. Luego, es siempre "exagerar" los rasgos o fenómenos que deseamos destacar. Admitamos que los ejércitos retengan buena parte de su utilidad al servicio de las naciones y de su virtud de orden. Admitamos que todavía lleguen a batirse. Admitamos que la Bomba sea menos poderosa de lo que afirman los sabios autorizados. Admitamos que no haya ningún remolino ni otros accidentes de amplitud continental. Admitamos que nuestro globo dure mucho tiempo aún, y que la guerra militar prospere en nuestro globo, tanto más cuanto que estará dotada de un arma nueva. Admitamos que se invente una defensa contra la Bomba, según el axioma de los militares, sin olvidar que la experiencia de estos últimos demuestra que no se rechaza más que un cierto porcentaje de los golpes asestados... ¿Piensa usted que los efectos de la próxima guerra serán muy distintos de los que he previsto? El sufrimiento será peor; la agonía de la guerra, un poco más larga; el fin de la humanidad, no menos seguro; el triunfo de los elementos de orden, igualmente enigmático y sin testigos.

Reconozco, desde luego, que este proceso *puede* continuar bastante tiempo. Los hechos no se presentarán tal vez en la forma repentina y dramática que cierto gusto de la antítesis me inclina a desear en ocasiones. La tragedia no revestirá líneas puras, porque nuestras opciones no son tan francas, y nuestros jefes saben apenas lo que juegan.

Una especie de organización mundial abrirá cómodas oficinas, de las cuales saldrán algunos votos incoloros. Es evidente que las naciones soberanas se burlarán de ella. Es evidente que una de ellas, Bomba en mano, tratará de imponer su paz a todas las demás. (Es inútil nombrarla siquiera.) Es evidente que los pueblos, tarde o temprano, se rebelarán contra esa nación y su régimen. Es evidente que si continuamos pensando como pensamos hoy, esto acabará con una explosión total. Es evidente que la gran mayoría de los hombres rechaza tales evidencias. Se nos rebate todo el día que “no está preparada para un gobierno mundial”. ¿Acaso se le pregunta si está preparada para la muerte?

La humanidad se compone de personas como usted y yo. Al decirme usted que la humanidad no está preparada para la paz, significa que *usted*, usted misma, se niega a elegir la paz, porque los medios de ésta le desagradan. Pero, negándose a elegir la paz, usted vota tácitamente por la muerte, de la cual se hace responsable. Todo depende de cada uno de nosotros. Y hemos llegado a un punto en que es difícil ocultarlo. Nuestras coartadas no nos engañan sino a nosotros mismos.

En lo que a mí respecta proseguiré mi lucha, suceda la que suceda. Va en ello mi salud. Desde mi primer escrito sobre temas políticos, he planteado el principio del pesimismo activo. ¿Y cómo no mantenerme en él cuando sé que lo que está en juego no es más que la derrota, pero que sólo la deserción puede hacerme perder la partida?

Me acuerdo de aquella voz, en Isaías, que grita al profeta desde Seír: “Centinela: ¿qué dices de la noche? Centinela: ¿qué dices de la noche?” El centinela contesta: “La mañana viene, y la noche también”. No ha dejado de gustarme ese grito. Las citas de la Biblia le irritan a usted. Y usted me dirá: ¿qué hace Dios en todo esto? Peligrosa pregunta: imagínese que Él responda. Si nos permite que hagamos saltar la Tierra, la Tierra saltará y todo estará bien. Más allá de aquel “abrir y cerrar de ojos”, Él nos espera.

DENIS DE ROUGEMONT

P. S. — Una última palabra, que casi me alvidaba: *la Bomba no es nada peligrosa*. Es un objeto. El hombre es horriblemente peligroso. Es él quien ha hecho la Bomba y se dispone a emplearla. El control de la Bomba es un absurdo. ¡Se nombran comisiones para conservarla! Tanto valdría precipitarse de repente sobre una silla para impedirle que fuera a romper los jarrones de China. Si dejamos tranquila a la Bomba, ella no hará nada; esto es evidente. Se quedará bien quietecita. No se nos venga, entonces, con historias. Lo que necesitamos es un control del hombre.

APÉNDICE

LOS CERDOS UNIFORMADOS, O EL NUEVO DILUVIO

Marzo de 1946

Durante el invierno de 1945-46, el gobierno norteamericano hizo anunciar un experimento sensacional: en el mes de mayo, o en el de julio, una o dos bombas serían lanzadas sobre una flota de cien buques de guerra reunida en la bahía de Bikini, en el Pacífico. Entre todos los detalles publicados por la prensa sobre los preparativos del experimento, recuerdo dos.

1. Una misión de sabios norteamericanos formada por catorce biólogos, botánicos y oceanógrafos, dos comerciantes en pescado (mejor pagados que los sabios, según se dice), acaba de partir para la isla de Bikini. El objeto de la misión consiste en establecer una lista completa de todos los seres vivos de la isla. Es una misión bastante análoga a la que Noé recibió del Señor poco antes del Diluvio. Esta vez, los trabajos serán filmados.

2. El día X, los cien buques de la flota de guerra reunidos en la bahía de Bikini para sufrir la prueba atómica tendrán sus tripulaciones completas. Pero estas tripulaciones se compondrán totalmente de animales. Doscientas cabras, doscientos cerdos y cuatro mil ratas estarán en sus puestos de combate, en las torrecillas, en las salas de máquinas y sobre los puentes. Y esto vuelve a llevarnos irresistiblemente a la leyenda del arca de Noé. Por otra parte, recuerde usted

las predicciones de nuestro físico tocante a la probabilidad de un fin del mundo mediante un remolino. (Ver carta XVII.)

Unos detalles suplementarios, relativos a los cerdos, nos conducen nuevamente a mi segunda carta, donde anuncié la muerte de la guerra militar. Hélos aquí. Se ha observado que la piel del cerdo es muy semejante a la del hombre. La sensibilidad de una puede dar idea de la del otro. Por consiguiente, nuestros marinos o capitanes cerdos serán vestidos para esta ocasión con uniformes regulares de la marina, untados o impregnados de una sustancia capaz de absorber los rayos gama. Éstos, como usted sabe, son considerados mortales. Se podrá apreciar bien cómo los cerdos se comportan bajo el fuego y cómo saben morir.

Sea cual fuere el resultado de la operación, sobre el cual nuestros sabios se pierden en conjeturas, saco de ella una conclusión definitiva, aunque previa. Por primera vez en la Historia, el uniforme será llevado por cerdos, en el sentido más científico de esta palabra. ¡Cuando yo le decía que ha muerto la guerra, “la guerra de los militares, la verdadera”! Cuando yo le decía que todas sus reglas sagradas, sin excepción, son violadas por el uso de la bomba atómica... Confieso que no había pensado en el uniforme ni en el respeto que le debíamos hasta hace poco. Los sabios no la han errado. Yo no tengo la culpa; es un hecho. Y es un hecho aunque se renuncie al experimento. Junto con la flota sacrificada de Bikini se irá a pique, simbólicamente, el prestigio del Uniforme.

Merece observarse, por fin, que no se ha levantado una sola voz, del lado de los admiradores del Ejército, para protestar contra una profanación tan literalmente estrepitosa. Por el contrario, toda la resistencia ha surgido, si puedo decirlo así, del lado opuesto. La Liga Protectora de Animales de uno de los estados del Este de Norteamérica ha iniciado un movimiento de opinión contra los proyectados ensayos. Esta Liga exige que en vez de sacrificar tantas víctimas inocentes, y en forma tan ridícula, se ponga en los navíos a los miembros del Congreso y del Senado que se hayan declarado partidarios del experimento de Bikini.

NOTAS

PALABRAS PRONUNCIADAS POR ANDRÉ GIDE EN UN HOMENAJE A VICTORIA OCAMPO

Los intelectuales franceses agasajaron a la directora de SUR — que se encuentra en París, invitada oficialmente por el gobierno de Francia — con una recepción que se llevó a cabo el 17 de julio ppdo., en la Biblioteca Doucet. A continuación transcribimos las palabras de André Gide, quien habló en nombre de sus colegas.

“Madame,

Il me faut commencer par vous faire un aveu — qui vous expliquera, en plus du grand plaisir que nous avons tous, rassemblés ici, de vous sentir parmi nous, avec quelle impatience j’attendais votre venue. C’est que le nom de Victoria Ocampo, qui nous est devenu si cher à tous, je commençais à croire qu’il désignait non point une personne réelle, mais un mythe — où grouper en faisceau tout ce que l’Argentine pouvait offrir d’aimable, d’intelligent, de généreux et de charmant. Je sais bien que, pour témoigner de votre réalité, paraissait la revue SUR, aux destinées de laquelle on disait que vous présidiez... Mais peut-on se fier encore aux imprimés?... N’importe! nous aimons cette revue qui maintenait un constant échange d’idées et de sympathies entre nous et la vivante jeunesse argentine. Puis il y eut, au moment où la gêne, en France, se faisait le plus rudement sentir, au lendemain de la Victoire et alors que, le hideux spectre de la guerre écarté, nous nous apprêtions à respirer à neuf — tout nous manquait de ce qui fait, non point seulement le charme et l’agrément, mais le soutien même de la vie... Il y eut alors, incliné par vos soins vers nous, vers nos besoins les plus immédiats, nos appétits, nos gourmandises, le déversement soudain inespéré d’une fabuleuse “Corne d’abondance”, une avalanche de vêtements, de chaussures, de nourritures terrestres, de

friandises, dont nous restons encore tout étonnés, étourdis de joyeuse reconnaissance. Cela tenait du miracle et ne contribua pas peu à ancrer dans mon esprit la croyance au mythe. Victoria Ocampo ou le Mythe Argentin.

Mais voici que le mythe s'humanise, se matérialise, s'approche de nous... Oh! qu'il est agréable de pouvoir exprimer sa gratitude, accueillir et fêter en votre personne réelle et présente tout ce que, depuis longtemps déjà, vous représentiez pour nous de légendaire — pour ne pas dire: d'idéal."

Libros

LUCA PACIOLI: *La Divina Proporción* (Losada, Buenos Aires, 1946). —

El de Luca Pacioli es uno de esos libros destinados a promover toda clase de mal entendidos *a priori*. Y digo así, porque sospecho que deben de ser muy pocos los promovidos *a posteriori*; no porque sea suficientemente claro, sino por la simple razón de ser de esos libros que casi nadie lee. La magnífica edición, el alto precio, el hermoso título y el oscuro contenido deciden el melancólico destino de esta obra: el regalo de cumpleaños. ¿Y quién, por Dios, se va a poner a descifrar a Fra Luca por el solo hecho de cumplir treinta y cinco años? Hablando en términos muy generales, puede decirse que el destino de todo clásico es el de convertirse, finalmente, en regalo de cumpleaños: cuando se está al lado de una billetera o de un ramo de flores, se puede estar seguro de pertenecer a la historia de la literatura, pero también a la historia de la ignorancia.

La obra de Luca Pacioli fué precedida, en la misma colección, por el *Tratado de la Pintura*, de Leonardo, otro paradigma. Que ese Tratado no ha sido leído por casi nadie en el mundo, se prueba con facilidad: excelentes ediciones francesas y hasta italianas vienen con un setenta por ciento de figuras equivocadas; errores de los sucesivos copistas, que tampoco leyeron el contexto. El libro de Leonardo, y éste de Luca, son de aquellos libros de que todos hablan pero que casi nadie lee. Lo que es, aproximadamente, otra definición de un clásico.

No se puede juzgar acertadamente a Luca, como tampoco a Leonardo, si no se va más allá del análisis literario o ideológico de la época; de ahí esa impresión que suele tenerse de Leonardo, a través de ciertas biografías, como de un semidiós imprevisto y fabuloso, cuando es un producto quizá inevitable de la tierra en que nació: esas ciudades italianas que vieron, antes que las demás, el nacimiento de la burguesía ciudadana, el desarrollo del mercantilismo moderno y de la banca, la disputa de los mercados, el espíritu de conquista material, el desenvolvimiento del saber técnico y la alianza de la ciencia con el arte.

No soy un fetichista del factor económico. No creo que sea la causa mágica, directa e irreversible de los acontecimientos históricos: ha habido grandes hechos, y hasta hechos económicos, que fueron producidos por luchas ideológicas, por la influencia de grandes iluminados, por el auge popular de doctrinas religiosas o filosóficas o políticas. Pero es visible que otros instantes del acontecer histórico han sido causados o forzados por los factores materiales de la época. Cuando uno sostiene que la aparición de la máquina de vapor es un hecho de trascendencia histórica, siempre hay alguien que se apresura a calificarlo a uno de marxista, y cree que con esa palabra ha liquidado la discusión; cada vez me preocupan menos las nomenclaturas: lo que interesa saber es si la aparición de la máquina de vapor tiene trascendencia, no si es saludable ponerse anteojos oscuros y pronunciar rápidamente la palabra *marxismo*. Por mi parte, no creo que el ponerse anteojos oscuros sea un buen método para ver claramente las cosas.

Dejando de lado estas personas que juzgan elegante o inteligente desconocer *sistemáticamente* la importancia del factor material, parece fuera de toda duda razonable que el Renacimiento está condicionado y quizá determinado por el desenvolvimiento material de fines de la Edad Media; esto es, por la aparición y el desarrollo del capitalismo.

Si bien es cierto que el dinero existe desde la antigüedad, es indudable que durante toda la Edad Media, bajo la presión de la moral cristiana (véase, aquí, la influencia de un factor religioso) se limita a su función inicial, que es la de servir de intermediario. Para los escolásticos, el dinero no puede producir frutos por sí mismo: es un cómodo medio para cambiar zapatos por harina, o harina por ovejas. Si *A* necesita un par de zapatos y tiene ovejas, pero *B*, que fabrica zapatos, no necesita ovejas, claro está que, si no se quiere andar con estos animales de un lado para otro, su simple función de intermediario puede ser reemplazada por

una confortable moneda de oro. Pero parece que el dinero tiene una tendencia demoníaca a la autonomía: de simple intermediario tiende a convertirse en fin. Al ciclo *mercancía-dinero-mercancía* sucede el ciclo *dinero-mercancía-dinero*, ciclo nuevo y revolucionario: el dinero no sirve ahora para obtener mercancías, es decir para satisfacer las necesidades: sirve para obtener *más dinero*. Alguien que no tiene necesidad de zapatos, ni de harina, presta 100 ducados para obtener 120 al cabo de un año. ¿De dónde salieron esos 20 ducados? El dinero no se reproduce; entiérrense 100 ducados en un cofre y desentiérrense al cabo de un año: no se encontrarán más que 100. Como ya decía un escolástico, "tal suplemento no procede del dinero, que es estéril, sino del trabajo ajeno", lo que es una especie de marxismo *avant la lettre*. Si el capitalista que ha prestado 100 ducados recibe 120 al cabo de un año, sin haber movido un dedo, hay serios motivos para sospechar que esos 20 suplementarios proceden del trabajo del obrero. Existen no obstante, otras hipótesis para explicar este misterioso hecho, resorte de todo el proceso capitalista: el tiempo ha transcurrido sin esfuerzo de nadie y un año quizá valga 20 ducados, en un sistema donde todo tiene su precio.

Sea como sea (este problema lo entiendo cada vez menos), hay algo que parece indiscutible y es que esa fuerza del dinero, a fines de la Edad Media, ha ido aumentando la presión contra los marcos religiosos y morales del cristianismo: la acumulación de las riquezas fué permitida por el aumento de la seguridad general, el espíritu de trabajo, el restablecimiento de grandes caminos, el florecimiento de las ferias y la disminución de las trabas al intercambio comercial. Contra todas las recomendaciones de la escolástica, el dinero va transformándose de medio en fin y la *inversión de capitales* llega a ser suficientemente fuerte como para hacer estallar todas las formas vetustas: el edificio feudal es derrumbado por esta fuerza demoníaca, que una vez desatada no reconoce más ley que la del interés. Aristóteles y Santo Tomás son aplastados por la banca moderna y, desde ese instante, la regla medieval de la moderación en la busca del lucro no pasará de ser un noble pero ingenuo deseo de hombres asustados y de buen corazón.

Este acontecimiento revolucionario en la historia del mundo se había incubado en las comunas y se manifiesta en el desarrollo de esas mismas comunas. Son hechos concomitantes —parece sumamente difícil saber qué es causa de qué— la ruptura de la propiedad feudal, la separación creciente de la ciudad y del campo, la formación de la clase media o burguesía, el crecimiento rápido de la población urbana. Según Gino Luzzatto (*Historia Económica*), muchas ciudades italianas

del centro y del norte aumentan su población, durante el siglo XII, de 5.000 a 30.000 habitantes. Correlativamente, se producen transformaciones políticas que van entregando poco a poco el poder a la burguesía, primero en colaboración con la nobleza y finalmente, hacia el siglo XIII en algunas comunas italianas, de manera exclusiva. La aristocracia termina por ser eliminada del todo, aunque en buena parte se asimila a las nuevas posibilidades: muchos nobles se convierten en comerciantes o banqueros.

Causas de diferente índole hacen que este proceso se realice en Italia antes que en otros países de Europa. Si se piensa que el Renacimiento Cultural se inicia luego en estas mismas ciudades italianas y con características ideológicas ajustadas al mercantilismo, hay que convenir en la importancia que tiene el problema económico para un análisis de este gran período cultural.

Luca Pacioli es un buen ejemplo de ello, porque, debido a su poca autonomía creadora, refleja con nitidez las preocupaciones típicas del Renacimiento; toda su obra está empapada de problemas de contabilidad, tarifas, cambios monetarios y construcciones.

El Renacimiento es la primera creación cultural de la clase burguesa, con todas sus características. Al estatismo medieval ha sucedido el dinamismo renacentista. Nadie piensa ni cree en la vida ultraterrena; todos piensan o creen que es necesario gozar de esta vida, única cierta y visible. Es gracioso ver a Leonardo, en sus accesos de necrofilia, planear tumbas colosales, más apropiadas para faraones que para duques bandoleros, que conquistaban y defendían el poder con el cuchillo y el veneno: ¿qué diablos le importaría a un hombre como Ludóvico el Moro lo que podría suceder después de su muerte? Como dice Simmel, el dinero es dinámico por esencia; el tiempo, que parecía haberse cristalizado durante muchos siglos, se vuelve fugitivo y angustioso: ahora había relojes y renta, que es otra forma de medir el tiempo. El mundo era un mercado, y su conquista, una empresa comercial. El espíritu del hombre se dirige a las ciencias terrestres, el afán de conocimiento se hace laico, la metafísica cede su lugar a la ingeniería y a la artillería, el deseo de alcanzar la Causa Primera es suplantado por el deseo de conocer las causas segundas y de dominar la naturaleza: nace el concepto burgués de *eficiencia*. Y en este sentido representan más auténticamente a su época los hombres *senza lettere*, como Luca o Leonardo, que los sabios humanistas a la manera de Eneas Silvio: en éstos alienta más bien un espíritu reaccionario y melancólico de ruinas; en aquéllos, alienta el germen revolucionario de los tiempos

modernos. No es extraño que Valéry sienta simpatía por Leonardo: en él, como en aquellos artistas-ingenieros del Renacimiento, hay la misma condenación de la metafísica y la misma exaltación de la eficacia y de la precisión que constituyen lo mejor del espíritu burgués: la exactitud y pureza matemática de la artillería no está tan lejos de la poética de Valéry como podría suponerse. No hay que confundir la aristocracia formal de todo gran artista, con su posición sociológica: por sus maneras, por su sensibilidad, Leonardo era, como Valéry, un aristócrata; pero en el sentido lato de la palabra, no en el sentido sociológico. ¿Quién, que no practique la debilidad semántica como método de investigación, se podría atrever a calificar de feudal al espíritu de Valéry?

Era Luca Pacioli, o Pociuoli, o Lucas de Burgo Sancti Sepulcri, nació en 1445, en la misma aldea de Umbría donde unos treinta años antes había nacido Pier della Francesca, su primer maestro de matemática. En 1464, Luca entró como preceptor en la casa de un mercader adinerado de Venecia, y allí, en el transcurso de varios años, perfeccionó sus conocimientos de matemática comercial. Su vida estuvo llena de viajes: enseñó en muchas ciudades italianas y, según sus detractores, se hizo fraile por conveniencia material; fué también acusado de plagiarlo por Vasari y otros, por haber puesto el tratado de los cuerpos regulares, de Pier della Francesca, como tercera parte de su *Divina Proportione*.

Luca no es un creador, pero sus méritos son grandes por haber recopilado en forma sistemática todos los conocimientos anteriores y contemporáneos y por haberlo hecho en lengua vulgar, lo que aseguró su difusión y su influencia.

El derrumbe del mundo clásico trajo, por lo menos en lo que respecta a la ciencia, una era de ignorancia. La matemática griega apenas se vislumbraba a través de los textos de Boecio y de Isidoro; fué conservada y desarrollada en el mundo árabe por obra de matemáticos como Omar Khayyam. El comercio de las ciudades marítimas italianas con el Oriente facilitó en el siglo XIII el retorno de la ciencia griega, enriquecida por los musulmanes; a través de Leonardo Pisano, de Brunelleschi, de Toscanelli, de Pier della Francesca y de Leon Battista Alberto, Luca Pacioli es, por fin, el destinatario y sistematizador de esos conocimientos.

Las dos obras más famosas de Luca son la *Summa* y la *Divina Proportione*. La primera fué publicada en Venecia en 1494 y es una obra sistemática, donde se

exponen la aritmética, la teneduría de libros, los sistemas monetarios, el álgebra y la geometría. La *Divina Proportione*, en cambio, es una obra menos orgánica pero de más valor para la historia de la cultura.

La edición traducida al castellano tiene tres partes: la primera trata de generalidades, de la Divina Proporción, de la construcción del pentágono, de los poliedros regulares y de sus derivados; la segunda se ocupa de las proporciones del cuerpo humano y de la arquitectura; la tercera es la traducción a lengua vulgar del tratado de Pier della Francesca sobre polígonos y poliedros.

Esta enumeración puede sugerir la idea de que el libro de Luca Pacioli es un árido texto de matemáticas; por el contrario, es una especie de almacén donde se encuentra de todo: desde los inevitables y serviles elogios a los poderosos, hasta anécdotas y cuentos bastante divertidos.

Como se ve, la *Divina Proporción* es apenas una parte de la obra; pero una parte de gran importancia para el examen de las ideas neopitagóricas y neoplatónicas de la época. Muchas de éstas eran corrientes en el mundo romano, pero quizá desaparecieron del todo con su derrumbe; el intercambio comercial de las ciudades italianas con Oriente, aun antes de la caída de Constantinopla, debe de haber suscitado el retorno de estas doctrinas; pero es con la emigración de los eruditos griegos de Constantinopla cuando en Italia comienza el resurgimiento de Platón y, a través de él, de Pitágoras. Cosimo de Médicis, el banquero y tirano florentino, recoge a los sabios bizantinos y él mismo sigue las enseñanzas de Pletón en la Academia. De este modo, el misticismo numerológico de Pitágoras, a través del platonismo de los emigrados, se fusionó en curioso matrimonio con el misticismo de los florines: la aritmética regía el mundo de los poliedros, pero también regía el mundo de los negocios. El viejo Cosimo dejaba sus preocupaciones financieras y políticas para asistir a las discusiones académicas: por extraño mecanismo, Sócrates lo aliviaba de la memoria del último ahorcado. Lo mismo más tarde su nieto Lorenzo: "Sin Platón —decía— me sentiría incapaz de ser buen ciudadano y buen cristiano", lo que por lo visto no era un inconveniente para degollar a sus adversarios del patriciado. Según Wölfflin, el concepto central del Renacimiento italiano es el concepto de la proporción perfecta y esto, evidentemente, está vinculado al platonismo. En el *Timeo*, en la *República* y en otras partes, se da a la proporción una trascendencia estética y metafísica, llevando hasta sus últimas consecuencias las ideas pitagóricas. La proporción y la armonía, como principio universal y metafísico, reaparece con toda su fuerza en Occidente

por obra de los sabios y artistas de la Academia de Florencia. Pero fué Luca Pacioli que con su obra en lengua vulgar puso esas especulaciones al alcance de todos los técnicos y artistas iletrados o autodidactas, como Leonardo. Todo lo que el genio florentino sabía de proporciones y de geometría se lo debe en primer término a Luca, a quien conoció en 1496, en la corte de Ludovico; cuando cayó el duque, se fueron juntos a Florencia, donde estuvieron por algún tiempo. De esta estrecha amistad nació la colaboración que Leonardo prestó, como dibujante, a Luca; parece que muchas de las ilustraciones que figuran en el texto del fraile son obra de Leonardo, o por lo menos ejecutadas sobre diseños de Leonardo.

La obra de Luca tuvo influencia en muchos otros artistas famosos, en especial, aunque en forma indirecta, sobre Durero; en Italia, la influencia de los escritos del fraile se extendió a Cardano y a Tartaglia; en los Países Bajos, al genial Simon Stevin. Finalmente, puede decirse que esta influencia reaparece en la mística de la armonía de Kepler y en las hipótesis estético-metafísicas que sirven de base a la investigación galileana (los que piensan que Galileo investigaba la naturaleza sin prejuicios tienen una idea muy curiosa de lo que realmente es la investigación científica).

Después puede decirse que la humanidad olvida la mística de las proporciones, hasta que Zeissing la redescubre en Alemania a mediados del siglo pasado; sus trabajos acerca de la divina proporción o "sección áurea" no tuvieron resonancia, hasta que Fechner reparó en ellos. No es exagerado afirmar que la reacción cubista, frente al impresionismo, es el último retorno a estas ideas platónicas.

Puede uno preguntarse qué valor real tiene esta mística de las proporciones. Si atendemos a Luca Pacioli, su importancia es trascendental, sobre todo la de la proporción por excelencia, la divina: "Esta nuestra proporción, oh excelso Duque, es tan digna de prerrogativa y excelencia como la que más, con respecto a su infinita potencia, puesto que sin su conocimiento muchísimas cosas muy dignas de admiración, ni en filosofía ni en otra ciencia alguna, podrían venir a luz." Sucesivamente la califica de divina, exquisita, inefable, singular, esencial, admirable, innominable, inestimable, excelsa, suprema, excelentísima, incomprensible y dignísima. Parece como si hablara del Duque. La Divina proporción tiene gracia, pero no es para tanto. Los arquitectos, escultores y pintores del Renacimiento la aplicaron consecuentemente y con fe. Pero creer que ciertos cuadros de Leonardo emocionan porque han sido contruidos de acuerdo con la sección áurea, es como suponer que un avión de bombardeo acierta en el blanco porque

su piloto lleva una pata de conejo: sin pata de conejo también se acierta, y sin sección áurea Miguel Angel hizo obras maravillosas. Pero la prueba decisiva de esta célebre proporción se hizo en el siglo pasado, cuando Fechner, en su furor experimentalista, entró a saco en el terreno de la Estética: rectángulos contruídos según la exacta proporción divina, mezclados a otros más modestos, fueron expuestos ante la mirada distraída e ignorante de pitagorismo de numerosos ciudadanos alemanes. El plebiscito fué fatal para la tradición. En cuanto a los experimentos que se hicieron con Holbein, permitieron comprobar que era imposible estirarlo en ese lecho de Procusto.

No sabemos qué es, al fin de cuentas, la belleza. No sabemos tampoco si está en el objeto, o en el sujeto o en algún país intermedio. Pero hay algo completamente cierto: no reside en una simple proporción. Si no hubiera otras pruebas, bastaría observar que grandes artistas no trabajaron con la sección áurea y que otros, que la aplicaron con exactitud, no por eso dejaron de ser mediocres. Y si no es condición necesaria ni suficiente de la belleza, eso significa, en buen romance aristotélico, que es *independiente* de la belleza.

Debemos quedar agradecidos a la Editorial Losada por esta admirable versión de Ricardo Restá y sus asesores. Es necesario señalar este trabajo, cuando el autor de lengua extranjera y el lector argentino son maltratados con pertinacia y bilateralidad por traductores incapaces o deshonestos (aunque la conjunción no es forzosamente adversativa).

Me apresuro a aclarar, no obstante, que no juzgo las malas traducciones como un privilegio nacional: no soy nacionalista y no tengo la pretensión de creer en peculiaridades tan exclusivas; la revolución de 1810 no puede tener efectos tan notables. En España se traducían malamente del francés autores rusos o alemanes, sin indicar que el libro era una retraducción (¡aquellas maravillosas obras de Maucci!). Y aun en libros traducidos del francés se cometían errores muy divertidos. Tengo aquí a mano *El eterno retorno*, de Abel Rey, editado por Aguilar (sin fecha) y traducido por don Teodosio Leal y Quiroga, profesor en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. En la página 311 se puede leer: "Inversamente, la duración de una *galactie* (género de leguminosas), de un sistema sideral..."; aun para el lector más distraído, es evidente que Monsieur Rey se refiere a estrellas; de modo que el traductor, aunque no supiera que *galactie* se

traduce por *galaxia*, debería haber vacilado un poco antes de decidirse por la botánica: jamás el traductor perplejo debe dejarse seducir por vagas resonancias lingüísticas; es cierto que *galactie* suena a leguminosa, pero hasta los niños saben que es un conjunto de varios millones de estrellas. Y ya, en pleno ímpetu creador, el señor Leal y Quiroga traduce en la página 314: "Como en el mito de Banquet, estas dos unidades del ser...", convirtiendo la animada comida platónica en quién sabe qué recóndito poeta o filósofo francés.

Pero conservemos nuestra ecuanimidad con respecto a las naciones. Hay personas que ante la sola mención de la palabra Francia caen en éxtasis y se vuelven incapaces de todo examen, confundiendo el amor consciente con cierta especie de sonambulismo. En una ocasión me referí, delante de una de ellas, a los incontables errores gráficos que hay en la versión francesa del *Tratado de la Pintura*, hecha por Péladan. Como se indignó de mi ligereza, no tuve más remedio que mostrarle algunos de los errores más accesibles. No me atreví a agregar, sin embargo, que la obra de Péladan era más bien un libro inspirado en el *Tratado* de Leonardo que una traducción; aun dejando de lado los largos párrafos en que la mente de Péladan vaga en alas de la libertad creadora, quedan luego detalles como *animé* por *insensible*, *parent*, por *petroso*, *hommes* por *nomi* y cosas por el estilo.

En esta traducción castellana de la *Divina Proportione*, son innumerables las dificultades que se debió superar. El lenguaje científico de la época era impreciso, fluctuante, neologístico; la prosa de Luca es desordenada, hablada, con errores sintácticos, frases inconclusas y repeticiones. El traductor se ha visto obligado a corregir o respetar los errores según el caso, a introducir barbarismos en castellano. Este trabajo fué hecho con la colaboración de Raimundo Lida y de don Pedro Henríquez Ureña; los cálculos matemáticos, rehechos por Juan Carlos Grinberg; la parte arquitectónica fué revisada por Gastón Alberto Breyer; el Profesor Aldo Mieli, seguramente la más grande autoridad viviente para una obra como la de Luca Pacioli, asesoró al traductor en todos los problemas de dudosa solución. El haber sido hecha esta versión en condiciones tan excepcionales de autoridad y el ser la única que existe en lengua no italiana, si se exceptúa la alemana de 1889, dan a la edición Losada un valor universal. Al valor de la traducción se agrega, además, la belleza de la presentación artística, obra de Attilio Rossi, el notable prólogo de Aldo Mieli y el poema de Rafael Alberti, de belleza mediterránea.

La traducción se hizo sobre la edición veneciana de Paganinus de Paganinis (1509), de la biblioteca del doctor Teodoro Becú.

Es lamentable que en una edición tan cuidada se haya cometido el error de confundir a Isabella d'Este, marquesa de Mantua, con su hermana Beatrice, esposa de Ludovico el Moro.

ERNESTO SABATO

HAY UNA MANCHA CANOIDE DE COLOR

El análisis del lenguaje, ese mundo en constante creación y evolución, puede efectuarse de maneras distintas: ya desde un punto de vista lógico, ya con el método descuartizante y desarticulador de la gramática, ya distinguiendo en él otros submundos de vida propia, como el lenguaje de la vida diaria, el lírico, el científico, etc., mas también puede analizarse por capas, por estratos geológicos, de acuerdo a un criterio semántico que atienda al significado de las palabras y de las oraciones.

Tal es el análisis que nos ofrece Russell¹, al establecer una jerarquía de lenguajes de modo tal, que las palabras "verdadero" y "falso" pertenecen a un lenguaje de orden superior a aquél al cual pertenecen los enunciados verdaderos y falsos. La necesidad de establecer tal jerarquía se funda no sólo en razones lógicas, puesto que hay palabras que se refieren a hechos lingüísticos y por tanto presuponen un lenguaje ya existente, sino también en razones terapéuticas, para impedir que la clásica serpiente se devore a sí misma, mordiéndose la cola, es decir, para evitar la aparición de paradojas.

Son esas paradojas y antinomias que en el campo lógico obligaron al mismo Russell a establecer la teoría de los "tipos lógicos", semejante a la que ahora introduce en el lenguaje. La más simple de ellas es la denominada "Epiménides", cuya forma sintética es: "yo miento", y de la cual nos da Cervantes (*Don Quijote*, parte II, cap. LI) una versión en uno de los dificultosos casos planteados al gobernador Sancho. Es el caso de aquel dueño de un puente que exigía, para su paso, que el transeúnte manifestara el lugar de su destino, "si jurare verdad, dejenle

¹ BERTRAND RUSSELL: *Investigación sobre el significado y la verdad* (Losada, Buenos Aires, 1946).

pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra...”, ocurriéndosele a uno de los transeúntes (que seguramente había estudiado lógica moderna) manifestar que su destino era precisamente... morir en la horca aquella. De manera que si se le dejaba pasar, mentía y debía ser ahorcado, pero si se le ahorcaba, juraba verdad y debía dejársele pasar. Si bien, en definitiva, la sentencia del buen Sancho es humana, no lógica, el primer fallo que dicta lo hace dar de bruces con el principio de contradicción, pues según él, era necesario que “el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera”.

Esta jerarquía de lenguajes certifica, pues, la existencia de un lenguaje de categoría ínfima, que Russell llama “lenguaje de objeto” o “lenguaje primario”, cuyas palabras “significan” o un objeto sensible o una serie de ellos, pero siempre fenómenos no-lingüísticos. Las palabras de los lenguajes de órdenes superiores, en cambio, tienen “significados” más complicados: así en el lenguaje secundario, que se compone del primario más las palabras “verdadero” y “falso” aplicadas a las oraciones del lenguaje de objeto, y las “palabras lógicas”: “o”, “no”, “todo”, “algún”, etc., éstas denotan, según Russell, estados mentales. Si bien, según nos dice, el desarrollo de los lenguajes de orden superior al secundario no incumben al lingüista, sino al lógico, asoma la pregunta, sin que con ella pretendamos introducir una nueva paradoja: ¿En lenguaje de qué orden está escrito este libro de Russell, que habla de los tipos de lenguaje?

Este análisis lingüístico de Russell precede a un análisis epistemológico del conocimiento empírico, según el cual las proposiciones básicas son las “causadas, tan inmediatamente como sea posible, por experiencias perceptivas”. Son ejemplos: “Tengo calor”; “Esto es rojo”; “¡Qué mal olor!”; pero no así “Hay un perro”, aunque usted piense que es un perro lo que ve, pues en esta proposición hay ya algún elemento de inferencia. Lo que realmente es dado en la percepción, en este caso puede ser expresado por las palabras “hay una mancha canoide de color”.

Estas proposiciones básicas de Russell son los *Protokollsätze* (enunciados protocolares) de los empiristas lógicos y corresponden, según la concepción de uno de ellos¹, a los “hechos puros”. Es interesante consignar aquí esta concepción de Reichenbach, quien, siguiendo una tipificación russelliana de los hechos, ve en

¹ HANS RICHENBACH: *Objetivos y métodos del conocimiento físico* (El Colegio de México, México, 1945).

la ciencia física “una elaboración metódica de contenidos perceptivos en teorías”, en la que, partiendo de las vivencias perceptivas inmediatas (hechos “puros” o de grado cero), pasando por los hechos de la vida cotidiana (de primer grado) y ascendiendo a través de las mediciones experimentales (de segundo grado) y sus correcciones (de tercer grado), llega hasta los sistemas teóricos que enlazan esas mediciones con complicadas construcciones mentales y que para él son simplemente hechos de grado superior.

Si en el análisis del lenguaje se ha puesto en evidencia el Russell lógico, en el análisis epistemológico muestra su garra el filósofo, pues no sólo reconoce que con las proposiciones básicas el conocimiento empírico es imposible, sino que éste exige premisas “no inferidas que enuncien algo que tenga un dato y que sean creídas por mi previo examen crítico” y, además, “las premisas necesarias para la deducción y aquellas otras premisas, cualesquiera que sean, necesarias para las inferencias no-demostrativas de las cuales depende la ciencia”. Con esto se pronuncia Russell contra todo escepticismo absoluto y contra todo empirismo puro, mientras que su análisis de la relación entre verdad y conocimiento implica “un abandono parcial del agnosticismo metafísico completo sustentado por los positivistas lógicos”. Creemos interesante destacar esta discrepancia entre Russell y los empiristas lógicos. Mientras para Russell el lenguaje tiene algo que ver con el mundo, y el concepto de verdad es semántico y basado en un criterio de correspondencia, para los empiristas lógicos, o un sector de ellos, ese concepto es sintáctico y fundado en el criterio de coherencia. En efecto ellos admiten que una proposición es verdadera cuando es compatible con todas las del sistema al que pertenece, aunque en otro sistema pueda ser falsa. Esto es correcto, dice Russell, para la lógica y la matemática, pero los autores que asimilan la verdad empírica con la verdad lógica vuelven, sin darse cuenta, a la tradición de Leibniz y de Hegel (él se siente más vinculado a la de Descartes y de Berkeley), agregando, con una de esas magníficas *boutades*, características de su estilo, que la diferencia entre Hegel y los empiristas lógicos estriba en que para el primero una determinada proposición es siempre falsa o verdadera, mientras que para los segundos es válida la opinión de Pirandello: *Così è (se vi pare)*”.

Este análisis de Russell es inobjetable en lo que concierne al conocimiento empírico. Se basa en que el aprender a hablar ofrece dos elementos: la destreza muscular “susceptible de ser adquirida por los loros” y el hábito de usar una palabra en ocasiones apropiadas; y en que las finalidades del lenguaje son tres:

indicar hechos, expresar el estado del locutor y alterar el estado del oyente. Es claro, empero, que aquellos elementos y estas finalidades no se agotan en el conocimiento empírico. Fuera de una finalidad propia, y algo pueden decir los poetas al respecto, el lenguaje es también medio de expresión de otros sectores del conocimiento.

Dejemos el conocimiento matemático, en el cual el lenguaje ordinario desempeña un papel relativo, dado que ese conocimiento segrega en el simbolismo su propio medio de expresión.

Pero queda el conocimiento filosófico, quedan los valores. ¿Qué papel juega el lenguaje en el enunciado de los juicios filosóficos y en la aprehensión de los valores? ¿Hay una jerarquía de lenguajes y, por ende, un lenguaje primario para los objetos filosóficos y para los valores, como lo hay para los objetos sensibles? Dejemos estas preguntas, y muchas más, sin respuesta, subrayando únicamente la dificultad del problema. Si Russell, con una buena dosis de hábitos, inducciones, recuerdos, etc. (y con algún ingrediente behaviorista y psicologista), llega de la oración "mancha canoide de color" a la palabra "perro", mediante un análisis nada fácil, por cierto, es de imaginar la dificultad que representará llegar, por ejemplo, de la expresión "mancha cuadroide de color" a la palabra "pintura" o a la oración "valores estéticos de un cuadro".

JOSÉ BABINI

F. W. DUPEE: *The question of Henry James. Various opinions* (Henry Holt & Co., New York, 1946). —

Ha sido necesario que los Estados Unidos atravesaran su mayor crisis literaria para que se volvieran hacia la figura de Henry James, tratando de discernir si fué verdaderamente un gran escritor y si fué un verdadero escritor norteamericano.

Después de la muerte de Henry James, ocurrida en 1916, sólo habían ido creciendo en número e intensidad las opiniones más opuestas sobre su obra; desde copiosos volúmenes laudatorios hasta irreverentes notas bibliográficas, se recorrió toda la gama de las actitudes críticas y pseudo-críticas. En la oposición, el jefe era —y lo es todavía— Van Wyck Brooks, un enemigo muy peligroso

para los partidarios de James. Entre éstos, se cuenta un número siempre creciente de críticos, novelistas y poetas —sobre todo, entre los más jóvenes—, como Wilson, Blackmur, Zabel, Matthiessen, Edna Kenton y Rahv, quienes tienen como *patriarca* nada menos que a T. S. Eliot, con cuya nota, aparecida en 1917 en "The Little Review" y reproducida en este volumen, se inicia la etapa de la reivindicación del gran novelista.

"Reivindicación", pero ¿de qué? Conviene puntualizar cuáles son los dos mayores cargos que se hacen a Henry James: el primero, el más importante, consiste en negar que su arte posea un valor universal, tanto en el tiempo como en el espacio, y se le imputa un esnobismo ilimitado frente a la aristocracia inglesa, o se le tacha de decadente; el segundo atañe a su posición en la vida espiritual norteamericana (donde, desde Van Wyck Brooks, ha florecido una orientación crítica cada vez más rabiosa en su nacionalismo), considerándolo como un escritor de indudable talento, pero cuyo alejamiento de los Estados Unidos le impidió realizar una obra definitiva para los norteamericanos.

Son, pues, dos imputaciones que no conciernen básicamente a los valores literarios de James. Son "críticas sociológicas". Pero, en cuanto al valor de James como novelista, ¿qué nos dicen?

Quieren decirlo todo, porque parten de la premisa de que un artista que definen como "desarraigado" (y aun a este respecto habría mucho que agregar a su favor) nunca pudo alcanzar la universalidad que —según ellos— sólo se logra mediante el cumplimiento estricto de siempre más o menos nebulosas tradiciones nacionales. Pero nada dicen, en realidad, porque no advierten que lo típico de Henry James es la internacionalidad de su obra, una verdadera internacionalidad que no elude las fronteras, sino que analiza sus fricciones, sus interacciones.

Premisas de esa clase no caben en las artes, en ellas —más que en todas las demás actividades— "el pan de uno, es el veneno de otro". Y porque existan artistas que hayan fracasado al intentar desembarazarse de su patria (por mero esnobismo o por asumir una actitud de superioridad), no puede deducirse que en el caso de Henry James haya sucedido necesariamente lo mismo. Sobre todo, porque así no se tiene en cuenta el rasgo primordial de un artista: su capacidad de aprehensión, que, tratándose de Henry James, era ilimitada, al menos en un sentido.

En cuanto al mérito que poseen sus libros para subsistir, bastaría con re-

cordar la difícil hazaña que han cumplido, llegando muchos de ellos a ser "best-sellers" cuarenta o cincuenta años después de sus primeras ediciones. Pero si se quiere colocar la disputa en otro plano, también es fácil demostrar por qué su obra no ha perecido, por qué es imperecedera. La obra de Henry James es, quizás, la culminación de la literatura victoriana; y, por el hecho mismo de serlo, la rebasa, y su mensaje nos concierne.

No importa que las reuniones sociales que tanto atraían a su autor se hayan desvanecido sin remedio; no importa lo que son los tipos sociales que ha descrito sino *cómo* los ha descrito ("It was possible that James never wanted to live outside tea parties—but the tea parties that he wanted were debating circles of a splendid aloofness, of an immense human sympathy, and of a beauty that you do not find in Putney—or in Passy!", como dice F. Madox Ford en uno de los ensayos incluídos en este libro). Muchos son, sin embargo, los que han confundido la galería humana de James y la jerarquía de su arte; muchos, y entre ellos los hay tan notables como E. M. Forster (cuyo análisis de Henry James, en *Aspects of the Novel*, es lamentable que no se incluya en este libro: constituye el más lúcido testimonio de una de las principales actitudes frente a nuestro autor), quien creía que continuar la tarea de Henry James, aprender en Henry James el arte de la novela, equivaldría a prolongar el arte del tiempo de Akhnaton hasta el reino de Tutankhamon, considerando a James, por lo tanto, un escritor exquisito pero degenerado.

Sin embargo, aunque ésta sea una comparación ingeniosa, de ningún modo es aplicable a Henry James. Las obras de James pueden ser lo que se quiera (hasta aburridas, como dicen muchos), pero no son más deformes que cualquier otra obra de arte realizada por un artista que tiene plena conciencia de sus limitaciones.

Y James conocía muy bien sus limitaciones; en sus prólogos y en sus historias de artistas (que forman uno de los sectores más valiosos de sus ficciones) lo revela sin posibilidad de confusión. Conocía muy bien sus limitaciones, cuando —por ejemplo— su Mark Ambient exclama, en *The Author of Beltraffio*: "She has an impudence, Life! If one risked a fiftieth of the effects she risks!"

Es cierto que James no se aventuró demasiado; pero, con los elementos que utilizó en su tarea, ¡qué efectos ha logrado! Proust —frente a un mundo muy parecido de James— creó un arte tan valioso como el suyo, pero muy distinto en cuanto a su método y, asimismo, en cuanto a sus efectos. Por ello es inexacto

que el escaso interés que manifiesta André Gide por la obra de Henry James pueda explicarse tan fácilmente como pretendía hace poco un crítico norteamericano: por el hecho de que también los franceses tienen grandes estilistas. James no fué sólo un estilista, en el sentido peyorativo que la palabra suele tener para algunos. En un excelente ensayo (publicado en sus *Some Studies on the Modern Novel*), y que, desgraciadamente, tampoco se incluye en este libro) Dorothy M. Hoare lo ha mostrado con suficiente nitidez.

No se equivocaba Forster al decir: “las novelas de James son una posesión única, y el lector que no puede aceptar sus premisas pierde algunas valiosas y exquisitas sensaciones”. En síntesis, James —como todo gran artista— requiere una fe, difícil de obtener en una época que asocia inevitable, pero a veces —como en su caso— injustamente, el lujo —que James tanto amaba— con las mayores calamidades que le han acontecido últimamente al hombre.

No sé si es del todo justa la opinión de Stephen Spender, quien ve en James, sobre todo, un crítico de la sociedad victoriana, un precursor del comunismo; pero es cierto, sin duda, que en sus obras hay una apreciación de la sociedad elegante de su tiempo que rebasa en mucho a la que recogen algunos de sus adversarios. Y en cuanto a su pasión por Inglaterra —aunque sería difícil determinar si es fiel la pintura que de él hace Chesterton en su *Autobiografía*, por ejemplo—, es fácil advertir que conservó su amor por los Estados Unidos hasta la vejez —un amor “crítico”, por cierto; muy distinto del indiscriminado fervor patriótico que siempre esperan quienes proclaman los nacionalismos artísticos—, como lo revela el hecho de que aguardó hasta 1915 para adoptar la ciudadanía británica, es decir, cuando ya estaba al borde de su lecho de muerte.

En verdad, la pasión inglesa de Henry James no fué de ningún modo un caso de esnobismo; todo lo contrario, posee la calidad de una verdadera manifestación religiosa que hace del hombre que la sintió un gran humanista —como señala William Troy en su interesante ensayo incluido en esta antología (“The Altar of Henry James”)—, a cuya lado los eruditos del movimiento neo-humanista son figuras bien tristes y esmirriadas.

La nota de Morton D. Zabel que también se incluye en este libro (“The Poetics of Henry James”) es, quizás, uno de los trabajos más importantes en toda la selección. Publicado en oportunidad de la aparición de los prefacios críticos que James puso a sus novelas —y que Blackmur reunió en un volumen con el título de *The Art of the Novel*—, nos introduce en el estudio de la teoría

literaria de James. Para los que analizan la literatura con instrumentos extraliterarios, todo el esfuerzo creador de James puede carecer de importancia; para quienes se interesan seriamente en los procesos de creación literaria, la figura de Henry James debe figurar al lado de las de Pater y Flaubert, de Mallarmé y Eliot, porque James inauguró toda una escuela literaria que, en nuestra época, no ha rendido sus mejores frutos en el campo de la novela, pero sí en el de la poesía. Como dice Zabel, "la época que dominó Walt Whitman fué de fertilidad inventiva y de exploración, pero no de discriminación; la influencia de James en el campo de la ficción anticipó en un cuarto de siglo los esfuerzos hacia la limitación y concreción que han sido sobresalientes en la teoría y creación poética después de la guerra". ¿Y no es bastante revelador de la enorme influencia ejercida por James sobre la mejor literatura actual, acaso, el hecho de que entre sus más fieles adeptos se destaquen los mejores poetas contemporáneos de lengua inglesa: Eliot, Pound, Auden, Spender y Read?

Para establecer el valor que tiene en este sentido la presencia de Henry James en la literatura moderna, basta con recordar que el mayor renovador de la poesía, T. S. Eliot, revela nítidamente su influencia (técnica y temática) en su única creación directamente novelesca: *The Family Reunion*.

Aparte de los ya señalados trabajos, en *The Question of Henry James* se destacan los de Joseph Conrad ("The Historian of Fine Consciences"), Percy Lubbock ("The Mind of an Artist"), Edna Kenton ("Henry James in the World"), Edmund Wilson ("The Ambiguity of Henry James"), Stephen Spender ("The Golden Bowl"), F. O. Matthiessen ("The Ambassadors") y Philip Rahv ("Attitudes toward Henry James"), y un bellissimo poema de W. H. Auden ("At the Grave of Henry James").

Facilitando la consulta de valiosos materiales críticos que, de otro modo, son tan difíciles de obtener, el esfuerzo de F. W. Dupee merece la gratitud de cuantos desean ahondar su conocimiento de una de las grandes figuras literarias modernas.

E. L. REVOL

ITINERARIO DE POSTGUERRA

RESTRICCIONES

París, 13 de julio 1946

Toda la vida transcurre aquí bajo el signo de esta palabra: restricciones. Y como ocurre casi siempre, a fuerza de llevarla y traerla, de escucharla cien veces al día, de verla escrita en todos los periódicos, pronunciada en todos los discursos, acaba por perderse su sentido.

Una palabra usada durante siete años va dejando inevitablemente trozos de su arquitectura. Sus aristas se gastan, sus vocales se enturbian, su sonido se vuelve opaco, su armazón vacila y, cuando la pronunciamos, asciende en el aire como una burbuja inconsistente, apenas perceptible. Sólo adquiere forma otra vez cuando se le antepone el adjetivo: *nuevas*. Nuevas restricciones suena como una amenaza, como un latigazo que hace encogerse a las gentes y las sume en una ola de amargura. Es como si la muralla de escasez, tan alta ya, se alzara más aún, hasta quitar el aire, hasta cegar la luz, hasta secar la última brizna de esperanza.

Cuando uno ingresa en la comunidad de las restricciones, encuentra que los que lo rodean dan excesiva importancia a un estado de cosas que no es demasiado grave en sí. En todas las comidas hay algo que llevarse a la boca. El pan es un poco raro, de color y de sabor, pero no es malo. Los platos pecan de monotonía, pero cumplen su misión de quitar el hambre. Una copa de vino no vendría mal, pero, en realidad, no es indispensable. El café tiene apenas color, apenas azúcar, apenas café, pero se deja beber.

Así una semana, dos, un mes, tres meses. De pronto, un día, las restricciones cobran forma, realidad, sustancia. Se insinúan en la conciencia, se ponen a marchar a nuestro lado como una presencia insidiosa hecha de recuerdos de sabores, de facilidades, de normalidad. Nacen pegadas a un deseo no siempre ineludible, no siempre importante. Yo supe que existían una tarde en que se me ocurrió tomar té con limón.

Parece tonto esto de querer tomar té con limón. Tonto y sencillo. Yo había andado mucho esa tarde, había subido y bajado no sé cuántas escaleras

de casas sin ascensor, estaba cansada y pensé con delicia en una taza de té con limón. ¿Sí? ¿Y el limón? Yo tengo té y tengo azúcar. Limón, no. Hubiese podido echarme a buscarlo en el mercado negro. Quizá lo hubiese encontrado; a lo mejor, no. Todavía no he comprado nada en el mercado negro. ¿A quién dirigirse? ¿Y si me contestan de mala manera? En fin, el encanto estaba roto. De todos modos, no era tan importante eso del limón.

En siete años de restricciones ¡cuántos deseos parecidos al mío han dejado su sedimento de frustración en la vida de los franceses! ¡Y cuántos otros, más importantes, más vitales, incumplidos día tras día, siguen amontonando espejismos y tejiendo desaliento en la voluntad de los que viven entre los muros de las restricciones!

En mi calidad de recién llegada a la fortaleza inicio el aprendizaje de sabores que no saben a nada, de la angustia de un mañana en que no habrá nada, de buscar el recuadro del "racionamiento" como primera lectura de los diarios, de marchar kilómetros con un saco o una maleta cargada de víveres procurados en el campo.

En esto de los sabores que no saben a nada se lleva la palma la cerveza. Mi primer encuentro con este líquido normalmente amargo, un poco áspero, me causó un asombro que aún me dura. No era ni amargo, ni áspero, ni fuerte; no era nada. Nunca me he llevado a la boca algo que supiese tan enteramente a nada. No recuerda ni a la soda, como algunos pretenden, ni al agua sencillamente, como afirman otros. Es un gusto a vacío, que pone triste al paladar. Sólo se le pueden comparar en sosera los helados, tan abundantes en las calles de París. Éstos, al menos, tienen consistencia a falta de sabor. Una consistencia que se va fundiendo sin pena ni gloria, hecha de colorante enfriado, endulzado con sacarina.

Admito que se puede prescindir de la cerveza y de los helados. Y que no hay por qué comprar embutidos misteriosos, ni budines de pan transmutados en corcho, ni cubitos diabólicos destinados a confeccionar sopas metálicas. En cambio es imposible escapar a la tiranía que ejercen los bonos del racionamiento. La mayoría de ellos son válidos únicamente en el mes en curso. Dejar perder un gramo de pan, de margarina o de azúcar es un crimen en la ciudadela de las restricciones. El que se resiste decididamente a comer margarina, por ejemplo, da su *ticket* a otra persona de gustos más modestos. También puede venderlo o trocarlo. Jamás dejarlo caducar.

Días pasados, los últimos del mes de junio, estaba yo en el campo, no muy lejos de París. El tiempo era maravilloso y de buena gana hubiese prolongado un poco mis cortas vacaciones, pero tenía un sobrante de *tickets* de pan, un *ticket* de cien gramos de tocino y me faltaba retirar los 400 gramos de aceite cuya distribución esperábamos hacía dos meses.

Fiel cumplidora de la ley de las restricciones recorrí la aldea en busca de víveres para mí y mis amigos; obtuve medio kilo de carne, dos docenas de huevos, un litro de leche, medio conejo, un poco de manteca, dos botellas de sidra y me instalé, con una pesada cesta en las rodillas, en el autocar repleto de pasajeros, de cajas, de sacos, de bicicletas, de maletas, amén de algunos perros y un gato.

Un ómnibus para ir de la Bastilla hasta mi hotel, cinco pisos de escaleras, y al fin consigo desentumecer los dedos agarrotados en el asa de la cesta. Ya podía correr a la panadería a depositar mis *tickets* sobrantes, al almacén a buscar el aceite y a la fiambrería a recoger el tocino. Hecho todo esto, me quedaba lo más importante: cambiar las tarjetas de racionamiento, instalarme en la triple cola que llevaba viendo desde hacía días frente a la escuela de la calle Feuillantines.

Sus dimensiones me mantuvieron al principio a respetuosa distancia, pero en vista de que se cumplía el plazo no tuve más remedio que afrontar la espera. Recogí como buena noticia cuanto papel me quedaba del mes pasado y me acerqué discretamente a la cola. Pregunté con mucha cortesía quién era la última, dije dos o tres cosas acerca de la dureza de los tiempos, de lo mucho que había que penar para comer, hablé mal del gobierno que no consigue organizar mejor el racionamiento y, todos los requisitos cumplidos, fuí, durante la hora y media que aguardé mi turno, una interlocutora iniciada en los mil misterios y otros tantos ritos que unen a la hermandad que observa la regla de las restricciones.

Cuando volví a mi casa con el puñado de *tickets* que me aseguraban el pan de cada día durante un mes y un poco de otras muchas cosas, sabía cómo se hacen confituras casi sin azúcar, cuál es la levadura que imita bastante bien el queso de rallar, una fórmula para fabricar jabón, otra para conservar los huevos, el nombre de la calle donde los viejos mendigos que duermen en el asilo del Ejército de Salvación venden el azúcar y la leche que les toca en el racionamiento y muchos otros detalles útiles para nosotros, los habitantes de la ciudadela de las restricciones.

Y no nos quejemos. Ahora no hay limitación de gas ni de electricidad.

Corren los trenes y los autobuses. Para tomar un taxi no hace falta pedirlo a la comisaría, ni hacer cola en las paradas, sino un poco de suerte y mucha paciencia.

Los muchos años de no tener han creado hábitos de timidez y de encogimiento que costará mucho desarraigar. El temor de carecer en el futuro hace que uno guarde más de lo que come. Una de las consecuencias más graves de las privaciones es el haber borrado de la vida cotidiana la alegría de lo superfluo, la sal del capricho, el aguijón del antojo. Otra, no menos grave, es el haber mutilado la esperanza. Resulta difícil creer en un mañana para el que guardamos el bote de conserva en previsión de un hambre posible, los papeles viejos, los trapos y hasta los zapatos fuera de uso. El hombre que vive en medio de las provisiones destinadas a librarle del hambre que puede acecharle al día siguiente, ha perdido la confianza en el porvenir.

Todas las mañanas nos repetimos que vendrán tiempos mejores, pero obramos como si nunca fueran a mejorar los tiempos. Las palabras de esperanza son como fórmulas, como oraciones pronunciadas por costumbre. Pertenecen a otra época y las seguimos usando, pero sabemos profundamente que han perdido su magia.

Y es tan tenaz esta obsesión de negar el futuro, que cuando vemos el trigo dorarse en los campos y la fruta madurar en los árboles, no logramos asociarlos al pan que volverá a ser blanco un día, ni a la golosina que comeremos dentro de poco. El mundo se ha tornado tan absurdo, que trigo y fruta y carne y el café que crece al sol en algún lugar de la tierra y antes cruzaba los mares sirven para alimentar a una especie extraña a la nuestra, o se amontonarán en monstruosos graneros esperando la próxima guerra.

Restricción no es igual a hambre. Además, hay manera de evadirse de ella. Con dinero o con sabias combinaciones de trueques, expediciones al campo, adición de mercado negro, gris o casi blanco. Pese a las restricciones de ropa, de calzado y de tabaco, los franceses se visten, se calzan y fuman un poco. Y hasta hay quienes comen más y mejor que antes. Pero los tráfugas de la ciudadela de las limitaciones, los que viven más allá de los muros de nuestra fortaleza, no cuentan en la hermandad de los que han aprendido que en una libra de azúcar hay sesenta terrones y desaprendido mil sabores, la humilde alegría de una taza de café con leche, de un dulce o una lonja de jamón.

Restricción es hambre atenuada. Es contentarse con lo que hay. Comer lo que a uno no le agrada. Vestirse con lo que encuentra. Hacerse un pantalón

con lona de carpa y un abrigo con una manta del ejército americano. Fumar sus propias colillas o las ajenas. Llevar siempre una maleta, un saco, una cesta, por si en alguna parte venden algo comestible, tener en qué traerlo a casa. Es leer todos los días la sección del racionamiento en los diarios para saber si "salió" el vino, el azúcar, la grasa o el café del mes.

Restricción es algo más grave aún. Es incapacidad de ver que la restricción disminuye cada día. Que la vida va llenando de nuevo los moldes. Que las máquinas producen otra vez para el lado de acá de los humanos. Que todas las noches, largas filas silenciosas de hormigas invisibles van depositando cosas en los escaparates de las tiendas. Restricción es cálculo metódico de cantidades ínfimas, hábito de pobreza, mentalidad de pobre, con todas sus reacciones y consecuencias.

Quien no las tenga en cuenta para abrir juicio acerca del hombre europeo en estos momentos, corre el riesgo de avanzar apreciaciones erradas.

MIKA ETCHEBEHERE

Cinematógrafo

SOBRE UNA PELÍCULA FRANCESA: "LOS VISITANTES DE LA NOCHE"

El cinematógrafo es el arte más modesto de nuestro tiempo, y el más favorecido. Con un impudor que sólo permite la falta completa —o el exceso— de orgullo, se presenta como el consuelo del burócrata fatigado (si viene de Hollywood) o como una lección de civismo para dóciles adultos (si es de Moscú). Las corrientes más superficiales de la época se reflejan puramente en el cinematógrafo, pues en él no se aspira a la comprensión sino a la complacencia. Su ambición es ser un alivio en el Occidente, una amenaza en el Oriente, y hay películas que sólo llegan a ser una de esas dos miserias. Rara vez tiene el espectador la impresión de que las incidencias de una película surgen del mismo tema,

o de motivos oscuros: con irritante claridad hemos visto durante la guerra que las peripecias cinematográficas recomiendan resignación a la viudas de los soldados, castidad a las parejas que comparten dormitorios, abundantes vejaciones y puñetazos a los japoneses, la regeneración por el patriotismo, etc. Las primeras películas de postguerra muestran una reacción mecánica en contra de tanta virtud, y combaten el hastío con fotografías tenebrosas, psicoanálisis, sadismo y sordidez. El estado de nervios de los espectadores o la lección que debe impartírseles decide en última instancia. Para ello cuenta la técnica americana con un dominio admirable de sus medios, y el efecto deseado suele alcanzarse, pues estos medios son insinuantes y apelan poderosamente a los sentidos. Basta cerrar los ojos en alguna película demasiado tediosa y atender tan sólo al sonido. El proceso de encantamiento puede seguirse entonces con desasimiento, sin rendirse ni encolerizarse. Dos hombres están en un avión y sus voces entrecortadas, variables y cercanas recrean íntimamente el ambiente que hay dentro de esa máquina; dos amantes producen con inflexiones de voz consagradas (¿más convincentes por eso?) un arrullo quebrado sobre un tenue fondo musical en donde reconocemos *Tristán*, *En bateau* y *Annie Laurie*. El efecto, si se siguen estos movimientos con el corazón, ha de ser subyugante. Se apela a situaciones ya experimentadas, se busca el refuerzo de emociones conocidas, sin aclararlas o profundizarlas como en las otras artes. Pero también podemos echar de menos una peripecia limpia, sentir impaciencia ante un ardid que cuenta con nuestra pasividad. Además, el efecto no se produce en los que ejercemos la crítica como una especie de venganza. Queremos ser seducidos, pero que no se utilice nuestro error, nuestra debilidad, nuestra ilusión. Hollywood impera sobre los sueños irrealizables de los hombres, y por respeto a nuestra humanidad lo execramos; el cinematógrafo soviético festeja con esplendor la revolución de 1917 y enseña una moraleja cívica que últimamente se ha vuelto muy variable, de acuerdo con los vaivenes de la política internacional y nacional. (En un hermoso film reciente, *Así se forjó el acero*, la propaganda del momento exige que sean los rojos y no los blancos quienes luchan contra los alemanes en la primera guerra mundial: la historia dice lo contrario, pero la historia *a tort*.) En su falta de respeto a la verdad el cinematógrafo de todos los países es unánime. Este arte no trasciende casi nunca la profunda humillación de la época; sus motivaciones, los efectos que busca sobre el público, son viles: las acusaciones más enconadas de los marxistas sobre la producción de Hollywood constituye una descripción acertada, que no sufre de

la tolerancia que les lleva a justificar dogmáticamente sus propias flaquezas en el mismo terreno.

Sin embargo, los que vivimos en ciudades pasamos muchas noches del año en el cinematógrafo, como si nuestro desdén no lograra convencer ni siquiera a nosotros mismos. El medio de expresión del cinematógrafo es tan justo, íntimo, adecuado a la sensibilidad y costumbres del hombre de las ciudades modernas, que somos rigurosamente formales para apreciarlo. Tal vez cuando un arte es joven y cumple una función social necesaria es apreciado por sí mismo y no por lo que trasmite. El "cine" es sólo un poco menos satisfactorio que el "buen cine". Del mismo modo que en el siglo XVII el público admiraba la música de Bach porque era música, y no la música determinada de Bach.

Los visitantes de la noche recuerda los films de la época muda. Con recursos simples narra una historia de amor en la Edad Media. Su dulzura y lentitud seducen a quienes comparten la emoción central de esta obra: el amor es más fuerte que sus enemigos. Sobre este convencimiento, que debe contar con la aprobación general e infusa del espectador, las peripecias son una ilustración o una resonancia. Esta afirmación del amor se apoya en unas figuras esenciales que la subrayan y proclaman. Al calificar este film de poético, queremos decir que afirma abundantemente, sin justificarse ni tender ardides al espectador impaciente que espera distracciones. La idea universal y perenne del amor a la cual llegó la fábula medieval no se muestra en gestos inesperados sino en un juego transparente de confirmaciones, de puras insistencias.

La época no se presenta con vivacidad. La Edad Media compone los cuadros plásticos donde se manifiesta este lirismo amoroso capaz de obrar milagros. Y el Diablo aparece como menos poderoso de lo que es, pues el tono ardiente y débil del film no puede sufrir contradicciones vigorosas. Las composiciones fotográficas cuidadas, las mañanas esplendorosas, los interiores nítidamente sombríos hacen que este film sea enteramente perceptible, sin esos residuos confusos que abundan en las comedias de Hollywood (las policiales, sobre todo).

La reconstrucción tiene la tersura de los folletines históricos de la época muda del cinematógrafo: "maquillages" intensos, expresiones ardientes y fatigadas, voces quejumbrosas que pronuncian frases muy lastradas con un ritmo que se acerca al recitativo. Es una aproximación a la Edad Media pintoresca, con sus milagros, sus monstruos, sus gestos hieráticos (las actitudes estatuarias parecen representar cualquier época y sugieren la antigüedad, la monumentalidad, no pre-

cisamente una determinada época). La evocación lánguida se aviene con el tema de la leyenda: la exaltación febril de un amor incorrecto. El tono erótico insistente, las imágenes claras y hermosas, componen una armonía apacible en donde la lentitud es igual a la gracia.

PATRICIO CANTO

PALABRAS PRONUNCIADAS POR JORGE LUIS BORGES EN LA COMIDA
QUE LE OFRECIERON LOS ESCRITORES

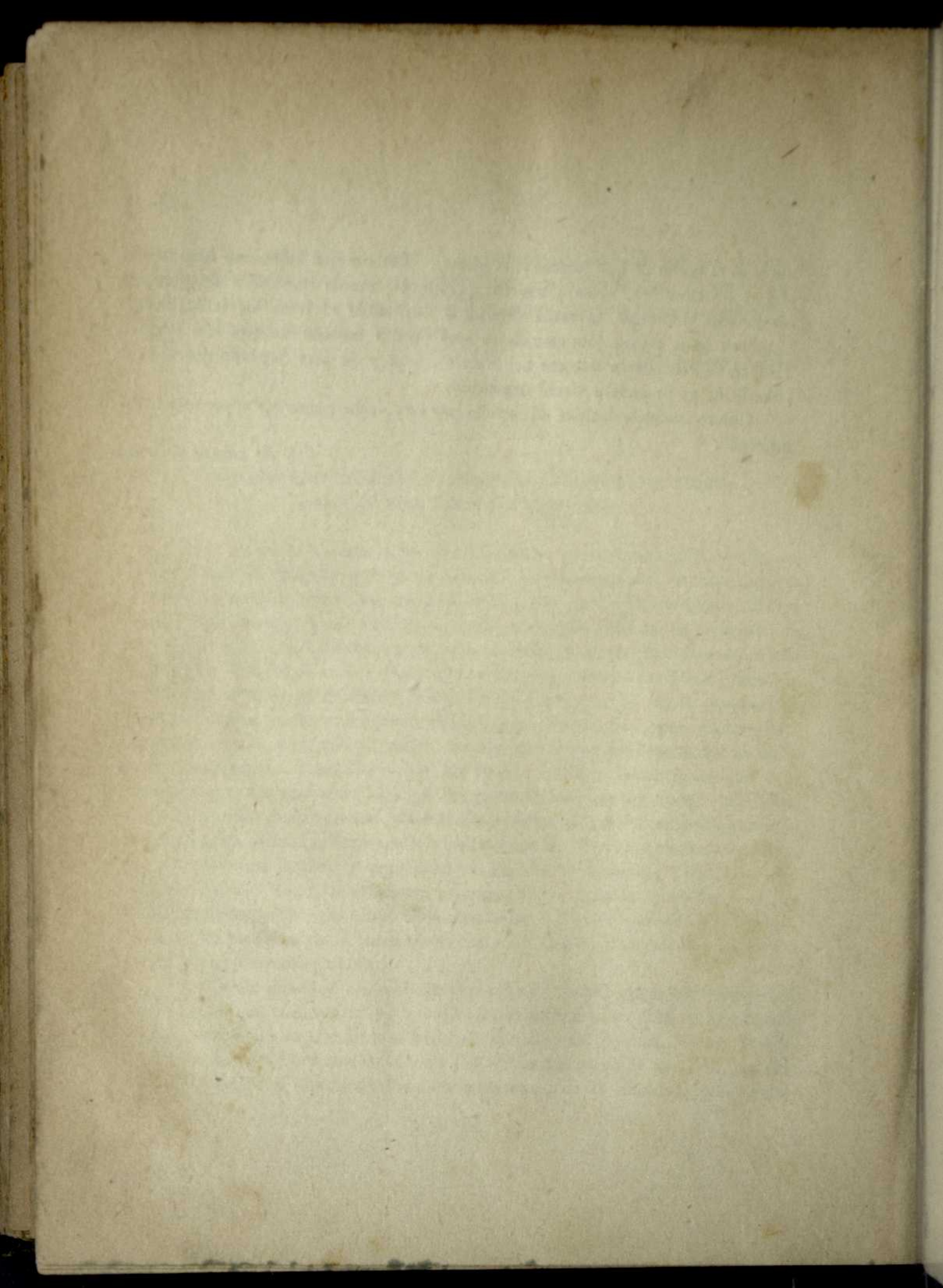
“Hace un día o un mes o un año platónico (tan invasor es el olvido, tan insignificante el episodio que voy a referir) yo desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero en una biblioteca municipal de los arrabales del Sur. Nueve años concurrí a esa biblioteca, nueve años que serán en el recuerdo una sola tarde, una tarde monstruosa en cuyo decurso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró las Islas Británicas, y el nazismo, arrojado de Berlín, buscó nuevas regiones. En algún resquicio de esa tarde única, yo temerariamente firmé alguna declaración democrática; hace un día o un mes o un año platónico, me ordenaron que prestara servicios en la policía municipal. Maravillado por ese brusco avatar administrativo, fui a la Intendencia. Me confiaron, ahí, que esa metamorfosis era un castigo por haber firmado aquellas declaraciones. Mientras yo recibía la noticia con debido interés, me distrajo un cartel que decoraba la solemne oficina. Era rectangular y lacónico, de formato considerable, y registraba el interesante epigrama *Dele-Dele*. No recuerdo la cara de mi interlocutor, no recuerdo su nombre, pero hasta el día de mi muerte recordaré esa estrafalaria inscripción. *Tendré que renunciar*, repetí, al bajar las escaleras de la Intendencia, pero mi destino personal me importaba menos que ese cartel simbólico.

No sé hasta dónde el episodio que he referido es una parábola. Sospecho, sin embargo, que la memoria y el olvido son dioses que saben bien lo que hacen. Si han extraviado lo demás y si retienen esa absurda leyenda, alguna justificación los asiste. La formulo así: las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abomi-

nable es el hecho de que fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muertas prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor. ¿Habré de recordar a lectores del *Martín Fierro* y de *Don Segundo* que el individualismo es una vieja virtud argentina?

Quiero también decirles mi orgullo por esta noche numerosa y por esta activa amistad".

8 de agosto de 1946.



Í N D I C E

	Pág.
Por qué no vuelvo a Alemania, por <i>Thomas Mann</i>	7
Albert Camus y la rebelión de Prometeo, por <i>R. Marill-Albérès</i>	18
El maleficio, por <i>Silvina Ocampo</i>	29
Sonetos vegetales, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	34
Cántico a la noche, por <i>César Rosales</i>	36
La historia de María Griselda, por <i>María Luisa Bombal</i>	41
Cartas sobre la bomba atómica (conclusión), por <i>Denis de Rougemont</i>	64

N O T A S

Palabras pronunciadas por André Gide en un homenaje a Victoria Ocampo	89
LIBROS: Luca Pacioli: "La Divina Proporción", por <i>Ernesto Sábató</i>	90
Hay una mancha canoide de color, por <i>José Babini</i>	99
F. W. Dupee: "The question of Henry James. Various opinions", por <i>E. L. Revol</i>	102
Itinerario de postguerra, por <i>Mika Etchebehere</i>	107
CINEMATÓGRAFO: Sobre una película francesa: "Los visitantes de la noche", por <i>Patricio Canto</i>	111
Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores	114

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

¡ATENCIÓN!

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 212874.
Título de marca Nº 159.486.*

ESTE CIENTO CUARENTA Y DOS NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
PRIMERO DE AGOSTO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y SEIS EN LA
I M P R E N T A L Ó P E Z
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA